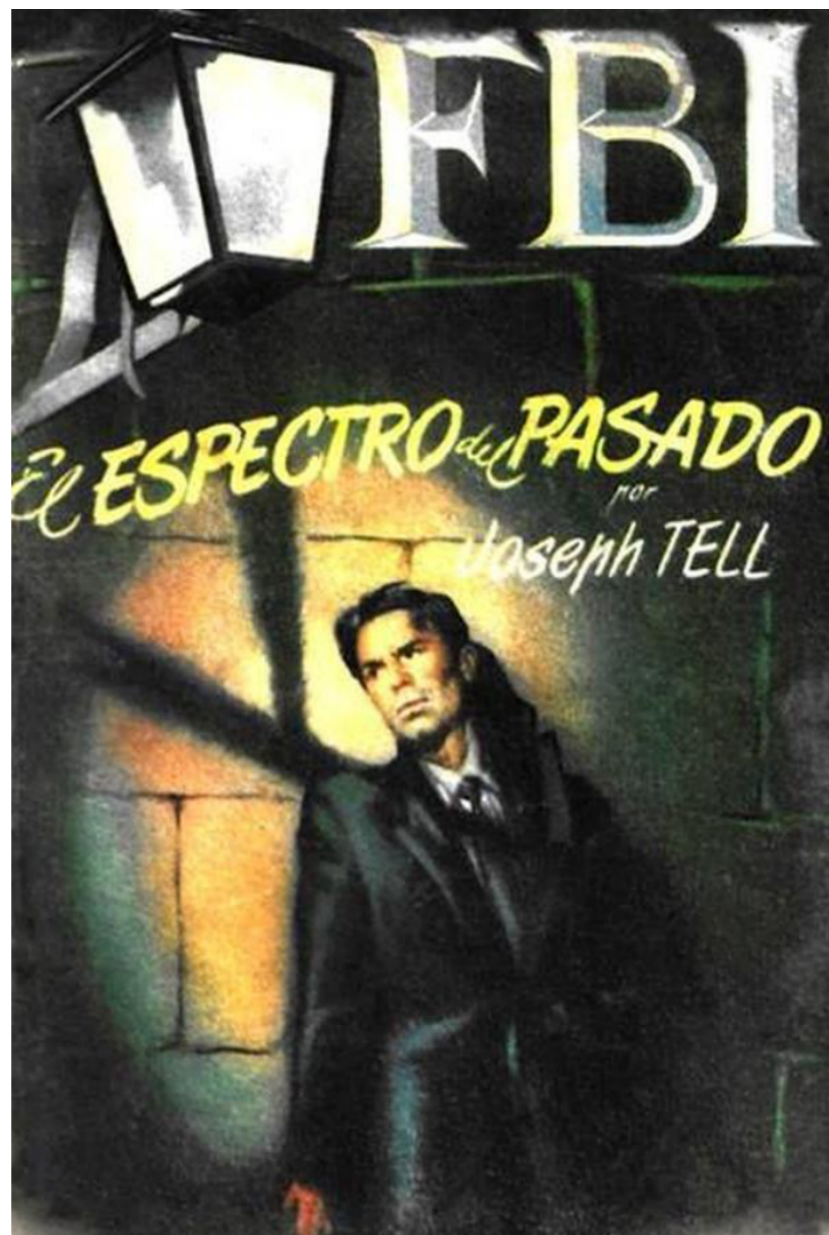




JOSEPH TELL

EL ESPECTRO del PASADO



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN

Madrid, 1952
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS:

1. ¡Culpable! (8.ª ed.) (1).
2. La hora gris (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra (2.ª ed.) (3).
6. Contra Scotland Yard (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva (2.ª edición.) (4).
10. La redada (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos (2.ª ed.) (6).
15. El hombre de las tres caras (2.ª ed.) (7).
16. Tánger (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
24. Persecución (6).
25. Una ciudad abierta (4).
26. Horas trágicas (7).
27. La muerte silada (3).
28. Doctor X (1).
29. El coloso de hierro (6).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
33. Entre rejas (1).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
36. El dueño del mundo (4).
37. Hermano contra hermano (7).
38. Filibusteros modernos (2).
39. Palestina en llamas (3).
40. La ley del terror (8).
41. A la desesperada (5).
42. La promoción de la muerte (6).
43. Tinieblas (1).
44. Espías en la noche (2).
45. Fidelidad (6).
46. Sin cuartel (7).
47. Armour expulsado (5).
48. La huida de Varká (3).
49. La Maffia (1).
50. Alaska, final de ruta (8).
51. Tras el telón de acero (6).
52. Gangsters de guante blanco (9).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena (5).
55. El genio del mal (6).

56. Hombres armados (10).
57. Pavorosa elección (5).
58. La bestia escariata (3).
59. Huellas de ultratumba (11).
60. S. O. S. (8).
61. Billetes malditos (3).
62. Camino de perdición (12).
63. Camaradas enemigos (8).
64. A la deriva (6).
65. ¡Odio! (1).
66. Cita de madrugada (3).
67. «Killers» a sueldo (5).
68. Muerte en el atardecer (4).
69. Loup-Garou (3).
70. Punto final (5).
71. ¡Mirad a las sombras! (3).
72. Entre esas brumas... (6).
73. Tortura (13).
74. El confidente (3).
75. ¡Terror! (5).
76. El final de Rocco (5).
77. El vengador negro (1).
78. ¡Codicia! (8).
79. Sentenciado (6).
80. Secreto de Estado (4).
81. Alias «Lugger» (5).
82. Hora «D» (3).
83. Carne de horca (4).
84. Tráfico mortal (5).
85. Jack el invencible (1).
86. Rastros perdidos (6).
87. Contrato siniestro (3).
88. Traición sangrienta (14).
89. Al borde del abismo (5).
90. Orden y justicia (1).
91. Hornos sin alma (3).
92. ¡Saboteje! (8).
93. La marca trágica (5).
94. Misión suicida (4).
95. Lucha a muerte (3).
96. Rebelión (3).
97. Hampa de frac (1).
98. Caza mayor (4).
99. La muerte falsifica dolores (15).
100. Yo, director del F. B. I. (1) (2.ª edición).
101. De Harvard a Quantico (16).
102. El asfalto es rojo (5).
103. Tragedia en Chinatown (14).
104. Soborno (3).
105. Vida en deuda (17).
106. Aguas turbulentas (4).
107. La araña verde (8).
108. Contraespías (18).
109. Noches de Nueva York (5).
110. ¡Aniquilados! (19).
111. La risa sardónica (3).
112. Chantaje (4).
113. Canon de protección (20).
114. El misterio de los locos del aire (21).
115. El hombre de Whitechapel (5).
116. Al llegar la noche (3).
117. Ciudad vertical (22).
118. Hombres y bestias (1).
119. La máscara (3).
120. Destino manda (23).
121. Sin esperanza (4).
122. La tela de araña (24).
123. Una sombra... (5).
124. Sin nada que perder (4).
125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
- 126.—La ciudad prohibida (2).
- 127.—Fatalidad (5).
- 128.—Escalera de color (16).
- 129.—La muerte blanca (15).
130. Ojo siniestro (3).

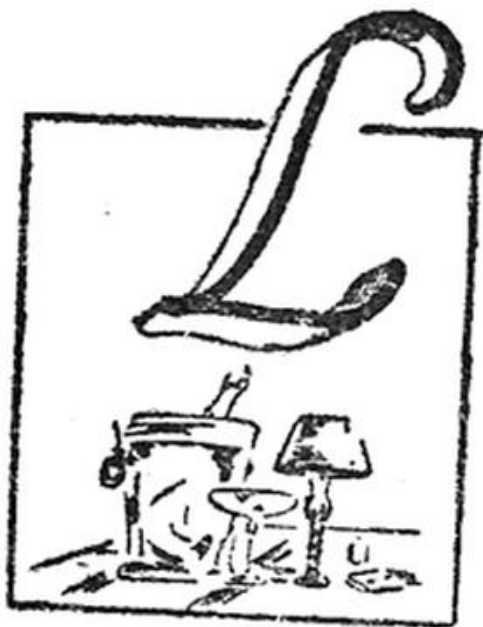
EN PREPARACIÓN:

Pasión inmortal.

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|-------------------|
| (1) Alf Manz. | (10) Jack Brooklyn. | (18) Jack Grey. |
| (2) Fred Baxter. | (11) Thomas Settee. | (19) Edgar Ford. |
| (3) Frank McFair. | (12) John Nebot. | (20) Andre O'Sun. |
| (4) Eddie Thorny. | (13) Thomas Wanton. | (21) Fel Marty. |
| (5) O. C. Tavin. | (14) F. N. Graw. | (22) Dana Yonell. |
| (6) Alar Benet. | (15) Robert Deaf. | (23) Al Gallard. |
| (7) A. G. Murphy. | (16) Alan Carson. | (24) Foster King. |
| (8) Lewis Haroc. | (17) Al Certrua. | |
| (9) J. L. Morgan. | | |

CAPÍTULO PRIMERO



A figura era alta y envuelta en un grueso abrigo, con cuello de piel, que llevaba levantado. En las manos, unos guantes, y se cubría con un sombrero flexible, cuya ala doblaba hacia abajo. Y, además, ocultaba la cara tras un antifaz. La voz emitida a través de él sonaba falsa, deformada.

—¿Por qué se niega a pagar?

Estaba rodeado de varios hombres que empuñaban pistolas y cuyos rostros, de por sí desagradables, se volvían aún más impresionantes por la malignidad de que estaban poseídos. Clavaban las miradas en un hombre gordo, pero que, a durar la situación en que se encontraba, perdería seguramente todas sus grasas, ya que sudaba copiosamente, empapando la camisa de seda,

la corbata e, incluso, el pantalón. Temblaba como sometido a una corriente eléctrica y tenía los labios lívidos; los ojos, desencajados; el pelo, rubio, extrañamente revuelto. Tal vez si tuviese la chaqueta puesta, tendría mayor dignidad; pero sorprendido en mangas de camisa en su despacho, su aspecto era grotesco. La voz del enmascarado repitió, con más dureza:

—¿Por qué se niega a pagar? ¿No teme al escándalo?

Del convulsivo movimiento de los labios del gordo se desprendieron algunas frases:

—No..., no es cierto... Es falso que... Yo nunca.

—Eso lo dice usted —cortó, secamente, el del antifaz—. Pero le consta que nadie le creerá. Tenemos pruebas, pruebas que hasta ser demostrado están falsificadas, transcurriría suficiente tiempo para que su Banco quebrara y el escándalo arruinara su reputación para siempre. Y ¿qué supone nos pasaría a nosotros después? ¿Está dispuesto, acaso, a que todos estos datos sean llevados a la Prensa y a luchar contra quien no conoce? Nosotros estaremos infamándole hasta que no tenga más remedio que huir del país o hacer otra cosa peor. Y aparte de provocar el escándalo, es posible le ocurrieran aún otras cosas.

La larga perorata, inexplicablemente, había servido para tranquilizar al banquero. Aún temblaba, pero su voz sonaba más firme:

—¡No daré un céntimo! Y si cree puede asustarme con esas «historias», se equivoca. No consentiré que ningún chantajista, y menos sin ser cierto nada de lo que dice...

—Atienda —interrumpió el que le amenazaba. Y al oír aquel tono ominoso, el tono de quien goza con la tortura que está causando, el banquero volvió a temblar—: aún no ha comprendido de qué se trata. Nosotros queremos hacerle un favor, para que su nombre no se vea envuelto en un escándalo. Mas, puesto que lo toma así...

Hizo una seña y dos de los tipos que vigilaban se adelantaron. Tenían «pinta» de haber sido descalificados de algún «ring» por juego sucio. Introdujeron las pistolas en las fundas de las sobaqueras y se situaron a los lados del hombre gordo. Su jefe les hizo otra seña.

El que estaba a la derecha descargó un mazazo al estómago de

su víctima. Y lo despidió hacia el de la izquierda, que le acogió con un golpe de su puño derecho en la barbilla, enviándole de nuevo hasta su compañero.

Estuvieron castigándole de esa manera durante un cierto tiempo. Cuando pararon, el banquero no era más que una piltrafa. El sudor se mezclaba con la sangre. Lo arrojaron sobre un sillón, donde quedó como un osito «Teddy», roto y despeluchado.

La figura alta, enmascarada, se inclinó sobre él.

—Mañana vendrán a cobrarle. Y piense que, además del escándalo, le sucederá esto, si va con el cuento a la Policía —añadió, con ironía—. Debe estarnos agradecidos, porque velemos así por usted.

Abandonaron al pobre hombre. El último en salir fue un sujeto alto, cacoquímico, que pareció vacilar, pero terminó por irse tras los otros.

Estaban pasando el recibo. El señor Zacarías Merobetty reflexionaba en lo que había llegado a ser una cosa tan sin importancia como la que él empezó.

Y todo fue porque un día de diciembre de 1950 hizo balance en el despacho de su pequeño semanario «Calumet Dispatch» y encontró que sus economías estaban a cero; su destino, también. Y lo, más trágico era que estaba enamorado.

Nadie podía sospecharlo al verlo: su aspecto era tan fúnebre, tan depauperado. Luella Stanfing desconocía ese sentimiento que albergaba el angosto pecho de Merobetty. Ella sabía únicamente que la acompañaba, que la invitaba a merendar y a cenar algunas veces, y atribuía el desconsolado gesto con que veía marchar al camarero en posesión ya de sus billetes, al mal, que según él, padecía. Luella, por su parte, tras su alegría fingida, su vivacidad inconexa, de ardilla que está dentro de una jaula, daba la impresión de un ser trágicamente asustado, que espera siempre la vida le descargue un golpe definitivo, sin saber por dónde puede venir ese golpe. A sus treinta y cinco años, había pasado por todas las calamidades. Y ahora estaba sobreexcitada, en continua expectación de lo que pudiera sucederle. El señor Zacarías Merobetty le resultaba un hombre encantador, sumamente bondadoso, pero lo acogía con reserva, sin pensar que fueran sinceras sus intenciones. Temía que tras su aspecto inocuo se ocultara algo perverso.

Aquel día, el señor Merobetty tomó una decisión. Anteriormente había apurado el resto de una botella de «*whisky*». Se había resistido durante mucho tiempo. Tenía presentes, como dos imprecisas manchas fosforescentes, los ojos angustiados, llenos de dolorosas interrogaciones, de la señorita Stanfing. Y eso venció su oposición.

El señor Merobetty escribía su famosa sección «Dígame en voz baja», destinada a recoger todos los chismes, todas las habladurías de Chicago. Mas a pesar de eso, tuvo que reducir la tirada de su semanario. Y entonces pensó hacer...

Con mano temblorosa extrajo de un cajón de su mesa un paquete de cartas. Olió su perfume y sonrió, satisfecho. Abrió la primera y comenzó a leer; «... te confieso, amado mío, que estoy muy inquieta. Mi marido comienza a sospechar, y aunque el pobre es tan ingenuo...». No quiso seguir. Conocía sobradamente el contenido. Y la letra. Le había llevado tiempo y costado trabajo imitar tan bien la escritura de la señora Sparr. No eran más que ocho cartas, pero estaban plenas de confidencias. Y luego sacó de otro sobre unas fotografías que mostraban a la señora Sparr del brazo de un hombre que no era su marido. En una de ellas, la tenía fuertemente abrazada. Otra obra de arte que había puesto a prueba su ingenio.

Y aquel día de diciembre se decidió a poner en práctica lo que había ideado. Lloviznaba. La calle Fawcett, travesía de la Fullerton Avenue, en el extremo oeste de la ciudad, aparecía tan desierta como de costumbre.

Se dirigió, primero calmosamente, más tarde con apresuramiento, como los pensamientos que se iban desarrollando en su interior, al Humboldt. Aquel barrio señorial le causaba siempre una desazón extraña. Había casas rodeadas de jardines, suntuosas residencias, edificios que no estaban hechos para oficinas, sino para que vivieran los potentados. En Milwaukee Avenue torció al Norte por la Western. Llegó, por fin, a Stanhale Bug. En el chalet número cinco llamó.

Un criado ceremonioso le abrió. Entregó su tarjeta. Y pasó a un «*hall*» regiamente amueblado. Aquello predisponía en su favor. Sí, la señora Sparr debería tener dinero. El mismo criado de antes le hizo pasar a otro salón. Aún esperó unos segundos, y se presentó la

señora Sparr, Violeta Sparr.

Vestía un pijama de seda pintada, calzaba unas babuchas con tacones y tenía la espléndida cabellera suelta y extendida por los hombros. Contempló al visitante y miró la tarjeta con un gesto de indiferente atención, como dando a entender que el trocito de cartulina contenía toda la insignificante persona de Zacarías Merobetty. Éste, fuese porque se sintiese ofendido por aquello o porque el licor empezaba a apoyarle con sus ardores, se irguió.

—¿Y...? —Medio abrió los labios ella.

Extrajo el paquete de cartas Merobetty. Ahora no le temblaba la mano. Y las «fotos». La actitud de la mujer varió por completo cuando pasó la mirada por las primeras líneas. Se tensó, abrió desmesuradamente los ojos y emitió un grito. Volvió rápidamente la hoja para mirar la firma.

—¡Oh, es imposible!... —exclamó.

Al contemplar las «fotos» dejó oír otro grito, pero éste de indignación. Se levantó y avanzó hacia Merobetty, con las pupilas llameantes y una mano extendida, en que sacudía las cartas y las fotografías.

—¡Esto es una vil calumnia, una infamia! Llamaré a la Policía ahora mismo. Esto es un chantaje asqueroso.

—Eso es lo que pienso yo.

—¿Eh? ¿Qué ha dicho?

Quedó con un pie levantado, que fue posando suavemente. Miró a Merobetty y se tranquilizó algo.

—Que me consta que es un chantaje —declaró, con aparente sinceridad su visitante; y expuso todo su ardid—: Señora Sparr: esas cartas están falsificadas y las «fotos» se ve claramente que son amañadas, compuestas con dos distintas y luego vueltas a fotografiar. Naturalmente, usted debería llamar a la Policía. Mejor, debiera haberlo hecho yo, puesto que es a mí a quien me las han enviado. Pero he reflexionado y cambié de parecer. Si usted reflexiona, hará igual que yo: esto es completamente falso. Y hasta hecho de una forma burda. Pero eso lo sé yo porque me he preocupado de comparar la escritura de las ocho cartas y de examinar con detenimiento las «fotos». Y usted lo sabe porque es la interesada, pero ¿y su marido? Usted, ¿qué cree haría si cayesen en sus manos estas cosas?

La señora Sparr debió de imaginarlo, porque se estremeció y se dejó caer en un diván, en el que se hundió anonadada.

—¿Entonces...? —preguntó, débilmente.

—Oiga: el tipo que remitió estas cartas a la sección de mi periódico «Dígamelo en voz baja», las acompañó de una nota. Léala.

Y Violeta Sparr leyó el siguiente molesto documento:

«Señor director del “Calumet Dispatch”: Ahí le mando un buen chisme. Tiene su precio. Puede publicarlo o no, pero ella no querrá que lo haga. Pídale doscientos dólares, con la garantía de que serán los únicos que dé. No trato de “extorsionarla”, sino de ayudarme por este procedimiento. Pero dígame que si no da ese dinero, se lo pediré a su marido. Usted puede, quedarse con cincuenta de ellos. Ponga anuncio si ha cobrado».

—Fíjese —apostilló a la lectura Merobetty— que no da señas. Desde luego, me imagino que se presentaría cualquier día en el periódico cuando menos lo esperase. Y me ofrece cincuenta dólares, de los que tendría que deducir el coste del anuncio.

Reflexivamente, apoyó la barbilla en una rodilla la señora Sparr, para lo que tuvo que encogerse.

—¿Quién me asegura que este individuo no intentará nuevamente este truco?

—No se expondrá. Sabe que usted preferirá dar esos doscientos dólares antes que comprometer a su marido. Él ha pensado, y de ahí su juego, que en tanto investigara la Policía y se aclarara el asunto, su nombre iba a quedar resentido. Aparte de que no sabe cómo reaccionará su marido ante un infundio así. Posiblemente, hasta que quedaran disipadas sus dudas, no iba a resultar agradable oírlo. Y con todo eso cuenta nuestro anónimo comunicante. Pero no repetiría el golpe, porque se ve que es inteligente y debe estar convencido de que otra demanda de dinero, usted no la soportaría y preferiría declararlo todo. Y eso podría llevarle a la cárcel.

Tales consideraciones resolvieron a la señora Sparr a cambiar de posición y meditar, ahora con las manos cogidas entre las piernas. Zacarías Merobetty sudaba. De una forma clara había dado a entender a la mujer que el autor del cuento había sido él; y que la

mejor garantía de que no intentaría molestarla en lo sucesivo residía en ese detalle precisamente.

Pero la cosa se arregló en su favor.

Al encontrarse de nuevo en la calle respiró profundamente. Palpó los doscientos dólares en su bolsillo y sintió que le penetraba un entusiasmo desacostumbrado. Su estratagema había resultado bien. La señora Sparr había preferido pagar aquel precio irrisorio — el coste de algún sombrero — antes que exponerse a un escándalo. Y no quedaba rastro de su hazaña. Todo había sido realizado magistralmente. Podía estar orgulloso.

Al día siguiente se cuidó de confeccionar otra «historia». La víctima en esta ocasión era el hijo de un famoso exdeportista. Merobetty conocía que andaba mucho por las casas de juego y que había obtenido ciertos préstamos a cuenta. Se presentó a él y le mostró unos pagarés fabulosos a nombre de cierto local prohibido. El joven se asustó, para tranquilizarse, cuando el bueno de Zacarías le brindó la oportunidad de terminar aquel asunto por una cantidad irrisoria.

El «Calumet Dispatch» amplió las hojas de que se componía. Se instaló, primero, una minerva, y luego, una rotativa mayor. Los muebles del despacho fueron sustituidos. Y Zacarías Merobetty varió también de aspecto, hasta llegar a creer que lo de su úlcera no había sido sino aprensión y exceso de jugos gástricos, producidos por el ansia de comer.

Y Luella Stanfing participó generosamente de aquel bienestar. Ambos vivían sus mejores momentos, olvidando lo duramente que les había castigado siempre la vida. Pero estaban marcados como víctimas por el Destino.

Una tarde, el autobús dejó a Merobetty cerca del puerto, en la Chicago Avenue. En el Green Parrot trabajaba Luella. Aquella tarde la invitaría a cenar espléndidamente.

La vio tras su puesto del mostrador, con su cansada sonrisa, charlando con algún cliente. Ella lo distinguió enseguida, porque constantemente movía las pupilas en todas las direcciones. Consultó su relojito y se retiró. Poco después se reunía con Zacarías. Éste la vio llegar, complacido. Decididamente, le gustaba. Aquella suavidad de movimientos, su lenidad, le cautivaban.

Fueron a cenar al

Brown's

en Halsted. Luella se comportaba, como una chiquilla, palmoteando alborozada. A los postres, Zacarías la miraba enternecido; enternecimiento al que no era ajeno el vino que había tomado. Una lágrima se le había helado en el lagrimal del ojo izquierdo y se sonó la nariz, ruidosamente.

El salón fulgía esplendorosamente. Y la luz se tornasolaba en los rincones a través del vidrio policromado de sus lámparas, dando la sensación de que esa luz los aislaba del centro, de la pista de baile, sobre la que se veía suspendida una monumental araña de bronce y cristal. La orquesta no se veía, costumbre original de aquel sitio, y la música, debido al estudio acústico que se había hecho del local, parecía partir de todos lados a la vez. El tablado al que salían los cantantes, se proyectaba en el aire, sobre un fondo conseguido con luz negra, creando así la sensación de que nada lo sostenía.

—Luella —tartajeó Merobetty, que se sentía feliz—, desde ahora cambiará nuestra vida. No pasaremos más privaciones. Tendremos una casa para nosotros. Tú guisarás y yo...

Tuvo que acudir al pañuelo porque se había emocionado terriblemente.

La cosa ocurrió en aquel momento. Fue un hecho casual, desde luego. Pero transcurrido el tiempo y cuando Merobetty lo recordaba, le parecía que había sido un aviso que debiera haber atendido.

Sobre el sonido irreal de la música, se oyó una detonación. Y otra. Zacarías comprobó asombrado que las parejas seguían bailando, que los camareros no se estremecían. Luella había palidecido y sus ojos se agrandaron. Entonces un hombre atravesó la pista de baile. Era joven, moreno, fornido. Un gesto de terrible resolución le hacía adelantar la mandíbula. Su paso rápido, decisivo, imponía. Apartó a las parejas que se le interponían y fue a la salida.

No llegó a ella. En una escalera que ascendía al fondo y creaba una galería o terraza alta al extenderse alrededor del salón, se instaló otro hombre. En las manos soportaba una pistola ametralladora. Como un ritornello sobre la música, sonaron los disparos. El joven que huía saltó hacia adelante; en el aire se dobló sobre la cintura.

Y cayó, rodando, al suelo, donde se estiró. Alguien, una mujer, gritó. El hombre que había disparado se adelantó hasta el centro de la sala.

Hizo un gesto y la música cesó como por encanto.

—Lo que han visto —dijo— no es una escena de película, pero sería mejor que lo creyeran así. No se alteren.

Otro individuo se le acercó. Accionaba como si estuviera discutiendo. Zacarías vio que el primero sacaba algo del bolsillo, que a la distancia que estaba le parecieron billetes, y se los metía en el bolsillo alto de la americana al que le había interrogado.

Hizo otro gesto y un par de sujetos llegaron hasta el caído, lo levantaron y salieron con él. La música sonó de nuevo. Las parejas volvieron a bailar.

Notó Zacarías, que se había despejado aunque seguía creyendo que había presenciado una escena fantástica o que correspondía al programa de atracciones del

Brown's,

que Luella estaba agitada y pronta a tener un ataque de nervios.

—El pobre Dick —le oyó articular.

—¿Quién es Dick?

Sabía quién era. El hombre asesinado.

—El que han matado —repuso ella—. ¡Oh, con lo simpático que era!

—Y tú, ¿de qué le conoces? —preguntó, algo celosamente.

—Oh querido; verás. El dueño de este salón lo es también del Green Parrot. Y Dick era algo así como un inspector que recorría las casas y comprobaba los ingresos. Siempre bromeaba conmigo. ¡Pobre Dick Morrell!

Aquello sonaba demasiado trágicamente. Zacarías se apresuró a pagar, y salieron del local donde tan poca importancia se le daba a la vida. La escena les había impresionado y recorrieron el camino hasta casa de Luella en silencio. Zacarías, en quien el vino realizaba curiosas transformaciones, meditaba ahora en lo poco que vale la vida de un hombre.

Recordó aquella escena el día que entró a visitarle cierto personaje. El señor Zacarías Merobetty, que en el fondo era supersticioso, creyó en un principio que se trataba de un espectro, pero tuvo que convencerse de lo incierto de tal suposición. Era un

demonio.

—Es usted sumamente inteligente —comenzó por decirle—. Muy ingenioso el procedimiento que emplea para obtener dinero. Ciertamente nuestra sociedad está podrida y aunque no lo crea, no les inventa chismes sino que la mayoría de las veces da en la diana. Por eso se callan y prefieren pagar. Temen que esa mentira de usted obligue a descubrir muchas verdades.

Y añadió con un especial tono:

—Pero hasta ahora su negocio es pobre. Explota poco su truco. Bien es verdad que a partir de este momento, las cosas cambiarán. La sociedad que vamos a formar, será muy distinta. Ya verá cómo nos enriquecemos rápidamente. ¡Ah, recuerde que mi nombre es Dick Morrell!

A pesar de aquello, Zacarías Merobetty se resistió. Y su obstinación se mantuvo aunque un día le visitó el presunto Dick Morrell en compañía de algunos hombres y le administraron una concienzuda paliza en el despacho de su semanario.

—Vamos, entre en razón —le apremiaba el resucitado.

Solamente accedió a colaborar con ellos, el día que le llevaron a la casa de Luella Stanfing y despertaron a la pobre mujer. Su angustia, el espanto que le acometió fueron patéticos. Porque lo más trágico era que había esperado se produjera un hecho así. Aquella corta felicidad que había disfrutado la había supuesto siempre amenazada de una catástrofe.

La resistencia de Merobetty se desmoronó. Aquellas pupilas lacrimosas, el hipo pueril que la sacudía, fueron para él más impresionantes que los truculentos ademanes de sus opresores.

—¿Qué? —le preguntó la extraña figura, envuelta en el abrigo con el cuello de piel—. ¿Ha cambiado de opinión?

Como vacilara en contestar, uno de los que sujetaban a Luella la abofeteó, haciéndole sangre en la boca.

—Sí —casi gritó Merobetty—. Todo lo que quieran.

—¡Oh, el amor! —se burló Dick—. Vamos, muchachos. Dejémosles para que se consuelen.

Cuando estuvieron solos, Merobetty enjugó la sangre que brotaba de los labios de Luella. Instintivamente se abrazaron, como buscando protección. Comprendían que habían caído en las garras de un ser infernal, duro, sin entrañas.

—Es él, Dick Morrell —susurró Luella, gimiendo—. Sólo un ser que tenga muerto su interior, puede proceder así.

—Seguramente no lo mataron entonces. Sólo le herirían. Y ahora quiere vengarse —extrajo su conclusión Merobetty.

—Pero tan despiadado...

Actuaban despiadadamente, cierto. Y aquel que se anunciaba como Dick Morrell daba la impresión de que en el infierno le habían extendido un visado para salir con un permiso limitado al solo objeto de vengarse.

Hasta crearse una reputación de sangrienta, la banda de chantajistas tuvo que actuar de una forma cruel, brutal. No mataban a sus víctimas, sino que las golpeaban dejándolas al borde de la locura. Cuando la Policía, en contados casos, acudía, los atacados no revelaban nada. Se les unía el miedo al escándalo con el de los procedimientos expeditivos y violentos de aquella gente.

Y al que de todas formas se oponía y pretendía luchar contra ellos, tuvieron el valor de llevar sus delaciones, su conjura falsa a los periódicos, en propagarlo por toda la ciudad y en acudir incluso a los tribunales. Perdieron, porque al final se demostró que todo era una «historia» inventada, mas cuando se dictó el fallo habían arruinado a la persona de que se trataba y quedaban pendientes las represalias que pudieran tomar contra ella.

La Policía, sin la colaboración de las víctimas, se mostró impotente. De Washington llegó entonces una orden al comisario Brad Milkhem, del

F. B. I.

Se le encargaba del asunto.

El F.B.I. se puso en acción.

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

CAPÍTULO II



—SON chantajistas despiadados. —Siempre había supuesto que el chantaje era labor de un solo individuo.

—Hasta la fecha, sí Pero esto, además de chantaje, es una coacción impuesta por la fuerza.

—¿Cómo están tan enterados de los chismes y jaleos de la ciudad?

—Muchas de esas historias son completamente falsas. Pero están organizados de tal forma que pueden incluso convencer a un jurado de que sus hechos son verídicos. Escriben cartas imitando a letra, componen fotografías y pagan a ciertos tipos para que corroboren sus mentiras.

—¡Pero eso es diabólico!

—Y además actúan implantando el terror. Los que han intentado resistírseles, no lo han contado. Sus víctimas saben que han tejido una red de embustes a su alrededor, pero son incapaces de salir de ella. Nos consta que en la actualidad muchos individuos de la mejor sociedad de Chicago están pagando sumas muy altas por evitar el escándalo.

—Pero si acudieran a la Policía...

—Lo han hecho. Y la verdad, he de reconocer que ha sido un suicidio. ¿Recuerda al millonario Tafter, Johnathan Tafter, dueño de los almacenes Aldrichs en State Street? Urdieron una «historia» infame acerca de sus relaciones con su socio Perry Daller. Desde luego ninguno de los dos aceptó. Requirieron los servicios de la Policía y ésta hubo de investigar el caso. Aparecieron ciertas cartas, testigos que declararon cosas inverosímiles... En fin, ha sido su ruina. Pero aún más. El hijo de Johnathan Tafter fue encontrado un día medio muerto de la paliza tan fenomenal que le habían propinado. Y tuvieron la desfachatez de comunicarle que eso era por no haber querido abonar la cantidad que le habían pedido.

—¿No se sabe quiénes son?

—No hay forma. El que se decide a pagar no revela el secreto. Y los otros sólo habían recibido las pruebas con que pretendían extorsionarles, sin que ninguna alusión, algún dato sirviera de referencia para localizarles.

—¿Cómo sabe entonces que es una banda?

—Lo prueban los actos de violencia qué han llevado a cabo. Y los escenarios que montan a veces para crear la impresión de ser ciertas las historias que inventan. Charbers, la empresa en que se va a meter no es fácil.

Asintió Pier Charbers, y avanzó el labio inferior para indicar su desconcierto. El asunto le desagradaba. Eran cuentos, sí, pero por menos de nada podía tratarse de un caso cierto y entonces resultaría francamente nauseabundo estar metido dentro de él. Por otra parte, la obra que llevaban a efecto aquellos chantajistas era doblemente infame: conseguir dinero mediante la amenaza de revelar hechos escandalosos y antes inventarlos ellos mismos.

Dejó al compungido comisario Erad Milkhem y fue a su despacho a desarrollar su plan de operaciones. Pier Charbers

pertenecía a la sección del

P. B. I.,

especializada en combatir el gansterismo.

Aquel caso le había venido cuando estaba a punto de tomarse unas vacaciones. «Mil diablos —rezongó, mentalmente—, estos ciudadanos de Chicago siguen poseyendo el espíritu de Al Capone».

Llamó por el dictáfono.

—Que se presente el agente Ernest Daumerlang.

Transcurrió un poco de tiempo y se dedicó a repasar los datos que conocía de aquellos chantajistas. Alguien pidió permiso para entrar, Charbers asintió.

Penetró Ernest Daumerlang. Siempre que lo veía, Charbers pensaba en una succulenta comida regada abundantemente con cerveza, en las Waylkyrias de Wagner. Era alto, rotundo, estridente. Y de acuerdo con su aspecto, su carácter poseía la misma franqueza, la misma luminosidad y euforia. Claramente se notaba su ascendencia germana. La cabeza grande, alargada, la frente espaciosa, el pelo rubio peinado en una banda que a efectos de su inquietud se le levantaba, causando la impresión de que se le había destapado el cráneo. Las orejas, muy separadas, de liebre, que le daban al rostro un increíble aire de inteligencia. Había sido el primero en Quántico, llevando una ventaja considerable a los más cercanos seguidores. Si alguien, por su movilidad, lo consideraba nervioso, caería de su error en cuanto tuviese que enfrentarse con él con una pistola en la mano. Sólo tenía un defecto, que en otras ocasiones podía transformarse en una gran virtud. Y es que se dejaba arrebatar por el primer impulso, sobre todo en el peligro, y eso le hacía arriesgarse muchas veces inútilmente. Pier Charbers, su jefe inmediato, no le deseaba que le sucediera nada, pero en ciertos momentos en que se había visto arrastrado por Daumerlang a descabellados actos capaces de erizarle el vello a un «chippewa», había pensado que una buena sangría no le habría venido mal.

—Daumerlang —empezó a decirle, al tiempo que le indicó se sentara. Daumerlang lo hizo en el brazo de un sillón y miró a su superior con una tan intensa expresión en la cara de estar en el secreto de todo, que Charbers se inquietó—: ¿ha oído hablar de los chantajistas?

—¿Se refiere a esa banda que inventa los escándalos y después

extrae el jugo? Entonces es que le han encargado del caso. Me alegro.

—¡Hum! ¿Por qué se alegra?

—Huelo que hay algo interesante ahí. He hecho mis deducciones y para llevar a efecto, de la forma que hacen sus operaciones, necesitan que los dirija alguien avezado a la lucha. Cuando entraron en aquel bar de la Clark Street y mataron al dueño, parecía como si hubiera resucitado Al Capone.

—En esto estaba yo pensando.

—Telepatía. Lo pensó porque yo lo estaba haciendo. Y no estoy de acuerdo con que sea un individuo de acción y a la vez un enredador. Sería demasiada coincidencia.

—¿Qué opina, entonces?

—Verá, jefe: me temo que todo esto sea muy complicado. Pero tengo trazado un plan de operaciones estupendo. Estoy cierto de que el tipo que dirige esa banda de angelitos, por lo menos en lo que se refiere a la acción, tiene o ha tenido que ver con las extinguidas bandas de «gánsteres». Y desde luego, los compañeros suyos lo sabrán si es que no están enterados ya. Lo que yo me propongo es lo siguiente: entraré en contacto con ellos y eso me llevará a descubrir a los chantajistas.

—¿Cómo pretende entrar en contacto con ellos?

—Figurando que soy tan bandido como los tales. En Chicago se me conoce poco, y luego mi aspecto...

—No siga. Realmente, Daumerlang, sería usted un «boss» perfecto.

—Le aseguro, jefe, que me da una satisfacción. De no haber ingresado en el F. B. I., seguro de que a estas horas tendría que enfrentarse usted conmigo en alguna travesía de State Street, en el Sur.

Algo pronunció Charbers entre dientes. Daumerlang no lo oyó, porque siguió imperturbable:

—¿Qué dice a mi proyecto?

—Tiene sus peros. Daumerlang, aunque crea que es telepatía, yo había pensado en eso también. Pero temo su temperamento impetuoso...

—¡Oh, no hable así! Comprendo que el hecho de ser padre de familia justifica su prudencia, pero no le da derecho a

sermonearme.

Se incorporó y se estiró prodigiosamente, asombrando a Charbers, que terminó por sonreír. Sabía que Daumerlang le profesaba un gran afecto desde que fue su profesor en Quántico. Y por su parte, quería al extraordinario «espécimen» humano aquél.

—Hecho —le estaba diciendo Daumerlang ahora—. Desde este momento soy uno de los más terribles pistoleros.

Hizo ademán de irse.

—¡Espere!

El inspector Charbers se había puesto de pie.

Su rostro se endureció y se ensombreció terriblemente.

—No se precipite. No puede proceder con ligereza en un caso como éste. Daumerlang, quien sea el que actúe como jefe de esa banda, es un ser despiadado y cruel. Sus actos reflejan, no la violencia de un fuera de la ley, sino de un anormal peligroso.

—Razón de más para que se le descubra y se le extermine.

—Verdad. Pero no le basta con lo aprendido en Quántico ni su experiencia de este último tiempo que ha actuado. Tenga en cuenta que Chicago es la sede de la delincuencia y aun hoy no están extirpados del todo los viejos focos. Ya ha podido darse cuenta de ello. Necesitará ser precavido, maniobrar con astucia... y no arriesgarse demasiado. Daumerlang, quiero que me tenga al corriente de todo para que pueda acudir en su ayuda en cuanto lo necesite. Por mi parte, haré lo que pueda por hacer hablar a algunos de los extorsionados.

Tendió su mano solemnemente al agente. Éste varió su continente irónico y cuadró las mandíbulas.

—Inspector, procuraré seguir sus consejos.

Sin añadir más dio media vuelta y salió del despacho. Había dicho que se convertiría en un fuera de la ley; pero eso no era tan fácil como parecía. Podía intentar el viejo procedimiento de hacerse encarcelar acusado de algún atraco y luego escaparse. Pero no le seducía ese método. Optó por algo más directo.

Pasó una semana en los archivos de varios periódicos de la ciudad, empapándose de la historia de los «gangsters» en Chicago. Se familiarizó con los nombres y con las personas de muchos de ellos. Supo los sitios en que se reunían, de sus costumbres, de su estilo de hablar y hasta incluso al moverse.

Otra semana le llevó el adquirir el aspecto necesario. Se vistió de forma llamativa, se ensortijó y comenzó a arrastrar las frases torciendo la boca. Y una mañana se apeó en la estación de Polk Street. Vestía un traje «cheviot» que lo trasladaba inmediatamente a la legendaria Escocia, una camisa de seda azul, una corbata que parecía arrancada del muestrario de algún vendedor chino ambulante, un sombrero marrón de ala tan descomunal que podía servirle de paraguas y unos zapatos de dos pisos y suela de crepé. La gabardina se le ajustaba con un cinturón y llevaba añadida una esclavina. No es que por eso llamara mucho la atención en la parte de State Street en que se encontraba. Mezclados con él se veían los individuos de trazas más pintorescas del mundo.

Su deseo era ir hasta Lincoln Street y visitar cierto bar, que en su tiempo fue punto de reunión de varias bandas de pistoleros. No creía fuera a encontrar a los antiguos compinches, pero le informarían dónde podría hallarlos.

Aquella parte de Chicago era de los más innobles y sórdidos suburbios. A pesar de eso, su bullicio era mayor que en el centro. El bar se llamaba Tótem, y ciertamente recordaba su entrada la de alguna tienda de los primitivos indios de las orillas del Michigan.

Tras el mostrador se apostaba un sujeto de indigna faz y pequeña cabeza, que le trajo a la memoria las disecaciones que ciertas tribus de indios sudamericanos hacían con las de sus enemigos. En aquel cráneo de pájaro se movían dos pupilas frías, de lagarto. Daumerlang recordó instantáneamente una información que había leído en el «Daily News» de hacía unos diez años, y en la que se publicaba una foto en que se distinguía la misma cara. No parecía haber envejecido.

—¡Hola, «Pájaro»!

El aludido, que había seguido los movimientos del agente desde que entró en el local, lo miró ahora inexpresivamente.

—Hola —saludó.

—Dame un «*whisky*».

Le fue servido y de nuevo el extraño ser ornitológico lo contempló con mezcla de indiferencia y atención.

—Oye, «Pájaro»: ¿dónde podría encontrar sitio para dormir? Antes había habitaciones en la casa de arriba.

Se animó un poco la expresión de su oyente.

—Todavía las hay —informó.

—¿Y sigue «mamá» Peggy cuidando de los huéspedes?

—¿Conoces a Peggy?

—Claro.

Oyó una tos a su espalda. Retrovisó en la cara del «Pájaro» que se aproximaba alguien. Se volvió y pudo ver a una gruesa mujer, despechugada, bronca, llena de pinturas y de joyas falsas. La reconoció. Y bendijo mentalmente los extraordinarios servicios de la Prensa de Chicago.

—¿Qué tal, «mamá» Peggy?

Lo escrutó duramente.

—¿Quién eres tú?

—¿No me recuerdas? Soy Tim, Tim Landor. Verdad que hace mucho que no asomaba por Chicago; desde que se disolvió la banda de Rooper. Yo fui a San Luis.

La dureza de las pupilas de «mamá» Peggy se suavizó.

—No te recuerdo. Ni ese estúpido nombre que llevas me dice nada.

—Bueno, no es extraño. Actué poco y sólo estuve aquí dos o tres veces. Y como mataron a Cabot, Milton Cabot... Él y yo éramos amigos.

Todo lo que relataba era cierto. Y el Tim Landor, cuyo pellejo usurpaba, estaba preso en San Luis. «El Pájaro» se animó de pronto.

—Sí, Peggy —dijo—. Este Tim Landor era amigo de Milton Cabot. Pero entonces sólo era un crío.

Asintió Daumerlang. Ya se había cuidado él de aquel detalle. Y de elegir alguien a quien pudiera parecerse, con la diferencia de tiempo, naturalmente. La vieja trocó su aire de reserva por otro amistoso.

—Sigo sin acordarme. Y no se me suelen a mi olvidar los tipos interesantes. —Miró al agente con cierto brillo en los ojos que rememoraba antiguos entusiasmos por los hombres—. Pero en fin: sé bienvenido, Tim.

—Gracias, «mamá» Peggy.

—¿Te fueron bien los asuntos? —inquirió «el Pájaro».

—Bueno; sí. Hice algunos negocios. Pero aquello no es como esto. Siempre he tenido a Chicago en el corazón.

Lo dijo con tal aire de convencimiento que arrancó unas sonrisas

de simpatía de sus dos interlocutores. Daumerlang poseía condiciones de actor y para él constituía un placer representar aquel papel.

—Debieras haberte quedado en San Luis —opinó Peggy—. Chicago no es ahora lo que fue. Solamente algún que otro tropiezo, pero sin que lleguen a los de aquellos días. ¡Ay!

Su suspiro fue cómico. No podía saberse si echaba de menos las luchas de los buenos tiempos, o era la juventud que se le había ido.

—Hijo —puntualizó tras aquel desahogo—: ahora no existen las bandas que antiguamente. Te será difícil trabajar, a no ser que imites a otros muchos, que han optado por instalar bares o casas de juego.

—Algo quedará, «mamá» Peggy.

—Estoy pensando... —declaró en ese momento «el Pájaro». Daumerlang apreció que aquello era extraordinario, por cuanto no creía que aquel sujeto pudiera pensar.

—¿En qué? —preguntó ásperamente Peggy.

—Bien; quiero decir que Jack Sheldon no tiene ahora ayudante.

—¿Quién es Jack Sheldon? —Trató de saber Daumerlang.

—Es...

No lo dijo. Sus ojos de ave antediluviana habían quedado fijos en un punto del salón. Peggy y Daumerlang miraron a su vez. Un hombre alto, fuerte y elegantemente vestido, como arrancado de la contraportada de alguna revista de modas masculina, avanzaba hacia ellos.

—¡Hola, Jack! —dijo Peggy, que se había animado extraordinariamente.

—Bien, «mamá» Peggy, ¿qué sucede?

Su cara era noble, aunque acusaban dureza las líneas de la barbilla, y los labios eran demasiado finos, crueles. Observó a Peggy, miró al «Pájaro» y, por último, clavó sus pupilas castañas en Daumerlang.

—Le estaba diciendo, Jack —apuntó «el Pájaro»—, que tal vez pudieras tomarlo de ayudante. Estuvo con Rooper y era amigo de Milton Cabot. Yo lo recuerdo.

—¡Hum! —Fue la contestación de Jack—. ¿Qué tal manejas la pistola?

—Podría repetir lo que Guillermo Tell en Suiza, sólo que

sosteniendo el niño una uva en lugar de una manzana.

Era una fanfarronada, que casaba bien con su explosivo atuendo. La expresión de Jack no se alteró. Lo examinó con mayor detenimiento.

—¿Sabes lo que le ocurrió a mi anterior ayudante?

Su voz tenía resonancias ominosas.

—¿Se casó? —inquirió, tontamente, Daumerlang.

—Con el diablo. Lo ametrallé, porque había intentado traicionarme. ¿Te gustan las mujeres?

La pregunta sorprendió a Daumerlang.

—Te diré... Yo tenía una prima...

—No me cuentes historias de familia. Bien; puedes servirme, si eres tipo duro y que no se amedrente. El cargo no es de ayudante, como dice Fred, sino de inspector de los bares que poseo, y de salas de juego. No me interesa que me estimes o no. Pago bien; en la moneda que sea. Si me sirven lealmente, en billetes nuevecitos, y si me traicionan...

—En balas recién fundidas. Acepto. Yo también sirvo según lo que paguen. Pero ¿por qué mataste al anterior inspector?

—Se interesó demasiado por una mujer. Mi novia. Te lo advierto, para que evites encontrarte en su caso. Sígueme.

Se apartó de ellos y entró en el interior del bar. Cruzaron por unos reservados. Llegaron, por fin, a una habitación interior. Daumerlang iba reflexionando que su estratagema de pasar por un bandido le había dado resultado. De lo que no estaba convencido es que le sirviera aquello para descubrir a los chantajistas.

En la habitación que entraron había una mesa con tapete verde, sobre la que caía la luz potente de una lámpara baja. Alrededor de la mesa, cuatro individuos y una mujer. La luz reflejada sobre el tapete verde les proporcionaba un color mortecino en los rostros, que, aparte de eso era un muestrario completo de los vicios y bajas pasiones del hampa. Ella era un espléndido animal, que confirmaba el malhumorado concepto del filósofo alemán: «Cabellos largos y las ideas cortas». Tenía expresión estúpida, quizá más que falta de inteligencia, de estupor, de hastío. Un cigarrillo, que se le consumía entre los labios, aumentaba su gesto de cansancio. De ellos, uno era gordo, grasoso y sudaba, aunque la temperatura no era la indicada para ello. Otro daba la impresión de que había encanecido y

arrugado, sin que se le perdieran las facciones de granujilla de quince años. Los otros dos eran corpulentos como bueyes, de torpes facciones y mirar estólido. Estaban en mangas de camisa, y bajo las axilas, pendían las fundas con las pistolas.

—Siéntate —ésa fue la presentación que hizo Jack Sheldon. Y se dirigió a los otros—: Escuchadme: éste es vuestro nuevo inspector. Actuará en mi nombre. ¿Cómo te llamas?

—Tim Landor.

—Bien; éstos son Brown, Pitt, Maggiani, Von Merr. Ese ángel caído es Betty Pawnet. No confundas tu cargo. Tu deber es controlar si están bien las cuentas, pero no debes mandar a ninguno de estos hombres. Eso sí: tienes libertad para tomarte la justicia por tu mano a la menor anomalía que tropieces.

—Y ¿quién es este Tim Landor? —bramó entonces uno de los fornidos sujetos.

Betty miraba soñolienta, retrepada su silla contra la pared. Movía el cigarrillo entre los labios de una forma inexpresiva.

—Soy Tim Landor —anunció, cortésmente, Daumerlang.

—Pues no seré yo quien tolere que me revise las cuentas. Jack: debes buscarte otro tipo que inspire más confianza. Con eso no tienes ni para empezar.

—Levántate, «monín» —pidió Tim, afablemente.

El sujeto lo hizo jactanciosamente. Y volvió a sentarse, impelido por el puñetazo que le descargó Daumerlang. Había sido un golpe feroz, aplicado con saña, en el cuello del desafiante buey. Daumerlang comprendió que no intentaría erguirse otra vez. Pero tuvo que hacer frente a otra contingencia. El compañero se había echado hacia adelante. La pistola, por aquel movimiento, había salido un poco de la funda y con rapidez acabó de extraerla con su derecha. Apuntó, pero descubrió, asombrado, que Daumerlang empuñaba una «Luger», sacada de no sabía dónde.

—Puedes apretar el gatillo, pero convendría que hicieras testamento antes.

Sus palabras disolvieron la furia del otro. Bajó el arma y la enfundó otra vez. Jack Sheldon emitió su opinión entonces:

—Me gusta, muchacho; pero ten presente que esta vez ha sido un ensayo.

Lo que ya sabía Daumerlang.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a **EDITORIAL ROLLAN**

CAPÍTULO III



El ingreso de Ernest Daumerlang en las filas del «gansterismo» se había efectuado sin tropiezos. A pesar de ello, sabía que Sheldon investigaría la verdad de sus afirmaciones, y que su aparente confianza en él obedecía a la que tenía en sí mismo.

Abandonaron el Tótem. En la calle les esperaba un magnífico «Buick». Jack Seldon se puso al volante y Daumerlang se acomodó a su lado. Mientras subían por State Street y cruzaban el puente sobre el canal, el agente estudió al «gángster». La firmeza de sus rasgos era un poco forzada. Tal vez, Sheldon no estuviera tan seguro de sí mismo como aparentaba.

—¿Qué, Lander? ¿Has descubierto ya cómo soy?

Sorprendió a Daumerlang. Se había excedido en su estudio.

Sheldon dejó oír una risa clara, satisfecha.

—Por si acaso no aciertas con mi carácter, te ayudaré. No soy de dura piedra como simulo. Soy sensible a todas las emociones; un niño desamparado me haría llorar. Pero me esfuerzo en dominarme y creo haber obtenido un triunfo sobre mis reacciones. Hoy puedo presenciar cómo descuartizan a una inocente doncella y sonreír. Más tarde, me estremeceré y no podré dormir, acordándome. Conozco que soy débil, y eso me obliga ser cruel conmigo y con los demás. Sobre todo, tengo miedo a que me traicionen, a que se rían de mí. Pero, sobre todo, ansío el poder, el dinero. Mi infancia transcurrió en la miseria y aún guarda el fondo de mi retina la visión de los grandes escaparates llenos de todo lo bueno, y que sólo un frágil cristal separaba de mí. Desde ese momento no deseé sino crecer, ser fuerte para apoderarme de aquello que me estaba vedado. Y lo he conseguido.

Como obedeciendo al impulso que le llevaba aquel recuerdo, aceleró, y el coche rozó peligrosamente el límite de la velocidad permitida. Sólo fue un momento, para enseguida dominarse.

—Contra esto tengo que luchar también. Soy propenso a la cólera y al entusiasmo, pero consigo imponerme.

Marchaban ahora por la calle Doce. Daumerlang aceptaba, asombrado, que cuanto le decía Sheldon parecía ser cierto, pero no sabía por qué se le contaba así. Al torcer por Richmond Street tuvo la explicación.

—Eres inteligente, Landor. Me bastó verte para darme cuenta de que engañabas a los tontos aquéllos. Tú nunca estuviste en el Tótem, ni viste a «mamá» Peggy y menos a la «calandria» de detrás del mostrador.

Se dio cuenta Daumerlang de lo peligroso del momento.

—Y ¿por qué? —preguntó con insolencia.

—Demasiada buena memoria. Han transcurrido diez años desde que la banda de Rooper fue deshecha. No importa, Landor; no quiero saber quién eres ni el por qué estás aquí. Yo estoy a bien con el Fisco, entérate; no se me puede coger en nada delictivo y el cargo que te ofrezco es perfectamente honorable.

El coche estaba parado en Lake Shore, frente a una lujosa mansión. Sheldon sonrió con agrado al agente del
F. B. I.

Pero Daumerlang estaba desconcertado. No entendía la psicología de Sheldon. Por breves momentos había supuesto que se le estaba descubriendo tal como era, y ahora quien estaba aparentemente revelado era él.

—¿Tienes licencia para llevar armas?

—No.

—Bueno; eso no está bien: te procuraré una.

Descendió del coche, invitando a Daumerlang para que lo hiciera. Se dirigieron, guiando Sheldon, a la entrada de la casa. Al atravesar el portal tropezaron con un muchacho que salía. Era un tipo de golfillo, vendedor de periódicos o encargado de abrir las puertas de los coches a la entrada de los teatros y salas de fiestas. Miró a Sheldon, abrió mucho los ojos y echó a correr.

—¡Eh, ven aquí! —le gritó Sheldon.

Pero el muchacho corría como un desesperado y torció en la próxima esquina, perdiéndose. A Sheldon se le contrajo el rostro de una manera, que varió su aspecto por completo. Hizo ademán de sacar algún arma, pero se contuvo y sonrió.

—¡Vaya! Debo haberle asustado —luego, como no dándole importancia, preguntó a Daumerlang—: ¿Qué llevaba en la mano? Parecía una carta...

—También me lo pareció a mí.

No dijeron más y penetraron en la casa. El interior se correspondía con el aspecto de fuera. La escalera de mármol estaba alfombrada; en los remates de ella se elevaban dos estatuas copiadas del Mercurio, de Bologna, sosteniendo unas lámparas.

Lo que asombró a Daumerlang fue que no era detonante ni de mal gusto la decoración ni el mobiliario. Un tacto refinado, casi exquisito, presidía todo.

Una vez arriba, en un salón espacioso, con un gran ventanal que daba al lago, Sheldon se despojó del sombrero y el abrigo. Apareció un criado ceremonioso, que recogió las prendas y esperó a que Daumerlang se quitara las suyas.

—Ven; pasaremos a la biblioteca.

La entonación de Sheldon al decir esto no revelaba afectación.

La biblioteca era sencilla, sin pretensiones, elegantemente dispuesta y, sobre todo, cómoda. Sheldon se dirigió a un mueble —bar, instalado en un rincón, y sacó unas copas y una botella.

—¿«*Bourbon*» o «*whisky*»?

—Un «*high ball*».

Funcionó el sifón y Daumerlang fue servido por su atento anfitrión.

—Landor: repito que no me importa quién seas ni lo que hayas hecho. Te habrá asombrado lo fácilmente que te he aceptado para ese puesto. No te extrañe. Yo conozco a los hombres nada más verlos y sé lo que pueden dar de sí.

Al decir eso le temblaban las manos un poco. Daumerlang creía que iba conociendo bien a Sheldon. No había mentido al decirle que era débil. Desde su ego, se expresaba así, porque suponía haber vencido y ser capaz de manejar sus nervios. Y el hecho de haber comprobado ese dominio le vedaba ahora darse cuenta de que, en el fondo, seguía siendo igual.

Se habían sentado en sendos sillones y Sheldon le ofreció una caja de cigarros. Daumerlang, mientras encendía el que había cogido, meditaba. Estaba seguro de que el «gángster» quería decirle algo y no acababa de decidirse. En dos ocasiones le vio abrir la boca, para cerrarla otra vez y apretarla con fuerza.

—Landor —habló, al fin—: imagino que estás esperando te proponga alguna cosa. Lo haré, aunque no quisiera. Pero necesito tener confianza en alguien. Ya te expliqué por qué había matado a mi anterior inspector. Se enamoró de mi novia y trató de aprovecharse en mi ausencia —hizo una pausa, que llenó contemplando la punta del cigarro que fumaba—. Fue ella quien me lo dijo. Yo apreciaba a Dick Morrell, y el tener que liquidarlo, no me agradó. Pero no quedé muy convencido tampoco con la historia. Tengo confianza en Dinah; sé que me quiere, pero no estoy conforme con lo que pasó.

—¿Quieres que yo investigue?

—No. Lo curioso es que, según parece, yo no maté a Dick Morrell.

Las orejas de liebre del agente se movieron.

—¿Cómo?

—Fue en el

Brown's

donde tuvimos el altercado y donde disparé sobre él. De allí lo sacaron, al parecer, muerto. Posteriormente, he tenido noticias de

que sigue vivo. Y dirige una banda de chantajistas.

A poco salta de su asiento Daumerlang. Eso era lo que buscaba. Y allí estaba la explicación.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me envió un aviso. Un aviso extraño, en que cita un proverbio hindú: «La mentira es más cierta que la verdad»; así dice.

—Y ¿dónde actúa?

—No lo sé. He querido dar con él, que me confiese la verdad para disipar mis dudas pero no he podido hallarlo. Se oculta bien. Lander: él conoce a todos mis hombres y, por tanto, éstos no pueden sorprenderlo, pero de ti no sabe nada. Necesito encontrarlo.

Y lo mismo quería él. Le había defraudado el que Sheldon no supiera dónde hallar a Dick Morrell. Sus sospechas se confirmaban, no obstante. Era un «gángster» el que dirigía aquella banda de chantajistas.

—Y ¿cómo haré para eso?

—Te daré sus señas y le prepararemos un cebo. Él ha montado una organización, que se dedica a inventar «historias» y «extorsionar» después con ellas. Yo sé de algunos que pagan. Te dirigiré a ellos, y al no conocerte, podrás saber en la forma que lo hacen. Y luego será fácil cazar a Dick Morrell.

La cara de Daumerlang se volvió en aquel instante de una comicidad rara. Reflejaba el estupor que le producía que fuera a descubrir a los chantajistas sirviéndose de otra banda de «gangsters». Pero no había opción.

En aquel momento entró en la biblioteca una mujer. Daumerlang se levantó y se inclinó ante ella. Sheldon, que también se había levantado, miró hacia él con ironía.

Realmente, aunque no hubiese querido, se habría tenido que levantar Daumerlang. Porque era una mujer excepcional, que conjugaba en su figura adecuadamente la hermosura y la elegancia, hasta dar la impresión de que todos sus movimientos tenían una música, sobre la que se producían, o que ellos mismos la creaban. La cabellera era de un rubio platino, ondulante y peinada de forma que velaba el lado derecho y descubría el izquierdo, mostrando la sonrosada oreja demasiado tentadoramente. Los ojos grandes, con párpados que descendían adornados de unas larguísimas pestañas, aprisionando en ellas las pupilas verdes, misteriosas. La boca

sensual, esquinzada con un rictus displicente, y con un dibujo tan perfecto, que Daumerlang esperó verla sonreír para convencerse de que de verdad era una boca. Y sonrió. Daumerlang se había reído siempre de las descripciones en que se comparan las mejillas de una mujer a los capullos de rosas; los dientes, a las perlas; los labios, a los rubíes; pero mirando a la rubia aparición, estaba dispuesto a jurar que se componía de todas aquellas cosas.

—Landor: ésta es Dinah, mi novia. Tim Landor, el nuevo inspector.

Se alteró la dama, aunque se repuso rápidamente. Daumerlang, mientras estrechaba su fina, delicada y aterciopelada mano, la observó. Ella había sido la causante de que aquel Dick Morrell fuera asesinado y de que ahora, resucitado raramente, se hubiera convertido en un peligro para el género humano.

—Le he hablado de Morrell —expuso Sheldon. Le miró Daumerlang y notó la adoración con que se fijaba en su novia—. Quiero que él se encargue de saber su paradero.

—¡Oh Jack! —se expresó ella y al oír su voz tan musical, Daumerlang experimentó un estremecimiento delicioso—. Yo no creo que Dick Morrell esté vivo.

—¿No leíste lo que me envió?

—¿Quién te dice que sea de él? Puede haberlo escrito otro cualquiera.

—¿Por qué? Sólo Dick Morrell sabía por qué le maté. Él y tú. Y si no es él, da igual. Quiero desenmascararle; no puedo consentir que se mueva en la sombra y sea una amenaza para mí.

Esperaba Daumerlang otra réplica por parte de ella, pero la rubia calló, yendo a sentarse en uno de los sillones. Arrugó el entrecejo y aquello pareció conmovér a Sheldon.

—No te apures, querida. Comprendo tu preocupación —le acarició los cabellos, lo que le pareció mal a Daumerlang—. Landor: espérame aquí. Voy a buscar a Zimmer.

Salió, con su andar suave y a la vez decidido. Daumerlang ahogó un suspiro al contemplar a la deliciosa criatura con la que le habían dejado.

—¿Quién es Zimmer? —preguntó, y arrancó de Dinah una inquieta mirada.

—Según yo, el diablo; pero Jack cree que es su mejor amigo.

Daumerlang se aproximó a ella, aunque sabía era igual que acercarse a un cable de alta tensión.

—¿Por qué teme que Sheldon encuentre a Morrell?

Por un instante pareció que ella no le había oído. Luego levantó la cabeza y contempló, alarmada, a Daumerlang.

—Yo... yo... ¡Oh, no temo!

—Vamos; fíese de mí. Algo hay que usted no le ha contado a su novio.

—¿Por qué dice eso?

Trató de mostrarse indignada, pero se sobrepuso a la agitación que había despertado en ella lo dicho por el agente del

F. B. I.

—Escuche, Dinah: usted no pensó que Sheldon matara a Dick Morrell. Si le contó aquello es porque creyó que así les distanciaría.

—¿Cómo sabe?... ¡Oh, no quise decir...!

—Termine. Yo la ayudaré.

Entonces, de aquellas pupilas empezaron a desprenderse gruesas lágrimas que en tanto se mantenían en las pestañas semejaban esmeraldas, para transformarse en encendidos ópalos en sus mejillas, y en rojos rubíes cuando rozaban los labios, quedando en diamantes cuando se desprendían del rostro. Daumerlang se ruborizó de haber pensado aquellas cursilerías. Lo cierto es que Dinah podía trastornar al hombre más equilibrado.

—¡Oh, es terrible! Soy muy desgraciada.

Y relató lo que había pasado. Dick la quería, pero nunca le dijo nada. Ella, por coquetería, «flirteó» con él. Se enfureció al ver que no le hacía caso, dada su lealtad a Sheldon. Con afán de vengarse, contó a éste lo sucedido, sólo que invirtiendo los términos. Tenía presente la pelea que sostuvieron los dos hombres delante de ella, y en la que Dick se defendió con desesperación. Se hubiera terminado la disputa si ella hubiera revelado la verdad, pero no se atrevió. Le asustó la actitud de Sheldon. Una vez calumniado Dick, no había posibilidad de arreglarlo. Dick la maldijo antes de irse. Y por eso Sheldon lo siguió y lo mató.

—Él quiere vengarse —terminó Dinah, que había dejado de llorar—. Vengarse de mí. Lo sé.

La verdad es que no resultaba extraño que quisiera vengarse. La jugada había sido cruel. Pero Daumerlang se compadeció de la

angustia de la rubia Dinah. Si hubiera sido menos linda, se hubiera apenado menos.

—No se preocupe. Quizá no tenga esas intenciones.

—Sí; ha de querer vengarse. Querrá matarnos a Jack y a mí. Pero antes tratará de que Jack me deje.

Empezaba a ver claro Daumerlang en aquello. Al renacer Dick, se había apoderado de él un tremendo deseo de vengarse. Y para lograrlo, recurría al chantaje, al raro chantaje que practicaba.

Cortó sus reflexiones la entrada de Sheldon y de otro hombre. Debía ser Zimmer. Era alto, encorvado, con una ligera joroba, y una expresión falsa, de maligno regocijo en el rostro. Daumerlang experimentó una sensación repelente al verle. Aquellos ojos, un poco vidriados, como si tuvieran cuajada una lágrima fingida, que no acababa de derramarse nunca; la boca, plegada en un gesto mordaz, de diversión de sus propios retorcidos pensamientos. Daumerlang lo encajó dentro del tipo de hombres que aun pudiendo ir por el camino recto, darían mil vueltas para alcanzar el fin.

—Éste es Landor, Bony.

El llamado Bony se le acercó, tendiéndole la mano con untuosidad. Daumerlang, experimentando un raro placer al hacerlo, se la estrechó con fuerza. Era una mano flácida, débil, y se la deshizo con su apretón. La sonrisa de Bony se borró y en las pupilas saltó una chispa indicadora de que se habían juntado los polos de la rabia en su interior.

—Éste es Bony Zimmer, Landor, Mi ayudante y mi mejor amigo.

La sonrisa de su buen amigo se amplió. Y decidió hablar, para corroborar con la voz lo que Daumerlang había deducido de su naturaleza.

—Creo, Jack, que tienes razón en eso de que él puede acercarse impunemente a los que Dick hace chantaje. Así podremos cazarle. Landor parece estar capacitado para esa misión.

Tuvo la impresión Daumerlang de que aquello era falso. No lo estimaba capaz de llevar a efecto nada. Pero cesó de pensar en ello, al oír a Sheldon:

—¿A qué vino ese granuja aquí, Bony?

—¿Quién?

La inflexión en la voz de Zimmer era de auténtica sorpresa. Y la misma sorpresa reflejó Dinah.

—¿A quién te refieres, Jack?

Sonrió Jack; sonrisa que terminó en una carcajada poco convincente.

—Al entrar nos tropezamos con un muchacho que salía en aquel momento. Tal vez no llegara a entrar aquí.

—Nadie vino, Jack —afirmó Zimmer, y su tono parecía reconvenirle.

Jack se turbó.

—Ya dije que quizá no entró.

Un silencio aumentó la sensación de que algo raro se cernía sobre aquellas personas. Lo interrumpió la entrada de un individuo, que desentonaba del cuadro general de los otros y la casa. «Pinta» inconfundible de pistolero.

—Jefe —dijo, sin más preámbulos—: ha venido Ranker, del Green Parrot.

—¿Qué pasa?

—Dice que entraron unos hombres que llevaban la mitad de la cara tapada con un pañuelo...

—Termina —apremió Sheldon.

—Bien, jefe. Entraron y se dirigieron al mostrador dos de ellos, mientras los otros se esparcían, apuntando con pistolas ametralladoras a la gente que ocupaba el local.

—Y ¿qué?

—Pues que obligaron a una de las camareras, Luella Stanfing, a salir y a que les acompañara. Y se marcharon.

Se aflojó la tensión. Dinah exhaló un suspiro, que había contenido antes.

—Bueno; tendrían interés por ella —concedió Sheldon.

Como viera que el hombre que había relatado aquel caso se mantenía en actitud de querer añadir algo, le miró, dándole permiso.

—Ranker trae una nota, jefe. Se la dio uno de aquellos tipos.

—Que entre Ranker.

Aquel pistolero fue sustituido por otro de la misma calaña. Ranker se situó frente a Sheldon en la forma que un soldado lo haría delante de un general. Daumerlang captó que Sheldon ejercía un despótico mandato sobre sus hombres.

—La nota; trae —pidió, extendiendo la mano.

Ranker se adelantó y la entregó un sobre. Sheldon, que mantenía un semblante impasible, lo rasgó nerviosamente. Leyó el papel que contenía y quedó en suspenso unos segundos. Luego se echó a reír.

—Lee, Bony. ¿No es gracioso? Leedlo vosotros también, Dinah, y tú, Landor.

La misiva era corta. «Sabía algo», era lo que se leía.

—¿Sabía qué? —inquirió Sheldon, cesando de reír—. Ese Dick es tonto. Piensa que yo seré como una de las víctimas de sus asquerosos chantajes, y que me entrará temor de que revele lo que sabe. ¡Ah, si le encontrara, le obligaría a decir la verdad!...

Se contuvo y miró a Dinah, que había palidecido. Sheldon se calmó asombrosamente. Daumerlang comprobó que era cierto el dominio que ejercía sobre sus nervios.

Se volvió a Daumerlang:

—Sígueme, Landor. Te pondré en antecedentes de lo que has de hacer. Vamos a mi despacho.

Había recobrado la ecuanimidad por entero, pero Daumerlang, que le siguió, estaba seguro de que una «historia» de aquellas que sembraban el pánico en Chicago, estaba empezando a rodearlo.

¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRERES leerán

P R O E Z A S

CAPÍTULO IV



la entrada de la Salle Stret, cerca del túnel, paró el coche Daumerlang. Subió deprisa las escaleras del edificio de la Policía. Encontró en su despacho a Charbers, pues el

F. B. I.,
tenía instalado allí su centro.

—Dick Morrell —informó al inspector— es quien dirige la banda de chantajistas.

—¿Dick Morrell?

Inmediatamente dio las órdenes oportunas para que se buscaran sus antecedentes y los de Jack Sheldon. Mientras tanto, oyó la

historia que le contó Daumerlang.

—¿Cree que Dick trata de vengarse?

—Eso parece indicarlo todo. Por lo menos, Dinah le teme.

—Daumerlang: no me gusta cómo se presenta este asunto. Adivino algo raro en todo ello. Debe tener cuidado.

—No se preocupe. ¿Qué le parece lo de seguir actuando como amigo de Jack?

—Bien. Si ese Jack conoce alguna víctima de los chantajes...

—Inspector: yo sé quién ha sido «extorsionado» últimamente. Me lo ha dicho Sheldon. Su idea es que yo vaya a visitarles, que me introduzca como pueda entre ellos y que les saque el procedimiento que usan para cobrarles.

—No está mal.

Quedó reflexionando Charbers. Su agudo rostro se hizo aún más perspicaz y los inteligentes ojos azules observaron a Daumerlang con intensidad.

—¿Sabe alguien más, aparte de Sheldon, lo que piensa usted hacer?

—Sí; Dinah y su ayudante Zimmer. Un tipo que no me gusta. Pero no saben a quién voy a visitar.

Trajeron en aquel momento las fichas pedidas.

—De Dick Morrell, nada. La Policía no le tiene fichado. Jack Sheldon, sí. Interesante individuo. Estuvo en la cárcel en tres ocasiones. Era entonces un vulgar ladrón, asaltador de Bancos y estaba confabulado con la banda de Rooper. Posteriormente varió totalmente. Se refinó, incluso siguió unos cursos en la Universidad. Y la Policía ya no tiene nada contra él. Incluso la ayudó para suprimir los restos de la banda de Rooper. Es dueño de varios clubs y salas de fiestas. Se sospecha que en algunos de esos clubs se juega, pero eso no es demasiado delito. Rara es la sala de fiestas de Chicago en que no se juegue.

Se despidió Daumerlang de su jefe. Se habían puesto de acuerdo para que el inspector pudiera saber en cualquier ocasión lo que estaba ocurriendo. Daumerlang tenía el encargo de visitar a cierta familia de la Gold Coast.

El coche que le había dejado Sheldon partió raudo hacia allí. Mientras, en su mente repasaba los últimos hechos. ¿Quién era aquella Luella Stanfing que los chantajistas se habían llevado?

Sheldon no pareció darle importancia y Zimmer tampoco. ¿Y Dick Morrell? ¿Sería cierto que no había muerto y estaba dispuesto a vengarse? Si era él quien dirigía y trazaba aquellos chantajes, seguro que querría utilizar aquel arma contra su antiguo jefe Jack Sheldon y contra la rubia Dinah.

Había llegado. Frenó el coche y los pensamientos. Era el número 1220 de Lake Shore Drive. Un edificio fastuoso, rodeado de un espléndido jardín en el que se podía distinguir una piscina, pistas de tenis y una soberbia avenida hasta llegar a la entrada de la casa, propiamente dicha. Daumerlang dejó el coche estacionado junto a la verja del jardín y se dirigió a éste.

No sabía cómo tendría que obrar. Sheldon le había dejado a él el cuidado de arreglárselas como pudiera. Por lo pronto, empujó la puerta y descubrió que estaba abierta y podía entrar, Así lo hizo y avanzó por el camino enarenado despacio y mirando a todos lados. Presionaba su cerebro para hallar el modo de obligar a los propietarios de aquella casa a que se confiaran a él. Tuvo una idea. La introdujo en la jaula del cerebro para que no se le escapara y allí, dejó que aleteara inútilmente para salir.

Estaba ahora al pie de una escalinata de mármol. Pero se detuvo y se volvió, porque de la parte donde estaba situada la piscina, llegó una risa femenina. No sabiendo a qué obedecía la que lo hiciera, se dirigió hacia aquel lado.

Un espectáculo bello y encantador se le ofreció entonces. Dentro de la piscina nadaba una mujer joven y a su lado lo hacía también un pequeño. La mujer se reía viendo los esfuerzos del niño. Daumerlang los estuvo contemplando embelesado hasta que de su abstracción le sacó una voz ruda que estalló a su espalda.

—¿Qué hace usted aquí?

Se volvió para enfrentarse con un hombre alto, grueso, de cabellera encrespada y cara de león. Sí; daba la impresión del león, con las pupilas doradas llenas de un fuego amenazador; el ceño fruncido y el pelo alborotado. Llevaba puesto un batín y tenía las manos en los bolsillos.

Pues verá —tartamudeó Daumerlang, e irreprimiblemente, miró otra vez al grupo de la mujer y el muchacho. Ahora estaban nadando al borde de la piscina más cercano de donde él estaba—. Vi la puerta abierta...

—¿Qué es lo que quiere?

—¿Usted es Lloyd Darcy? —preguntó, a su vez, Daumerlang.

—Sí.

—Quiero hablar con usted. De un chantaje.

Notó cómo se alteraba la cara del hombre. Le temblaron los labios y palideció. Luego se puso colorado y el ceño se le arrugó más.

—¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a?...

No lo dejó acabar, la mujer que acababa de salir del agua. Daumerlang pensó que era Afrodita que acababa de nacer. Y el pequeño, Cupido.

—¿Qué sucede, papá? —preguntó y miró, fijamente, a Daumerlang.

—Este hombre —pudo al fin decir Lloyd Darcy— dice que quiere hablar conmigo acerca de un chantaje.

Dijo aquello y Daumerlang se dio cuenta que no lo pasaría bien si no explicaba pronto sus palabras.

—Escuchen. No se trata de lo que creen. Tengo la seguridad de que están ustedes siendo víctimas de un chantaje. No soy policía. Mi intención es ayudarles, si me dejan que les aclare lo que pretendo.

Aún tardaron en decidirse. Luego se miraron el padre y la hija.

—Está bien —dijo ella—. Ve tú con él, papá. Yo iré cuando me vista.

Les dejó. Daumerlang, siguió su marcha. Era alta, maravillosamente formada. Y tenía algo que a Daumerlang le encantó más que nada: una belleza suya, sin comparación con la de ninguna otra mujer. No podía calcular su edad. Supuso que más de los veinticinco años, pero es que aún de más joven debió tener la misma madurez, el mismo aspecto logrado, completo.

—Sígame —solicitó de él Darcy, con un feo tono de mando.

Entraron en un salón magnífico. Ardía una buena lumbre en una gran chimenea. Aguardaron un poco y se presentó la joven, vestida ahora. Un vestido sin adornos, sencillo, pero sumamente elegante. Se sentaron.

—Darcy, he dicho que no represento a la Policía. —No mentía porque a la Policía, propiamente no pertenecía—. Me consta que le están extorsionando. Y lo más curioso es que debe pagar dinero para que no se revele una cosa que no es cierta. Es decir, le han

inventado una mentira y usted paga para que sea verdad.

—¿Cómo lo sabe?

—No le importa. Ahora óigame: hace usted una tontería. Puede muy bien luchar contra eso.

—¿Da qué modo?

—Poniéndome en la mano los datos que tenga. Por razones particulares, yo quiero descubrir a esa banda, al individuo que la dirige. Y cuando haga eso, usted no tendrá que molestarse más en seguir encubriendo una mentira que no quiere que se oiga.

—¿Y quién me dice a mí que usted no trate también de hacer lo mismo?

—No sea irrazonable. Comprendo que la Policía le dé miedo, puesto que los chantajistas tratarían de hacerle daño por otros medios si descubrieran que iba a ella. Pero si usted me informa a mí y me pone en condiciones de que yo les descubra, no podrán enterarse. Puedo seguirles impunemente, llegar hasta el sitio donde se ocultan y destruirles como destruiría un nido de ratas.

Hubo un silencio. Por fin, ella le habló:

—¿Cómo podrá hacerlo? Un hombre solo...

—Tengo quien me ayudaría, vamos, díganme la verdad.

Con un suspiro, la joven empezó a relatar. Su padre quiso impedirle que dijera nada.

—No te fíes, Ruth.

—Deja, papá. No es posible vivir así, sin poder confiarnos a nadie. Quizá usted nos engañe también.

Miró suplicante a Daumerlang. El agente del

F. B. I.,

sintió en su interior algo raro. Y cuando se enteró de la historia que habían tramado para obligarles a pagar, la repugnancia y el asco que les inspiraba aquella pandilla de chantajistas creció aún más. Le contó Ruth que tenían ellos cartas y documentos, fotos, para «demostrar» que ella había estado con otro hombre y que su hijo no era de su marido, quien murió en el frente europeo en la última guerra. Era algo abominable, pero perfectamente hecho. Se tardaría mucho en rebatir todas aquellas pruebas. Y el padre y ella no querían que durante ese tiempo su nombre fuese puesto en entredicho, y menos aún el de su marido, cuya memoria querían profanar. Por eso habían decidido abonar la cantidad de mil dólares

cada quince días, precio que les habían puesto por guardar silencio.

—Yo quise acudir a la Policía, pero mi padre me contó lo que esa banda había hecho con otros que lo intentaron. Primero provocaron el escándalo y después tomaron represalias. Por mí no me importa pero no quiero que le suceda nada malo a mi hijo. Pero tampoco es posible vivir así siempre, con la amenaza de que cuenten esas sucias mentiras.

—Tiene razón. Ruth, usted es una mujer fuerte. No puede dejar que esa «historia» se cuente. Sabe cómo es la gente. Al final, usted demostraría que es falsa, pero habría muchos que seguirían pensando lo contrario. Para evitar eso, es necesario terminar con esa banda. ¿Con quién se ven? ¿A quién pagan ese dinero?

—No sabemos quiénes son —intervino Darcy, entonces—. Sólo que viene el mismo individuo que se presentó aquí por primera vez.

—¿Quién es?

—¡Oh, no sabemos nada de él! Bueno, sí. Nos dijo que nos quería hacer un favor —era Ruth la que decía esto—. Que a su periódico le habían llegado esas cartas y que después de darse cuenta de que eran falsas, así como las «fotos», había pensado que antes de llevarlas a la Policía convenía que nos enterásemos de ellas. Nos explicó todas las cosas a que nos exponíamos si no accedíamos a los deseos de los chantajistas. Es un hombre delgado, encorvado, que da la impresión de que todo en él tiende a caer y que se expresa con pesadumbre, yo diría que casi a punto de llorar.

Aquella descripción no casaba con la de Dick Morrell.

—¿Qué edad tendrá?

—¡Oh, unos cuarenta años! Parece más viejo. Hoy tiene que venir.

Quedó como electrizado Daumerlang.

—¿Dice que hoy vendrá?

—Sí. Le corresponde hoy.

—Oigan, entonces: ustedes no tienen que hacer nada. Simplemente yo me esconderé en el momento en que entre aquí. Y luego le seguiré. Ustedes deben proceder como si no supieran que yo existo.

Estaba reacio el padre a dejarse convencer, pero Ruth le decidió:

—Sea. Nos arriesgaremos.

Se puso en pie para dar mayor firmeza a sus palabras.

Daumerlang, sin poderse contener se acercó a ella y descubrió lo que pensaba:

—Ruth, no tenga miedo. Podría haber venido con otras intenciones y me bastaría el verla para no desear sino ayudarla.

Se ruborizó Ruth.

—Gracias —pronunció, y la mirada se le tornó brillante al contemplar ahora a Daumerlang.

Un criado entró en aquel momento.

—Señor: ha venido —comunicó, lacónicamente.

Se retiró. Darcy comenzó a pasearse por el salón, como podría haberlo hecho en una jaula, Ruth tembló y miró a Daumerlang, con aprensión.

—Es él.

—Bien; dígame dónde puedo ocultarme y enterarme cuándo sale.

Lo guió Ruth a un cuarto contiguo.

—Espere aquí. Ya le avisaré.

Quedó solo Daumerlang. Estaba impaciente por seguir al sujeto triston aquél y ver dónde le conducía. No esperó mucho. Transcurrido un cuarto de hora, Ruth reapareció.

—Ahora sale de la casa. Ha de darse prisa.

Sin despedirse, dejando a su espalda una luminosa y admirativa mirada de Ruth, Daumerlang se precipitó a la salida. Vio a su hombre que atravesaba la verja del jardín. Corrió y se situó a menor distancia de él.

Un «Ford» modelo T esperaba al misterioso sujeto. Pero quizá fuera de apariencia tan falsa como su dueño. Daumerlang subió al suyo cuando ya el otro coche había arrancado. Descendieron por Chicago Avenue y entraron por Halsted. La marcha del «Ford» era constante, con un ronroneo que crispaba los nervios. Daumerlang, a quien le gustaba más una persecución a tiros que no aquel lento desfile, iba nervioso.

Cruzaron parte del Loop. Trepidaban sobre sus cabezas los ferrocarriles. Tuvieron que esperar al puente sobre el canal. Y al cruzar al otro lado. El «Ford» torció a la derecha por Pescoe Street rodeó los *Stocks Yards*, introduciéndose en el barrio de los irlandeses. El olor característico de aquella parte de Chicago, olor a cuadra, hirió la pituitaria del agente. El «Ford» iba ahora por una

callejuela repugnante, estrecha y sucia. Dejando escapar un rugido de consuelo, se detuvo por fin viejo coche frente a la puerta de un sórdido edificio, introducido entre otros dos de apariencia más noble, y como si estuviera encogido, tratando de no dejarse ver.

Daumerlang paró su coche en la esquina que formaba aquella calle con la de Reginald Street. Y se apeó. También había descendido su perseguido del «Ford» y se introducía en aquel instante en la casa. Esperó un poco el agente y luego avanzó con paso rápido. Sin pararse a mirar si alguien observaba y como si fuera allí habitualmente, entró en el estrecho portal, alumbrado por una bombilla. Subió con más precaución. Había notado que el edificio no tenía sino tres pisos.

Al llegar al primero, miró a las dos puertas que se abrían en el rellano. Pero no se detuvo. Oyó voces y pasos sobre su cabeza. Pasos y voces que se desvanecieron lo mismo que habían surgido. Sin reflexionar, ascendió al segundo piso. Su vista recogió la puerta abierta y que dejaba pasar un haz de luz. Se fue acercando. Las voces le llegaban del interior. Oyó decir «nadie me ha seguido, Dick», y su corazón tuvo que trabajar con celeridad para expulsar el exceso de sangre que se acumulaba en él.

Atravesó la puerta y se deslizó por el pasillo. Entonces sucedió algo extraordinario. La puerta se cerró a sus espaldas y la luz que le guiaba se apagó. En el mismo momento algo duro, y blandido con violencia cayó sobre los erguidos pelos de su coronilla. Y como si la oscuridad se le hubiera metido dentro, se desvaneció.

Abrió los ojos y creyó que veía una ilustración del infierno de Dante hecha por Doré. Le miraban unos individuos patibularios, con las caras hechas a golpes. Poco a poco recobró toda su lucidez y entonces se fijó mejor. Lo que le había hecho suponer que quienes le miraban tenían los rostros partidos, eran las sombras que se proyectaban en ellos, porque todos se inclinaban sobre él, logrando así que la luz no les diera en la cara. De todas formas, no las tenían agradables. Y a Daumerlang le parecieron conocidas. Se le reveló ese misterio al oír una voz que decía:

—Sí; éste es el tipo que nos presentó Sheldon en el Tótem. Ten cuidado, Ben; es peligroso.

El llamado Ben tenía distinta catadura que los otros. Así como un individuo de aspecto fúnebre, que se mantenía apartado. Allí

estaban Maggiani. Von Merr... Incluso distinguió a Betty sentada en el brazo de un sillón, con el eterno cigarrillo entre los labios.

Le estuvo mirando Ben durante unos segundos. Ben era más bien bajo, fuerte, con expresión zorruna; las cejas espesas, fuertes, cerradas sobre el entrecejo, del que surgía la nariz prominente, con el labio superior casi absorbido por la punta de ella, y la barbilla recogida. El pelo y las orejas confirmaban su apariencia astuta. ¿Sería Dick aquél?

—¿Por qué has venido a esta casa? —le preguntaba Ben.

—Pues.

Pero no le dejó Ben continuar. Se volvió al que estaba apartado.

—¿Es éste, Merobetty, el que te seguía?

Los ojos de perro apaleado de Merobetty, se fijaron en Daumerlang.

—Puede que sí. De todas formas, yo no le he visto. Sólo sé que su coche ha venido tras el mío desde Lake Shore Drive.

Otra vez se encaró Ben con el agente.

—Escucha, amigo: no me importa que seas el inspector de Sheldon. Te has metido en un mal negocio y Dick Morrell no te va a premiar por ello.

—¿Dónde está Dick Morrell?

No esperaba que se lo dijeran. Así sucedió. Pero le extrañó el que todos se miraran y guardaran un silencio especial. Hasta, le pareció que Ben susurraba, muy quedamente:

—Eso quisiera saber yo.

Había recobrado su elasticidad Daumerlang. Y no tenía pensado hospedarse en aquel sitio con tan amables patrones. Dio un salto de pantera, se situó junto a la lámpara y la dio un golpe, arrancándola. Y con el mismo impulso arrojó a Ben sobre el corpulento Von Merr. Luego se dejó ir con un terrible impacto sobre su compañero, y por último se dirigió al sitio en que se recostaba la indolente Betty y le soltó una soberbia bofetada. Todo eso en el espacio de unos segundos. Y, por fin, alcanzó la puerta y se deslizó al pasillo, cerrando tras sí y dejando un pandemónium a su espalda. Escuchó golpes, jadeos furiosos y sonrió, divertido. Debían suponer que aún estaba dentro y se machacarían entre ellos.

Rápidamente se dirigió a la puerta de salida. Continuó deslizándose durante algún tiempo y entonces se dio cuenta de que

se había equivocado de dirección. Quiso retroceder, pero alguien le sujetó. Había surgido en la sombra delante de él, sin que se diera cuenta. Descargó un puñetazo esperando dar en un rostro, pero encontró una masa musculosa, como las cubiertas de las ruedas de un camión. Quiso zafarse entonces, pero daba la impresión de que lo retenían unas pinzas de grúa. Por muy encima de su cabeza le llegó una voz nasal:

—No mover. Yo mucho más fuerte.

Suspendido en el aire como si fuera, un muñeco fue llevado hacia adelante. Daumerlang le golpeó con los pies y con los brazos que tenía libres, ya que había sido cogido por la cintura, pero todo fue inútil. Y la puerta del cuarto donde había estado en compañía de Ben y de los suyos, se abrió y salieron todos. Alguien dio la luz y entonces pudo ver Daumerlang al extraño ser que lo había apresado. Recordó las películas del monstruo de Frankenstein, y le parecieron pueriles e inocentes.

El monstruo que lo tenía sujeto era mucho peor. Era un ser deforme, increíblemente alto y grande, con manos tres veces mayores que las de un hombre corriente, y una cabeza horrible, alargada, afechinada, como si se hubiera visto en un espejo cóncavo y estuviera aún dentro de él. Cerró los ojos creyendo estar soñando, pero le disuadió de tal idea lo que dijo Ben:

—Éntrele en la habitación del fondo, *Baby*.

Y por el mismo sistema con que había sido llevado fue trasladado a una habitación posterior. Ésta era más amplia y contenía una mesa de descacho y una estantería con libros. Además estaba alfombrada.

—Suéltale, *Baby*.

Lo dejó caer el *Baby*. Daumerlang, con los músculos oprimidos por aquella bestial presencia del...

—No le pierdas de vista, *Baby*.

Sonrió *Baby*, descubriendo fealdad de su cara.

Daumerlang comprendió que no querían atarlo, Ben se adelantó a él y le registró. Le quitó la pistola.

—Eres ingenioso y audaz, Landor —le habló, mientras iba volviéndole del revés los bolsillos—; pero te recomiendo no intentes nada, porque *Baby* siente predilección por romper huesos.

—¿Qué intentáis hacer conmigo? —quiso saber Daumerlang.

—Eso ya lo dirá Dick.

Le dejaron en el despacho con aquella preciosidad de criatura. Pudo ver, antes de que se fueran, los resultados de la pelea que habían mantenido a oscuras. Casi todos tenían señales de golpes y Betty presentaba un ojo morado con el que le miraba rabiosamente. Soltó una carcajada cuando estuvo solo. Y se dispuso a reconocer la habitación, esperando hallar algún método que le permitiera escapar. *Baby* se había sentado cerca de la puerta y lo observaba con expresión sonriente, como un niño a un juguete.



EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

**F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.**

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

CAPÍTULO V



ASI al mismo tiempo que Daumerlang quedaba encerrado y custodiado por *Baby*, Sheldon, en compañía de su ayudante Zimmer, recorría sus posesiones.

—Ese Dick es tonto —iba diciendo a Zimmer, que lo escuchaba con extremosa atención—. Piensa que no me he dado cuenta de su juego. Quiere hacerme a mí como a esos infelices a quienes saca dinero. Pero no sabe que yo me río de sus amenazas.

Lanzó una falsa carcajada. Zimmer aduló:

—Claro está. Y cuando lo encontremos, aún podrás reírte más.

Entraban en el Green Parrot. La presencia del dueño siempre, sumía a los empleados en gran inquietud. Era lento, frío, y parecía llevar una máscara. Ya Daumerlang había observado la rigidez, la tensión a que estaban sometidos los músculos faciales de Sheldon. Y

presumía que en el momento de excitarse, aquella máscara se desprendería, descubriendo el borrascoso temperamento de su poseedor. Porque los ojos no podían ocultar los sentimientos de aquel ser aparentemente impasible. Y sus explosiones eran conocidas por todos. Sólo Zimmer lograba calmarlo y apaciguar su furor, aquel furor que había matado a Dick Morrell, o por lo menos querido matarlo.

Pasaron al interior del bar. Les salió al encuentro Rex Baccard, que estaba al frente de aquel negocio.

—Hola, Rex. ¿Alguna novedad?

—No. ¿Te dijo Ranker?...

—¿Cómo entraron esos hombres?

—Yo estaba arriba, en la sala de juego. Pero Ranker asegura que lo hicieron como si conocieran esto mejor que nosotros. Tomaron todos los puntos vulnerables y anularon a nuestros muchachos, que no pudieron hacer nada. Luego obligaron a Luella a que se pusiera el abrigo y los siguiera.

—¿Por qué crees tú que se la llevaron?

El rostro de Rex se turbó. Era un hombre alto, grueso, de cara ancha, abotagada, con grandes bolsas en los ojos, que tenían una expresión vidriosa, de alcoholizado.

—No lo sé, Jack.

—¡No mientas! Lo sabes y no quieres decírmelo.

La expresión del otro se hizo aún más apurada.

—Repito. Jack que no lo sé. Únicamente...

—¿Qué? ¡Vamos, acaba!

—Ranker dice que ella sabía algo de lo de Dinah y tú.

Por un momento pareció que Sheldon había quedado petrificado. Luego, levantó el brazo y descargó un furioso puñetazo en la cara de Baccard. Éste retrocedió, gimiendo.

—No, Jack; espera. Es él quien lo ha dicho. Vio la nota que entregó para ti uno de los tipos que entraron. Y los demás no cesan de hablar...

—¿De qué? Dímelo, anda.

Avanzaba hacia él con las mandíbulas apretadas, las pupilas cargadas de electricidad. Zimmer le retuvo. Se volvió a él y le miró como si no le conociera.

—Vamos, Jack; no puedes hacer eso. Rex sólo te dice lo que ha

pasado. Tú sabes que ésas son las cosas que trata de hacerte creer Morrell.

Lentamente fue reponiéndose Sheldon. Compuso de nuevo su porte sereno y desdenoso y sonrió.

—Tienes razón, Bony, pero es astuto ese Dick Morrell. Nunca lo creí así.

—¿Qué te hace tener esa seguridad de que sea Morrell? Alguien podría estar simulando que es él.

—Es él. Nadie sino él puede tener ese odio a mí y a los demás. Pero te aseguro que lo destruiré. Antes no me importaba lo que pudiera hacer, y hasta confieso que me alegré al saber que no le había matado, porque yo lo estimaba. Pero ahora es una alimaña peligrosa y no pararé hasta exterminarlo.

—¿Qué vas a hacer? Si ese Landor pudiera descubrirlo...

—Si Landor fracasa, de todas formas lo encontraré.

Sucedió entonces algo que puso de manifiesto que Dick Morrell cada vez actuaba con más audacia.

Se oyeron unos tiros en el local de fuera. Los tres hombres, que hablaban en una habitación interior, se pusieron expectantes.

—¡Mil diablos!... —empezó a maldecir Rex Baccard.

Y entró uno de los camareros, con el rostro descompuesto.

—¡Jefe, jefe! —gritó—. Es Dick Morrell. Son los mismos de antes.

No terminó de decirlo, cuando Sheldon había dado un salto y se precipitaba fuera. Baccard le siguió de la misma forma.

—Bien —murmuró Sheldon mientras corría—; ahora podré luchar contra ti, Dick Morrell.

Rezagado quedó Zimmer, que se frotó las manos como si amasara su propia viscosidad.

El salón del Creen Parrot presentaba un aspecto revuelto y endemoniado. Las mujeres gritaban, los hombres hacían esfuerzos para calmarlas, y en medio de todo se distinguía el cuerpo de una mujer horrorosamente maltratada, sin forma casi, tendida grotescamente en el suelo. A ella se acercaron Sheldon y Baccard.

—Es Luella Stanfing —reconoció Rex.

La pobre había sido apaleada, destrozada a golpes. En el pensamiento de Sheldon surgió la interrogante. ¿Por qué? ¿Qué había hecho aquella desdichada mujer? «Sabía algo»...

—Está viva —informó Rex, que se había inclinado para auscultarla.

No lo oyó Sheldon, que salía al exterior. Una decisión tremenda, de perseguir a los hombres que habían hecho aquello, de saber, por fin, quién maniobraba a la sombra, de encontrar a Dick Morrell para preguntarle, para que le confesara la verdad, le animó. Ranker fue a situarse a su lado.

—Montaron en un «Studebaker» gris y fueron por Chicago Avenue, hacia el Oeste.

—Bien; sígueme. Coge una ametralladora.

Mientras Sheldon ponía en marcha el motor de su potente coche, Ranker se proveyó de una ametralladora «Thompson». Rex se aproximó con otra y ambos montaron en el coche, que salió disparado. Pasaron todas las señales del tráfico. Cerca del cruce con Granville distinguió Sheldon el «Studebaker» gris. Una alegría frenética se apoderó de él. Iba a poder por fin capturar a las fantasmales huestes de Dick Morrell.

—Preparaos a disparar —recomendó Sheldon, con una entonación ominosa.

El coche que perseguían corría hacia el Oeste. Iban adelantándole. Al estar a tiro la ametralladora de Rex Baccard comenzó a funcionar. Pero cesó casi sin haber disparado. El «Studebaker» había aumentado la velocidad y se separaba de nuevo. Ahora llegaba al límite de la ciudad y se metió por la carretera que va a Cicero.

Sheldon apretó los dientes, crispó las manos sobre el volante y pisó el acelerador. Su automóvil dio el máximo. Y la distancia entre los dos coches se acortó. Una sonrisa alteró la dureza del rostro de Sheldon. No aflojó la endemoniada marcha hasta que sólo unos pocos metros le distanciaban del coche. Baccard y el otro iban pálidos, conteniendo la respiración, temiendo que en cualquier momento le salieran alas al automóvil y comenzaran a volar.

—Disparad, disparad —gritó Sheldon, enardecido.

Las ametralladoras cantaron su himno de destrucción. Del «Studebaker» tiraron a su vez. Los coches, lanzados a una velocidad de vértigo, que no aminoraban, y las ráfagas de disparos, se mantuvieron escasos segundos, pero que a los hombres que los ocupaban parecieron años. El coche de Sheldon consiguió ponerse

al costado del otro.

Sheldon, que había sacado una «Luger», apuntó al conductor y apretó el gatillo. Se había distinguido siempre por su buena puntería y no se desmintió esta vez. El hombre que iba al volante del «Studebaker» cayó sobre él y, perdida la dirección, el coche salió fuera de la carretera y entró en el campo, que estaba situado a la misma altura de ella. Fue saltando por encima del desigual terreno hasta que tropezó con una prominencia más elevada que las otras y se dobló, dando una vuelta.

Sheldon había frenado en seco su «Buick» y salía de él. Rápidamente pasó al sitio por donde había entrado el coche de sus perseguidos. Rex le avisó.

—Cuidado, jefe. Pueden disparar.

Pero Sheldon no le hizo caso. Temía que si llegaba tarde sólo encontraría cadáveres. Al acercarse al coche derribado, vio que uno de sus ocupantes salía por una ventanilla, arrastrándose. Y el estupor le paralizó.

—¡Brown! —profirió.

Rex y Ranker se aproximaron. Sus caras reflejaban el mismo asombro.

—Mirad dentro del coche —les mandó—. Y sacad a todos.

Sus hombres obedecieron. Empujaron el coche que había quedado recostado y lo pusieron en posición normal. Brown se había incorporado y miraba estúpidamente a Sheldon. La expresión de éste se había tornado inescrutable. Siguió la operación de Baccard y Ranker.

—Están muertos, Sheldon —manifestó Rex.

—¿Quiénes son?

—Sólo dos hombres. El chofer y...

—¿Quién?

—Scute Pitt.

—Déjalos. Volvamos a nuestro coche.

No tuvo necesidad de decir nada a Brown. Ni de apuntarle con la pistola. Dócilmente se encaminó delante de los otros hacia el automóvil de Sheldon. Y una vez dentro de él, guardó un obstinado silencio. Miraba con aprensión a Sheldon, esperando que estallaría, pero éste no aparentaba darse cuenta de su presencia. Se había puesto otra vez al volante y guiaba hacia la ciudad.

Su cerebro era un caos. Lo que menos esperaba era encontrarse a sus propios hombres en aquel coche. ¡Maldito Dick Morrell! Pensaba que cualquiera de los otros también podía estar sirviéndole y traicionándole. No podía fiarse de nadie. Pero lograría descubrir a Morrell y que pusiera todo su juego al descubierto. Siguiendo aquel pensamiento, miró al corpulento Brown y se rió. Naturalmente que lo conseguiría. Brown había observado aquella mirada y comenzó a sudar copiosamente.

—Sheldon —empezó a referir entrecortadamente—: no pienses lo que no es... Yo...

Se calló porque vio que ninguno le hacía caso. Y eso le aterró más.

El coche llegaba al cruce con Milwaukee Avenue y torció al Norte siguiéndole. Le dejaron para entrar por una travesía de la West North. Se introdujeron por fin en Dacco Street, y pararon junto a un edificio de seis pisos y corta escalera para subir al portal de entrada. Con el mismo silencio descendieron del vehículo y pasaron al interior de la casa. Brown marchaba delante, temblándole las piernas. Sabía que estaba en uno de los refugios de Sheldon, en pleno corazón de la «Pequeña Sicilia», donde la Policía seguía entrando con infinitas precauciones. Y también sabía que lo habían llevado allí porque así nadie podría ayudarle.

La casa, a pesar de sus seis pisos, no tenía ascensor y subieron por la escalera hasta el último. Sheldon abrió la puerta de uno de los cuartos. Entraron. El pasillo y las habitaciones que recorrieron primero estaban completamente vacías. En la última había unas sillas. La ventana, además, estaba cegada por un hule que se había clavado sobre sus bordes. Rex encendió la luz de una lámpara con polea reguladora de altura y pantalla redonda, que sólo permitía salir un estrecho cono de rayos.

—Siéntate —ordenó Sheldon, con voz mate.

Lo hizo Brown y dejó escapar un suspiro de alivio, porque sus piernas ya se negaban a sostenerle. Pero el corazón no se le calmó por eso. Miraba fijamente al que había sido su jefe. Y aquella impasibilidad le trastornaba.

—¿Qué vas a hacer, Sheldon? —rogó, con la voz estrangulada.

Se sentó Sheldon frente a él, haciendo que la luz sólo diera en la cara de Brown. Rex Baccard y Ranker se situaron a su espalda.

—¿Dónde está Dick Morrell? —preguntó Sheldon.

—No lo sé, Sheldon —contestó Brown, con un gemido—. Sé que no me creerás, pero no sé dónde se encuentra Dick Morrell. Nunca lo he visto.

—¡Maldito perro sarnoso!

De un salto se colocó a su lado. Y lo abofeteó con rabia hasta que notó que Brown respiraba ansiosamente y parecía ahogarse. La sangre le corría por la boca y el cuello. Le había manchado las manos, pero no se cuidó de limpiárselas.

—¡Vamos, contesta, o te mataré a golpes!

—No lo sé, Sheldon; no lo sé —pudo pronunciar por fin.

Otra vez lo golpeó Sheldon y no paró hasta que la cabeza de Brown pendió flácida y todo su cuerpo se deslizó de la silla al suelo. Le había aplastado la nariz, partido los labios, destrozado las cejas, convertido el rostro en una masa sanguinolenta. Esperó a que se recobrara. Ranker salió del cuarto y volvió trayendo un cubo pequeño con agua, que volcó sobre el caído. Se agitó éste y abrió los ojos.

—Levántate —le escupió Sheldon.

Con lentitud lo hizo el otro.

—Atiende lo que voy a decirte: voy a dejarte en esta habitación encerrado durante unos días. No verás a nadie ni recibirás alimentos ni agua. En ese tiempo reflexionarás, y cuando venga a verte de nuevo, estoy seguro de que querrás decirme donde se encuentra Dick Morrell. Ya sabes que de aquí no te puedes escapar.

Brown lo sabía. Aquella ventana tenía una red metálica bajo el hule y luego unos gruesos barrotes. Las paredes eran sólidas y la puerta de acero sin cerradura por dentro, lo que imposibilitaba cualquier intento de fuga. Al anuncio de que no iba a comer ni beber, un hambre terrible y una sed devoradora se apoderaron de él.

—No, Sheldon; no. No debes hacer eso. Digo la verdad cuando aseguro que no sé dónde está Dick Morrell. Nunca lo he visto. Sólo he oído su voz. Nos ofreció quinientos por raptar a esa Stanfing y por volverla después que la trabajó. Tú debes creerme...

Sus últimas palabras se perdieron. Se había cerrado la puerta y lo habían dejado solo.

Abandonaron el piso Sheldon y sus hombres. Sheldon no temía

que si gritaba Brown pudiera nadie oírle. Aquellas paredes tenían un grosor extraordinario y ninguna voz podía atravesarlas. En la calle anunció a Baccard y Ranker:

—Podéis marcharos. No digáis nada de lo sucedido.

Asintieron y estuvieron parados hasta que Sheldon arrancó con su coche y salió de la calleja, luego se miraron significativamente.

—Va loco —observó Ranker.

—Ese Dick acabará con él. Nunca creí que pudiera tanto —afirmó a su vez Baccard. Y encogiéndose de hombros, ambos echaron a andar.

Mientras, Sheldon corría hacia su piso en Lake Shore Drive. Repasaba los últimos acontecimientos. Estaba decidido a terminar coa aquel estado de cosas. No había querido investigar demasiado por no herir a Dinah, pero ahora tenía que saber la verdad.

Subió aprisa los escalones de su casa. Al encuentro le salió Bony Zimmer, que lo escrutó, tratando de adivinar lo que había pasado.

—¿Qué sucedió, Jack?

—Cacé a uno de ellos y maté a otros dos.

—¡Ah!

—¿Sabes quién era? Carl Brown. Y otro de los muertos, Scute Pitt. Los dos a mi servicio. ¡Traidores!

—Cálmate. Ahora se explican ciertas cosas. Por qué conocían tan bien el local del Creen Parrot... Ese Dick Morrell debe haberles sobornado.

El «gángster» miró a su ayudante con cierto extravío en la vista.

—Bony, promete que me vas a decir la verdad. Tú debes saber lo que pasó entre Dick y Dinah. Ella quizá no ha querido decírmelo todo.

—Te equivocas, Jack. Yo no sé nada y pienso además que no existe ninguna cosa de esas que te imaginas. Lo que sucede es que estás cayendo en la red que te ha tendido Dick. Acuérdate de lo que te decía en aquel aviso que te envié: «La mentira es más cierta que la verdad». Está haciendo que creas en una infame mentira.

Había ido Sheldon al rincón donde estaba el mueble bar y se servía con temblorosa mano un vaso de «*whisky*». Zimmer le había seguido a la biblioteca y ahora le miraba aparentando sentimiento.

—Oye, Bony —declaró Sheldon—: voy a decirte una cosa. Cuando me peleé con Dick Morrell y le oí negar el que hubiera

intentado algo contra Dinah, le creía. El acento de su voz era sincero. Lo herí porque insultó a Dinah y la amenazó. Algún espantoso error obligó a Dinah a creer que Dick la perseguía.

—Por eso ella teme que tú encuentres a Morrell y consigas que te diga la verdad.

—¿Que ella teme?...

La mano que iba a llevar el vaso de «*whisky*» a los labios se paralizó. Sheldon miró con espanto a su ayudante.

—No he querido decir... Dinah está preocupada, porque cree que si tú hablas con Morrell, él puede contarte una mentira y tú darle crédito.

—No era eso lo que dijiste...

—Jack, tienes que arrojar esa sospecha de tu cerebro. No te dejará vivir y eso es lo que pretende Dick. Él...

Se calló porque en aquel momento entró Dinah. Le bastó a ésta una mirada para conocer el estado en que se encontraba su novio. Se acercó a él rápidamente.

—Jack, Jack —llamó con dulzura—: ¿qué te pasa?

—Nada. Temo que todos me traicionan.

—¿Por qué piensas en eso?

Se volvió a ella Sheldon. La contempló con intensidad, con dolor, tratando de escudriñar lo que pudiera estar oculto tras aquellas insondables pupilas verdes. La cogió por los hombros.

—Dinah, tú no me engañas, ¿verdad?

—¡Oh Jack, estás trastornado! Descansa un poco...

—¿Fue verdad lo que me dijiste de Dick? ¿Nada más pasó entre tú y él?

Ella se separó. Su rostro había palidecido.

—¿Estás creyendo esa mentira?

Sheldon la siguió, sujetándola por los brazos.

—¿Qué mentira? ¿Cuál es la mentira? ¿La que tú me contaste, o ésta de ahora?

—Suelta. ¡Me haces daño!

La dejó Sheldon. Dinah corrió a sentarse en un sillón y ocultó el rostro entre las manos, poniéndose a sollozar. Aquello apaciguó a su novio. Bony Zimmer miraba por la ventana hacia el lago, tratando de mostrarse indiferente.

—Perdona, Dinah. No sabes... He descubierto que dos de mis

hombres me traicionaban. Scute Pitt y Carl Brown.

Ella le miró angustiada.

—Pero te aseguro que ya no volverán a cogerme desprevenido. Dick Morrell me encontrará ahora preparado para hacerle frente. Brown está en mi poder y le haré cantar. Tendrá que decirme dónde se oculta Dick Morrell, o...

Se apartó de ella y apretó los puños hasta que blanquearon sus nudillos.

—¿No te ha dicho nada? —preguntó Zimmer.

—No. Pero lo dirá. Lo he dejado encerrado en el refugio. Mañana iré a verle y es seguro que para entonces estará dispuesto a contármelo todo. Y cuando sepa el sitio que le sirve de escondite a Morrell...

Una idea cruzó por su cerebro. Cortó bruscamente lo que estaba diciendo y se encaró con su ayudante.

—Necesito reunir a todos los hombres. Zimmer, tú te encargarás de llamarlos. Que estén en el Brown's mañana al mediodía. Date prisa.

Zimmer se inclinó y salió a cumplir aquella orden. Sheldon se volvió a Dinah que había contenido sus lágrimas y le miraba.

—He sido tonto, Dinah. No caí en la cuenta de que los hombres que podía utilizar Dick Morrell tenían que ser los míos, porque otros no le hubieran seguido. Los desenmascararé. Mañana sabré quiénes son, porque el propio Brown me lo dirá. Es posible que no sepa dónde se oculta Morrell, pero he de saber quiénes son los que le siguen. Y, descubriendo a éstos, sabré también dónde está él.

—Jack... —fue lo que dijo Dinah, y sus ojos expresaron un ruego que Sheldon no pudo negar. Se acercó a ella, y tomándole la cara entre las manos, aquella preciosa cara, besó sus labios apasionadamente.

CAPÍTULO VI



URANTE seis horas Daumerlang hizo el más concienzudo estudio de la habitación en que lo habían encerrado. Al cabo de las seis horas había llegado al convencimiento de que no había otro medio de salir que apartando al horrendo ser que le habían puesto de guardián. Calculó las probabilidades que podía tener en una lucha con él y se sintió descorazonado. Cansado de su investigación se sentó y contempló fijamente a *Baby*. Cada vez que lo hacía, *Baby* le dedicaba una de sus sonrisas especiales. Probó a sacarle la lengua y a hacerle visajes con la cara y los ojos. El simpático monstruo empezó a reír de una forma que erizó el vello a Daumerlang. Eran aullidos combinados con chocar de huesos y arrastrar de cadenas. Inmediatamente cesó en su diversión. Pero aquel juego le recordó algo de cuando asistió a la Universidad: un pasaje de la «Odisea», de Homero, en la que

Ulises y sus hombres se encontraban encerrados en la cueva de Polifemo, el cíclope. Únicamente le faltaba el vino para embriagar al cíclope aquel que le cerraba la huida. Desesperado, pasó revista mental a todas las cosas con las que podía sustituir el poder del licor. Podía hipnotizarlo... Tuvo que sonreír ante aquella peregrina idea. Miró otra vez a *Baby* y descubrió que el deforme sujeto le observaba risueño, aguardando seguramente que repitiera sus muecas. Como una luz lejana se encendió en su intelecto la idea salvadora. Pero tuvo que demorar el llevarla a la práctica. La puerta empezaba a abrirse. *Baby* se irguió amenazador; depuso su actitud al oír una voz que le decía:

—*Baby*: hazte a un lado y no dejes de mirar al detenido.

Lo hizo así *Baby* y dio paso a un individuo que se situó en la misma puerta, sin terminar de franquearla. Llevaba la cara cubierta con un antifaz, y se envolvía en un grueso abrigo con cuello de piel, que llevaba levantado. En las manos, unos guantes, y se cubría con un sombrero flexible, cuya ala estaba doblada hacia abajo. La voz, emitida a través del antifaz, sonaba falsa, deformada. Del bolsillo de la derecha extrajo una automática y encañonó al agente.

—No intentes nada, Landor... *Baby* te destrozará si antes no te atraviesa alguna de mis balas.

—¿A qué vienen tantas precauciones? —interpeló Daumerlang, con ganas de oír de nuevo aquella voz.

—Sé quién eres, Landor... O Ernest Daumerlang.

El agente experimentó la sensación de que le habían dejado caer sobre la espina dorsal un saco de arena.

—Solamente he venido a comunicarte que estarás aquí encerrado hasta que yo termine con Sheldon y también para que sepas de mi existencia. ¡Yo soy Dick Morrell!

Lanzó una carcajada que, por efecto del antifaz que llevaba puesto, sonó extrañamente hueca, irreal.

Tiró de la puerta para sí y se marchó. *Baby* tomó asiento en su anterior sitio. A poco se reveló un misterio a Daumerlang. Suponía que tanto él como el monstruo serían alimentados, lo que haría necesaria la presencia de algún hombre u hombres más en la casa. Eso, naturalmente, suponía otro peligro que tendría que sortear. Se arriesgaría de todas formas.

Con un tipo tan simple como *Baby* se imponía la astucia. No

cabía aplicar la treta de Ulises, pero sí la de «*Monsieur Renard*»[1]. Se irguió y se dirigió contra el monstruo. Inmediatamente se puso en pie éste. Daumerlang se tiró a su cuello. Como esperaba fue cogido en el aire. Se revolvió y aplicó un puñetazo en la cara de *Baby*. Y recibió en contestación un golpe horrendo, con el revés de una de sus manos, saliendo despedido hacia atrás como por una catapulta. Daumerlang aumentó aún más ese efecto, fingió un traspié y se dejó caer de espalda. En el suelo permaneció inmóvil, perdido el conocimiento aparentemente. A través de los párpados un poco entreabiertos vio acercarse a su guardián. *Baby* reflejaba una estúpida preocupación en su estirado semblante. Se inclinó sobre su cuerpo y le palpó con sus manazas. Daumerlang se tensó y contuvo la respiración, que disminuyó a lo imperceptible. Ahora llegaba lo peor. Pero salió bien de la prueba. *Baby* quedó convencido de que o estaba muerto o había quedado inconsciente. Se separó de su lado y le dio la espalda dirigiéndose a la salida. Daumerlang se puso en pie de un salto. Y, cogiendo una silla, la levantó sobre su cabeza y la dejó caer con toda su fuerza. La silla se partió, pero *Baby* intentó levantarse. Hasta tres veces tuvo que golpearle con el resto de las patas y el asiento para dejarlo sin sentido. Contemplando después el enorme cuerpo del monstruo le parecía mentira que hubiera podido dominarlo de esa manera. Se aseguró de que había perdido el conocimiento. Y se dispuso a salir de su encierro.

El pasillo estaba desierto. Terminaba junto a la puerta de aquella habitación. Enfrente daba otra puerta. La abrió y vio que era la cocina. Entonces descubrió quién era el encargado de cuidar de ellos. Una vieja se encontraba allí, acurrucada en un rincón, y debía haberle oído, porque su arrugado rostro se distendía con un gesto de odio y terror a la vez.

Menospreciando a la mujer, pues suponía no se movería de aquel sitio, Daumerlang volvió a cerrar la puerta y avanzó por el pasillo hacia la salida. Llegando a ella, oyó una voz y creyó estar soñando. Alguien, en una habitación que se abría en ese extremo, reclamaba su ayuda. La puerta de la habitación estaba cerrada con llave. Sin dudarlo, aplicó el hombro contra la madera y empujó. Consiguió hacerla saltar. Y cuando recobró el equilibrio y pudo mirar a la persona que estaba allí encerrada, no pudo reprimir una

exclamación.

—¡Ruth!

Ella no gritó ni dijo nada. Pero sus grandes ojos castaños se expresaron elocuentemente. Estaba atada, con las manos al respaldo de la silla y los pies sobre el travesaño inferior. Daumerlang, sin perder tiempo, buscó algo que le sirviera para cortar aquellas cuerdas. Sobre una mesa había una bandeja cubierta con un paño. La descubrió y halló un cuchillo que confiadamente habían dejado. Cortó las ligaduras. Ruth se puso en pie y se acarició las muñecas y luego se inclinó para hacer lo mismo con los tobillos, que tenía entumecidos.

—¡Vamos! —apremió Daumerlang—. Tenemos que salir rápidamente.

—Estoy dispuesta.

Se dirigieron a la puerta. Retrocedieron, sin embargo, por que la entrada se oscureció en aquel momento. Daumerlang maldijo. Era *Baby*, con la cabeza ensangrentada, balanceante, y un brillo furioso en la mirada. Tras él, con la misma expresión demoníaca, se ocultaba la vieja.

—¡Dios mío! —exclamó Ruth ante aquella aparición. Y Daumerlang se dispuso a hacerle frente. Su primera reacción de desaliento había dado paso a una cólera tremenda.

—Tú engañarme —decía *Baby*, y avanzó hacia él.

—Apártese, Ruth —pidió Daumerlang—. Y procure acercarse a la puerta. Inutilice a la vieja, partiéndole la cabeza si es preciso.

Le obedeció Ruth, y se pegó a un rincón. Esperaba excitada aquel encuentro. Daumerlang no permitió que el deforme individuo siguiera avanzando. Sabía la fuerza que tenía aquella bestia. Dio un salto hacia adelante y le incrustó un pie en el estómago. Sin esperar a ver los resultados de aquel golpe, colocó otra patada en el muslo. La consecuencia fue que *Baby* salió despedido hacia atrás, cayendo contra la puerta. Pero se incorporó con agilidad pasmosa y extendió sus enormes brazos. Daumerlang caía sobre él armado de una silla, que deshizo sobre su alargado cráneo. La vieja, en tanto, se había escurrido por dentro de la habitación y presenciaba la lucha con las pupilas llameantes.

—¡Defiéndete, hijo, defiéndete! —le oyó decir Ruth.

Aquel ruego de su madre no pudo atenderlo *Baby*. Daumerlang

estaba dispuesto a no dejarle moverse, ya que era su única probabilidad de vencerlo. Con una furia loca convertía en astillas los trozos de madera encima de aquella cabeza, mientras sus pies le pisoteaban duramente. El monstruo había levantado las manos y cubría con ellas, pero tal maniobra descubrió su cuerpo y la cara. Daumerlang le aplastó la boca de una patada inhumana. Y pateó luego la mandíbula hasta que oyó crujir el hueso. De un salto se puso fuera de su alcance. Aún se removía *Baby*, pero con enorme lentitud. La resistencia de aquel ser era increíble. Pudo ver Daumerlang la expresión de odio de la vieja y la de pavor de Ruth, que aún no se había movido. Sin cuidarse de ellas, Daumerlang respiró y recobró su dominio. Tiró el inútil pedazo de silla que le había quedado y asió otra. Notaba su agotamiento y que, de continuar así, sería vencido. Pero al imaginar lo que sería de Ruth cobró nuevos bríos.

Tambaleándose se dirigía *Baby* hacia él. Levantó la silla. Oyó un grito a su espalda, y se volvió. Vio a Ruth sujetando la muñeca derecha de la vieja, que había sacado un afilado cuchillo y se disponía, al parecer, a saltar sobre su espalda. La vieja se retorció y quiso agredir ahora a Ruth, pero ésta puso de relieve su magnífica educación deportiva. Atrajo a la mujer hacia sí, le dobló la muñeca con sus finos y fuertes dedos y pasándole el brazo por sobre su hombro apalancó y la lanzó por encima de su cabeza. Con la suya golpeó la vieja en el suelo, y allí quedó convertida en un montón insignificante de trapos y huesos recubiertos de pellejo apercaminado. Coincidiendo con aquella espectacular llave, Daumerlang se dejó ir con todo su peso y el de la silla sobre *Baby*. Se oyó el chasquido de la madera al partirse, unido a otro ruido más seco y rotundo. Aquella vez se había abierto por entero la cabeza del monstruo. Aún se mantuvo unos segundos en pie, para luego derrumbarse con estrépito.

Se recobró Daumerlang, que respiraba fatigosamente. Contempló a Ruth, que todavía miraba perpleja el bulto que formaba la otra mujer en el suelo. Pero se irguió, y entonces su arrogante figura trajo a la memoria del agente del

F. B. I.,

la visión que de niño despertaban en su mente los relatos de las hazañas de las Amazonas.

—Ruth —dijo—: el hombre que se case con usted debe tener cuidado de no enojarla.

A pesar de lo trágico de la situación, y quizá como una reacción contra el pánico que había pasado, Ruth dejó oír una risa clara, sana. Pero la risa murió en sus labios repentinamente. Y descomponiendo el rostro, que se tornó pálido, balbució:

—Mi hijo...

—¿A qué se refiere?

Ella le contó lo ocurrido.

A poco de abandonar la casa Daumerlang, volvió a salir al jardín con el pequeño Mickey. Estuvieron jugando un rato, y cuando regresaban a la casa se lanzaron sobre ellos dos hombres enmascarados que la amenazaron con matar al niño si gritaba o quería defenderse. Amordazaron a Mickey, y a ella como en la fábula del corderito y la oveja la hicieron marchar tras él. Los metieron en un coche con las cortinillas bajadas y los llevaron hasta aquella casa.

—A mí me introdujeron en este cuarto, separándome de mi hijo.

—Salgamos de aquí —indicó Daumerlang.

La tomó del brazo y la obligó a salir.

—Pero mi hijo... —imploró ella.

—Bajemos a la calle. Usted se apostará en ella y gritará, acercándose a la escalera, si ve venir a alguno de los hombres de aquí. No olvide a una rubia digna de figurar en la portada de «U. S. Camera».

Descendieron, sin hallar a nadie. Daumerlang volvió a salir y entró en el piso. Recorrió todas sus habitaciones, probó en los armarios, bajo las camas. No había rastro del pequeño, y, convencido de ello, bajó de nuevo. Con el gesto respondió negativamente a la muda pregunta que le formularon los maravillosos ojos de Ruth.

—¿Entonces...?

—Debemos salir antes que nada. Cada segundo que pasemos aquí nos rondará el peligro.

Calló Ruth, y cogida del brazo por Daumerlang caminó a su lado hasta dejar la calleja y salir a The Reginald Street. Naturalmente, no había rastro de su coche.

—Ruth: vaya a su casa y recupere la tranquilidad. Le prometo

que encontraré a su hijo y terminaré con la pesadilla que le atormenta.

Le miró ella con ansias de creerle. Daumerlang estrechó sus manos, comunicándole consuelo y valor. Pero aquel gesto surtió un efecto contrario. La fortaleza de Ruth se deshizo y empezó a llorar convulsivamente. La gente que pasaba —serían las diez de la noche, y aquel barrio era de los más populosos y llamativos, dado el brillante pelo rojo de sus habitantes[2]— los contemplaba con asombro. Ruth, para ocultar el espectáculo de sus lágrimas, no halló medio mejor que ocultar el rostro en el pecho de Ernest Daumerlang. Y el agente del

F. B. I.,

tuvo el mayor sobresalto de su vida. ¡Qué mujer tan adorable! Fuerte, digna compañera de la combatividad y empuje del hombre, pero llena a la vez de la ternura exquisita de la madre. Le acarició el sedoso cabello. Ella se rehízo entonces. Y se apartó de él al que miró con súbita serenidad y entereza.

—Soy una estúpida —murmuró—. Le ruego me perdone. Confío en usted, y estoy segura de que encontrará a mi hijo.

Había recobrado de nuevo su porte altivo, de diosa. Llamó a un «taxi» amarillo, que vino a parar junto a ellos, y se despidió.

—Iré a tranquilizar a mi padre. Le ruego me tenga al corriente de lo que descubra.

—Adiós —pudo decir Daumerlang, casi sin fuerzas. Y añadió con mayor energía—: No deje que la sorprendan otra vez.

Se quedó con la última mirada de ella, asintiendo, clavada en su víscera sentimental. Recuperó su violenta energía y llamó a otro «taxi». Dio la dirección de la casa de Jack Sheldon.

Una idea le martilleaba en el cerebro. Nada más salir él de casa de Ruth había sorprendido a ésta y a su hijo. Y él mismo había caído en una trampa, porque no otra cosa había sido su entrada en aquella casa. Recordaba el truco que emplearon para hacerle subir, cuando dudaba dónde podría haberse introducido el hombre que perseguía. Y aquella frase que oyó, nombrando a Dick para que entrara dentro del piso. Además, estaba el que Dick Morrell conocía perfectamente su identidad; luego había estado vigilándole. Pero ¿cómo?

En Lake Shore Drive no encontró más que a la rubia Dinah. Ella

se sorprendió al verlo.

—¿Y Jack? —preguntó Daumerlang.

—Salió con Zimmer. No me dijeron nada.

Estaban en el salón cuyo ventanal daba enfrente del lago. Daumerlang comprobó que en esta segunda ocasión la belleza de Dinah no le impresionaba tanto. Admiraba, desde luego, el esmero con que la Naturaleza la había dotado, pero era una belleza fría, sin estar animada por ningún sentimiento. La comparó mentalmente a Ruth. Ruth, poseía una hermosura cálida, humana, que se fundía con cuánto la rodeaba, que pretendía fuera algo amable para los demás. Por el contrario, Dinah se reservaba; por nada de este mundo se dejaría arrebatar por una emoción que pusiera en peligro su exquisita perfección. Y aquello indicaba que poseía un corazón mezquino que sólo contenía aprecio por sí misma. Demostraba esto lo que había hecho con Dick.

—Dinah —la interpeló—: nadie más que Zimmer, Sheldon y usted sabían lo que yo me proponía hacer.

—Nadie más.

—Bien. No diga entonces a nadie que he vuelto.

Le miró, curiosa. Pero él se abstuvo de explicarle sus pensamientos. Recordaba la pregunta que le había hecho Pier Charbers sobre aquello mismo. Y se propuso estar alerta. Se acordó entonces de que no había comido ni cenado, y se despidió para ir a reponer sus fuerzas.

Cenó en un restaurante cercano. Y cuando terminó se dirigió de nuevo a casa de Sheldon. No podía olvidar las palabras del inspector Charbers. Estaba convencido de que en aquella casa había un filtro que colaba todo cuanto hiciera o pensara hacer Jack Sheldon y se transmitía con asombrosa facilidad a Dick Morrell. Daumerlang había comprobado ya que varios de sus hombres le eran traidores.

Se apostó en las cercanías. Y aguardó. Regresaron Jack Sheldon y su ayudante Bony Zimmer, el cuerpo y la sombra. Jack llevó el coche a la cochera de al lado de la casa. Bony Zimmer pasó directamente al interior. Luego, Sheldon le siguió. Transcurrió un poco de tiempo. El suficiente para que la noche se espesara como una salsa negra. Del lago venía una fresca brisa, y Daumerlang se subió el cuello de su gabardina. Desesperaba ya de que se

confirmaran sus sospechas.

El ruido de un coche que se acercaba despertó su atención. Era un «Lincoln» de dos plazas. Aparcó a unas doscientas yardas de la finca y apagó los faros. En la casa de Sheldon se abrió entonces la puerta, y Daumerlang distinguió una figura. Tuvo que esconderse mejor, porque, quien fuera, examinaba el terreno con cuidado antes de aventurarse a salir. Por fin lo hizo, y Daumerlang corrió a colocarse más cerca de la entrada, guarecido tras una columna falsa que separaba la casa del garaje. El hombre que había salido era el criado. Daumerlang recordaba su cara. Bajó del coche que esperaba un individuo. También lo reconoció Daumerlang: era el zorruno Ben. Hablaron los dos hombres durante un rato, y luego el criado se retiró. Daumerlang estuvo tentado de detenerlos, pero pensó que quizá aquello fuera echarlo todo a rodar. Y, para su desesperación, no podía seguir al coche tampoco, porque a la hora que era y la condición del sitio, ningún «taxi» circulaba por allí. Dejó, pues, que Ben se desvaneciera y que el criado entrara de nuevo en la casa. En realidad, ahora estaba cierto de lo que había pensado. Únicamente, que aquellos hombres servían a alguien que actuaba en la sombra.

Fue a hospedarse en una pensión barata y de dudosas apariencias en State Street. Y pasó una noche terrible, molido por el duro camastro, asaltado por una legión de voraces animalitos, soñando con Dick Morrell y con otra extraña figura que se oscurecía detrás de él. Fue una pesadilla alucinante. Veía la misma figura siempre: un hombre que llevaba puestas no una careta, sino dos. Y luego taladraba su oído una risa burlona, como nunca la había escuchado; la risa de un ser que se mantiene en la sombra, sin que se le pueda ver, y desde allí mueve los hilos de una farsa terrible. Aquellas caretas se desprendían, y por unos momentos parecía que iba a descubrir la identidad del espantoso ser de las tinieblas; pero de nuevo se encontraba con las dos máscaras inexpresivas, acartonadas.

¡ATENCIÓN!, LECTORES ENTENDIDOS:

A costa de sacrificios económicos se os ofrece una original Colección titulada

NOVELISTAS DE HOY

Una serie de novelas inéditas escritas por
BAROJA, LOPEZ DE HARO, LAFORET.
CELA, INSUA y otros de igual fama, al
precio ínfimo de CINCO PESETAS

CAPÍTULO VII



OLVIÓ al día siguiente temprano, a casa de Sheldon. El «gangsster» corrió a él cuando le vio entrar.

—¿Dónde has estado, Landor? ¿Qué ha sucedido?

—Primero quiero saber qué ha pasado en mi ausencia.

Le contó Sheldon lo ocurrido. Y al revelarle la personalidad de los hombres que había perseguido hasta darles alcance se turbó su faz.

—Tengo a Brown prisionero. Y le haré hablar aunque tenga que hacerle cuadraditos. Cuéntame tú.

Daumerlang relató sus peripecias.

—También Von Merr, y Maggiani..., y hasta incluso Betty Pawnet están con Dick Morrell. Y un tal Ben.

El rostro de Sheldon tomó un tinte grisáceo, y los labios, como las manos, le temblaron. Se dominó con esfuerzo.

—¿Viste a Dick Morrell?

—Se cubriría con un antifaz. Sheldon, no puedes fiarte de ninguno de tus hombres. No puedes saber quién es leal y quién no.

Adivinó lo que pensaba el «gángster». Tampoco podía fiarse de su novia.

—Obligaré a Brown a que me lo descubra todo. Vamos, Landor; iremos a verlo.

Su decisión parecía desesperada. Daumerlang notaba los efectos que la labor de Dick Morrell había hecho en su entereza, descubriendo así lo falso de su impasibilidad. Acabaría por creer cuánto intentara el otro. Y sería el chantaje más hábilmente realizado. No había querido creer la verdad cuando se defendió de las acusaciones de Dinah, y ahora tendría que admitir una colosal mentira.

Subieron al «Buick» de Sheldon, que lo disparó hacia el barrio de los italianos, el Soho de Chicago. Pronto llegaron a Dacco Street.

—¿Y Zimmer?

—No lo he visto esta mañana. Hubiera querido que también él viniera.

Dejaron el Coche en la puerta y subieron deprisa las escaleras.

La excitación de Sheldon iba en aumento. Abrió la puerta del piso nerviosamente.

Pisándole los talones Daumerlang, llegaron a la puerta del cuarto que encerraba a Brown. Sheldon la abrió, un poco más sereno. Entró, y Daumerlang siguió tras él. No comprendía cómo se arriesgaba así Sheldon, dado que el cuarto estaba a oscuras. Encendió la luz. El cuadro que se ofreció a los ojos de ambos hombres les obligó a retroceder.

Brown estaba sentado en una silla, de cara a la puerta, los brazos caídos, las piernas extendidas y un poco abiertas. La mandíbula inferior, desprendida de la de arriba, mostrando la cavidad de la boca. Pero le habían arrancado la lengua, y ahora era horrible contemplar aquel hueco sangrante. Además, le habían mutilado ferozmente las manos y hecho estallar los ojos.

Daumerlang se acercó lentamente. En el pecho le habían dejado clavado un alfiler con un papel. Leyó, venciendo la irresistible tentación que le impulsaba a mirar al destrozado cadáver, lo que ponía:

«Tampoco ahora sabrás la verdad, Sheldon.

Pregunta a Dinah».

Por encima de su hombro lo leía Sheldon.

—¡Es la letra de Dick! —bramó, haciéndole explosión las palabras entre los dientes.

—Esto es brutal —se confesó Daumerlang, aunque lo dijo en voz alta.

Asistió entonces a un terrible ataque de furor de Sheldon.

—¡Maldito! —barbotaba—. Le haré pedazos, le aniquilaré y me alimentaré con su carne hasta que haya de vomitar.

Se le enrojeció la cara y los ojos querían salirse de sus órbitas.

Paseaba por la habitación profiriendo amenazas.

—¡Y a ella le arrancaré la verdad, junto con la piel!

—Oye, Sheldon. Atiende.

La voz fría de Daumerlang tuvo la virtud de calmarle. La cólera se le enfrió, y la sustituyó, con una tremenda sujeción de los nervios, por una rabia fría.

—¿Qué deseas?

—Dick Morrell ya no es un duende. Ha dejado demasiadas señales de sí mismo. Ahora sabemos quiénes son muchos de los que le ayudan. ¿No decías que la mujer ésa, Luella Stanfing, aún vivía?

—Sí. ¿Por qué?

—Si la pegaron porque estaba en antecedentes de algún secreto, quizá porque sepa dónde se oculta Morrell, ella nos lo puede decir.

—No diré nada. Por mucho que la amenacemos, debe de tener más temor a lo que le han hecho ya.

—Estaba pensando en eso. Sheldon, es nuestra ocasión. Tenemos que ganarle a Dick Morrell adelantándonos a sus designios.

—Yo creo que debiéramos visitar esa casa donde tú has estado encerrado.

—No encontraremos nada allí. Sólo a la Policía. Y eso no nos interesa. Oye...

Le expuso su plan. Sheldon convino con él.

—Bien, Landor; creo que tienes razón. Mas ¿por qué no quieres que se entere Zimmer de eso?

—No es conveniente. La única forma de guardar un secreto es no saberlo más que uno. Tienes que desconfiar de todos, Jack.

Aquello se lo decía con ánimo de que Sheldon no sirviera más los intereses de Dick Morrell. Le contó el rapto de Mickey, el nieto

de Lloyd Darcy, y vio con simpatía que Jack fulminaba una maldición sobre el autor de aquella fechoría.

—Es un escorpión venenoso.

—Si conseguimos que Luella nos diga por qué la han maltratado de esa forma, quizá también nos descubra los otros escondrijos de Dick Morrell. En uno de ellos ha de tener secuestrado al chico.

Abandonaron aquel sitio tan macabro.

—Enviaré a varios de mis hombres a que lo saquen de aquí y lo hagan desaparecer. Tal vez si entre ellos hay algún traidor, este espectáculo le descubra lo mal que ha hecho asociándose con Dick Morrell.

Aprobó Daumerlang aquel gesto. No es que considerara a Sheldon digno de estima —había sido un fuera de la ley, y sus actos aún conservaban esa huella—, pero le parecía capaz de albergar distintos sentimientos que los otros, unos sentimientos más nobles. Y, desde luego, repudiaba la ferocidad, la bestialidad mejor, que revelaban los actos de aquel Dick Morrell.

Luella Stanfing estaba recluida en un hospital, el Bellevue, en la avenida Michigan, por cuenta de Sheldon. El médico que salió a recibirles les informó de su estado.

—Ha sido algo brutal, incalificable. Dudo mucho que podamos salvarla. Presenta varias costillas rotas; los brazos y las piernas, dislocadas; magullamiento general, toda la piel erosionada. Le han arrancado mechones de pelo y le han saltado casi todos los dientes.

—Doctor: ¿se la puede hablar?

—No creo que sea capaz de entender nada. Está estado de postración suma, de estupor mental. —¿La beneficiaría un choque violento con los hechos o los individuos que la han puesto en ese estado?

—Al contrario. Aceleraría su muerte.

Se miraron Sheldon y el agente del

F. B. I.

Sheldon arqueó las cejas y se resolvió a decir:

—Bien, doctor. Usted está casi convencido de que no podrá salir con vida, pero ella es la única persona que nos puede informar de dónde se ocultan les que la han puesto así. Y no es por vengarla, sino porque esos individuos son hienas que tienen a Chicago en continuo terror. Puede comprenderlo por este caso.

Reflexionó el médico.

—¿Qué se proponen?

Se lo explicaron. Aún dudó, pero acabó por ceder.

La pobre Luella estaba tendida en posición supina. Tenía los ojos abiertos, fijos en el techo, con expresión de alejamiento, de tener el cerebro en banco. Aquel miedo que había tenido siempre a que la vida la tratara mal, aquella angustia de no haber conocido nunca la felicidad, de que el destino cruel la hubiera designado como su víctima predilecta, remataba con esto.

La luz tan blanca que la envolvía ahora, que todo había pasado, se oscureció. Y en la semiinconsciencia en que estaba sumida se percató de que había alguien más en la habitación. Se estremeció y giró los ojos angustiadamente. Entonces oyó una voz; una voz que le había hablado antes y que introdujo un hielo quemante en su pecho.

Levantó la cabeza y clavó los ojos desorbitados en una figura que se le acercaba.

—Luella.

La voz tenía un acento opaco. Ella se fijó en que la cara estaba cubierta por un negro antifaz; en la piel del abrigo, levantada; en el sombrero, echado hacia adelante. Un sonido raro, como un grito que no tenía fuerzas para lanzar, salió de su garganta.

—Luella, vengo a recordarte que no debes decir nada.

—¡No! ¡No diré nada!

—Recuerda lo que te ha pasado. Dime: ¿qué es lo que no debes decir nunca?

Durante un rato trató de hablar la pobre mujer, y se movieron sus labios, sin que ningún sonido atravesara su boca. Su pavor era de locura y la hacía temblar de la cabeza a los pies.

—Yo... Yo... —articuló por fin— no diré nunca que sé lo que hace Zacarías Merobetty... Merobetty y que el periódico..., el «Calumet Dispatch»...

No terminó. Se desplomó hacia atrás y ya sólo brotó de su garganta un estertor ronco. En aquel momento se adelantó el médico, fue al lado de ella y le tomó el pulso. Su rostro se puso más grave y denegó con la cabeza.

—Un colapso —informó.

Una enfermera apareció, cruzando otra puerta le la misma

habitación.

—Señorita —le pidió el médico—: una inyección de aceite alcanforado, por favor.

La enfermera miró extrañada la figura de aquel hombre con antifaz. Éste se lo quitó, y Daumerlang, pues era él el disfrazado, interrogó al médico con la mirada.

—Imposible... No podrá decir ya nada.

Salieron Daumerlang y Sheldon.

—Merobetty... —pronunciaba el «gángster»—. Nunca he oído ese nombre. ¿Y el «Calumet Dispatch»?

—La cosa está clara, Sheldon. Dick Morrell no inventó eso del chantaje. Alguien lo realizaba ya en pequeña escala, y eso le dio la idea. Ese Zacarías Merobetty y el «Calumet Dispatch» han sido su cabeza de turco.

—Pues le haremos una visita de cumplido.

Dejaron el Bellevue Hospital.

—Nos informaremos primero dónde se encuentra ese periódico..., o revista... o lo que sea.

En un bar de la avenida Michigan en que se encontraban pidieron la guía de Teléfonos.

—Calumet..., Calumet... —repetía Daumerlang, recorriendo con la vista todos los números de abonados que figuraban bajo esa denominación—. «Calumet Dispatch». Debe de ser éste. Semanario. Calle Fawcet. ¿Dónde está eso?

—En el Noroeste. Cerca de las fábricas de aparatos eléctricos Chamáis. No es sitio donde tener instalado un semanario.

—No todos se encuentran en Market Street. Vamos, Sheldon. Allí encontraremos lo que necesitamos.

Daumerlang quería ir rápidamente. Su idea era descubrir cuanto antes el paradero de Mickey, el hijo de Ruth Darcy. Temía que le fueran a causar algún daño. Los procedimientos de Dick Morrell no eran de un ser normal, sino los de un perturbado. Sheldon estaba indeciso.

—No; antes quiero ver a mis hombres. Los tengo citados en el Brown's esta mañana. Y he de hablar con...

—Sheldon, ése no es camino para que puedas resolver el asunto. Te desesperarás, sin saber quién te es leal y quién no.

Le miró Sheldon con aprensión. De nuevo se agolparon en su cerebro las dudas.

—No; vamos al Brown's.

Ya no quiso rebatirle Daumerlang. Le veía preocupado y sombrío. Subieron al coche y arrancaron, sin que ninguna palabra se cambiara entre ellos. Daumerlang sentía curiosidad por presenciar aquella entrevista de Sheldon con sus hombres.

Entraron con el coche en Halsted Street y pararon frente al Brown's.

En aquella hora estaba casi vacío, y únicamente en la barra se distinguían algunos parroquianos. Sheldon atravesó rápidamente el salón y entró por una puertecilla que se abría junto al mostrador. Daumerlang le siguió, sonriendo porque se había convertido en el guardaespaldas de un «gángster». Se encontraron en un pasillo, a cuyo final se abría la puertecilla de un ascensor.

Debía de ser un ascensor de uso exclusivo del jefe, porque en su caja apenas cabían dos personas. Subieron hasta el primer piso, y se hallaron en otro pasillo, que recorrieron hasta pasar por otra puerta estrecha y baja. Y se vieron dentro de una sala amplia, alfombrada, con muebles lujosos y colocados con gusto, entre los que destacaba una gran mesa de despacho situada en un rincón. Tras ella, cubriendo el espacio del rincón, un sillón de alto respaldo. La posición en que se encontraba la mesa dominaba toda la sala. Daumerlang descubrió que la luz de una lámpara de flexo puesta sobre la mesa estaba vuelta hacia afuera, lo que haría quedar en la sombra al que se sentara tras ella.

Sheldon se dirigió rápido a sentarse en aquel sillón. Daumerlang pudo darse cuenta de que, aquello le devolvía parte de su confianza y seguridad.

—Ven, Lander: sitúate a mi lado. Fíjate que en este cajón de mi izquierda asoma una pistola ametralladora. Basta un pequeño tirón para hacerla salir de él y hacerla funcionar. No creo la necesitemos, pero es mejor estar alerta.

Se colocó a su izquierda Daumerlang. Con un ligero movimiento extrajo la pistola ametralladora y la examinó. Sheldon le miró, como preguntándole por qué hacía aquello.

—Es mejor estar alerta. Alguien habría podido sustituir estas

balas por otras de fogueo.

Apuntó a la pared de enfrente y disparó. Un trozo de escayola que voló por el aire le demostró que eran balas auténticas. Sheldon sonrió, satisfecho.

—Está bien, Landor.

Su mirada se hizo más inquisitiva al mirarle. Y luego se encogió de hombros. Pulsó un timbre de encima de la mesa y se apoyó en ella con los codos, esperando que entraran.

Penetró Bony Zimmer, que seguía formando en las manos la bola de su untuosidad y malignidad. Simuló sorprenderse al ver a Sheldon. Daumerlang estaba seguro de que en aquel hombre todo era falso y que no se sorprendía por nada. No obstante, notó que le miraba a él con cierto brillo especial.

—¿Dónde estabas, Jack? Dinah me dijo que te marchaste esta mañana, sin decir dónde ibas.

—Bien, deja eso, Bony. ¿Avisaste a los muchachos?

—Sí; pero no conseguí dar con Von Merr, Maggiani... ni con... En el Tótem hace días que no les ven...

—Diles a los otros que pasen.

Le estudió durante unos segundos Zimmer, y como el rostro de Sheldon fuera inescrutable, se volvió para salir.

Fueron entrando lentamente y situándose junto a la ventana y a los dos lados de la habitación. Sheldon les miraba fijamente, como queriendo atravesarles con sus pupilas. Se movían inquietos, dirigiendo miradas de desconfianza a los dos hombres que se resguardaban tras la mesa. Inconscientemente se agruparon por categorías, quedando los tipos genuinamente del hampa a la izquierda, y los que poseían un aspecto más refinado, cerca de la ventana. Rex Baccard y Ranker estaban entre ellos, pero faltaban Von Merr, Maggiani, la rubia Betty y aquel Ben de cara de vulpeja. Bony Zimmer cerró al entrar él y quedó apoyado en la puerta. Sheldon le saludó amistosamente con la mano. Luego se levantó, clavó los dedos en el borde de la mesa y se inclinó ligeramente hacia adelante.

—Oídmeme, muchachos. Hace tiempo que no nos reuníamos como esta vez. Y es posible que por ese motivo hayáis olvidado cómo soy, e incluso alguno creyera que ya no existía. Debéis estar enterados de lo que ha ocurrido últimamente. Vuestro antiguo inspector Dick

Morrell, a quien yo supuse haber matado, curó de sus heridas y se ha puesto al frente de una banda de chantajistas. No le concedí demasiada importancia al principio, porque tengo por lema no meterme en los asuntos de los demás. Pero se ha interpuesto en mi camino, y estoy decidido a eliminarle, ésta, vez para siempre. Algunos de los hombres en los que ya confiaba han estado sirviéndole. Digo que tal vez eso ha sido así porque ya no os acordabais de mí. Os he llamado para enseñaros cómo terminan los que se apartan de mi lado y me traicionan.

Hizo una pausa. Todos los hombres contenían la respiración y le contemplaban como fascinados. Daumerlang comprendía que Sheldon los avasallaba porque su personalidad era mucho más fuerte que la de todos los que le rodeaban, a excepción quizá de Bony Zimmer. Éste parecía también sobrecogido y parpadeaba nerviosamente, semejando a un búho deslumbrado. De todas formas, Daumerlang no entendía a qué deseaba referirse Sheldon con aquello de que les iba a enseñar cómo terminaban los que le traicionaban.

Tuvo la respuesta enseguida. Sheldon hizo un gesto, y la misma puerta la que ellos habían entrado en el despacho se abrió, e irrumpió por ella un grupo formado por dos hombres sudorosos, pálidos, con las facciones desencajadas, que arrastraban un saco grande, al parecer con un ser humano, ya que de él sobresalían los brazos extendidos hacia arriba.

Un movimiento general de retroceso se extendió en todos los individuos. A aquéllos, brazos les faltaban las manos, que habían sido cortadas, y mostraban ahora sólo los muñones ensangrentados. Daumerlang sintió que se le erizaba el vello. Sabía lo que encerraba aquel saco, y veía ahora clara la maniobra de Jack Sheldon. Éste se mantenía tan frío y despectivo como antes.

—Dejad eso ahí en medio —ordenó.

Aquellos dos infelices, a los que se les notaba el susto que pasaban, le obedecieron, y fueron a separarse con toda ligereza del saco, pero la voz de Sheldon les contuvo:

—Sacad lo que hay dentro y ponedlo en pie.

Dudaron y se miraron entre sí con expresión de espanto.

—¡Rápido! ¡Hacedlo!

Con un estremecimiento, colocaron aquel bulto en pie, sujetaron

por los brazos y tiraron del saco hacia abajo. Todos, los hombres, guardando un denso silencio, miraban la operación aquélla. Los cuerpos de los dos individuos encargados de hacerlo tapaban lo que encerraba el saco de lona. Pero se apartaron, una vez lo hubieron enrollado del todo, y entonces descubrieron el cuerpo de Carl Brown en la misma forma, con el mismo horroroso aspecto con que Daumerlang y Sheldon lo encontraron en el piso de Dacco Street.

En el primer momento no pasó nada. Parecía que todos habían quedado paralizados o anonadados por tal visión. Pasados unos segundos, aquel cuadro de mudo terror que formaban se deshizo. Bony Zimmer fue el primero, con la voz temblorosa se adelantó y reclamó de Sheldon:

—Jack, Jack: ¿qué es esto? ¿Qué has hecho?

Entonces se fijó Daumerlang en un sujeto que se había puesto blanco como la nieve y no podía separar la vista del cuerpo de Brown. Le vio mirar a todos lados, retroceder y buscar precipitadamente lo que seguramente era una pistola. Sheldon también vigilaba.

—Vivo, Landor. Lo quiero vivo.

Con un salto de pantera pasó Daumerlang por encima de la mesa y se lanzó hacia el hombre aquel. Zimmer se había parado y vuelto y presenciaba la escena. Por fin había conseguido extraer la automática el despavorido sujeto, pero le temblaba en la mano. Daumerlang ya se acercaba a él cuando oyó una detonación; algo silbó en su oído y en la frente del hombre que iba a atacar se marcó un orificio del que pareció tiraban con algún gancho, porque se desplomó hacia adelante... sin vida. Sheldon rugió y se precipitó fuera de la mesa en dirección a su ayudante, pues había sido Zimmer el que había disparado.

—¡Imbécil! —le apostrofó—. ¿Por qué has disparado? ¿No me oíste decir que le quería vivo?

—Iba a tirar contra ti, Jack —se excusó Zimmer, que había recobrado su actitud conciliadora.

Le miró Sheldon, queriendo adivinar si era verdad lo que le decía, y luego se adelantó al hombre caído y le dio la vuelta. Con rabia le aplicó una patada. Pero se calmó y se volvió a los demás.

—Bien. Ya sabéis el pago que tienen los traidores.

Ninguno replicó o intentó moverse. Aún no se habían repuesto

de la impresión que les había causado aquel cuerpo destrozado y la escena que siguió. Daumerlang estaba también sorprendido. Sheldon no le había dicho nada de aquello. Desde luego, fue un golpe espectacular, y casi podía asegurar que Sheldon había conseguido desenmascarar al traidor único de sus filas. Porque los otros aguantaban sus miradas con firmeza, ahora que empezaban a reponerse.



¡GRAN ACONTECIMIENTO!

Ante el arrollador éxito del

EXTRAORDINARIO NUM. 100 DEL F. B. I.

(a punto de agotarse su 2.^a edición)

EDITORIAL ROLLAN publica el

EXTRAORDINARIO NUM. 125 DEL F. B. I.

Fidelidad, Bravura, Integridad

se titula la grandiosa novela de 210 páginas,
escrita magistralmente por el famoso

FRANK MCFAIR

CAPÍTULO VIII



UANDO salieron y el cuerpo de Carl Brown fue retirado quedaron únicamente Zimmer, Sheldon y el agente del F. B. I.

Sheldon parecía que iba adquiriendo su antiguo imperio y control de sí mismo. Zimmer había adoptado una actitud fúnebre y pesarosa.

—No debiste hacer eso. Tú nunca fuiste así, Jack —descubrió lo que pensaba.

—Eso lo ha hecho Dick Morrell, Bony.

—¿Dick? ¡Condenación! Ese hombre es un monstruo... Pero ¿cómo?...

Le explicó Sheldon cuánto había pasado. También contó lo

ocurrido a Daumerlang en el barrio de los irlandeses.

—¿Por qué no vamos a esa casa, Jack?

—Landor asegura que no encontraríamos nada. Por alguna razón, Sheldon omitió referir lo que les había revelado Luella Stanfing. Daumerlang llevó a un lado al «gángster».

—Oye, Sheldon: tenemos que ir a charlar con ese Merobetty. ¿No te acuerdas de él?

Le miró Sheldon suspicazmente.

—Sí; me acuerdo, Landor. ¿Por qué tienes tanto interés?

Aquello desconcertó a Daumerlang.

—Tú eres quien me instó a tomarme interés. Aparte de eso, Sheldon, yo creo saber de esto más que tú.

—¿Por qué?

—A ti te impide ver claro tu relación con esa mujer, con Dinah. Y lo que has hecho esta mañana te ha vuelto a dar una falsa confianza, porque supones que conservas el poder sobre tus hombres. Y ya no quieres seguir investigando por temor a saber ciertas cosas...

Lo atrapó de las solapas Sheldon, Sus pupilas fulguraban. Seguramente, nunca le habían hablado en ese tono.

—Landor: te juegas...

Desprendió aquellas manos Daumerlang de un tirón violento.

—No me asustas, Sheldon. Diré lo que tengo que decir aunque te sirva de entremés en tu comida de hoy. Temes descubrir a Dick Morrell...

—¡Maldito seas! No temo descubrirle, pero si logro que me deje tranquilo, para mí es suficiente. Que haga lo que guste. Y que lo descubra y lo atrape el

F. B. I.,

si quiere.

Empezó a reírse entonces. Daumerlang comprendió que Sheldon sabía hacía tiempo su condición de agente de aquel Cuerpo. Sheldon cesó de reír y le observó con expresión risueña.

—Landor... o como te llames. Te dije en una ocasión que eras inteligente. No rectifico. Y te ayudaré, siempre que me prometas no meterte en mis asuntos.

Se encogió de hombros Daumerlang.

—Está bien. Es inútil negarlo. Mi nombre es Ernest Daumerlang,

y soy agente del

P. B. I.,

Nada tenemos contra ti. Sheldon, y solamente queremos atrapar a ese Dick Morrell y su banda de chantajistas. Pero, de todas formas, juzgo que haces mal no queriendo que vayamos ahora en busca de ese Merobetty.

El «gángster» luchó por resolverse. Se apreciaba su indecisión en el movimiento nervioso de sus manos. Daumerlang había acertado al decir que Sheldon no quería seguir investigando por temor de enterarse de ciertas cosas. Por fin, estrujándose una mano contra la otra, expresó:

—De acuerdo. Iremos a visitar a ese Merobetty.

—Es mejor así. Y ten presente que eso te lo agradecerá el

F. B. I.

Era una clara advertencia. Zimmer se acercó a ellos, impaciente.

—¿Qué vas a hacer, Jack?

Antes de que Jack Sheldon pudiera decir nada, Daumerlang le apretó el brazo. Y Sheldon calló lo que pensaba decir. Contempló a su ayudante en silencio.

—Nada, Bony. Por mi parte he dado por concluso este caso. Estaré vigilante, para que no pueda sorprenderme Dick Morrell en ninguna ocasión. Ahora, vámonos. Se acerca la hora de la comida.

Esta vez tomaron la salida normal. Descendieron por una amplia escalera de mármol y atravesaron la pista de baile del Brown's.

Al hacerlo, sin querer, sorprendieron la conversación que mantenían dos de los hombres que momentos antes habían estado en el despacho:

—... es ella la que está de acuerdo con Dick...

—¡La maldita bruja! Y él, sin enterarse...

Se arrojaron en la capa del silencio, dejando asomar solo la nariz fuera de ella. Sheldon dudó, tembló, como sometido a una corriente eléctrica; pero debió de pensarlo mejor, y sin decir nada abandonó el salón del

Brown's.

Subieron al «Buick» Daumerlang y Zimmer. Este último iba sumido en sombrías reflexiones, a juzgar por su amargado aspecto. Denegaba con la cabeza, como si se reconviniere a sí mismo por

pensar ciertas cosas. De nuevo. Sheldon había perdido la confianza que de forma tan inusitada había recuperado. Entraron en Lake Shore Drive por la calle Doce. Ante la puerta de la casa, Sheldon tuvo parado el coche unos segundos, sin decidirse a salir. Luego, arrancando un suspiro de su pecho, descendió y caminó hasta el portal.

Le bastó a Dinah verlo entrar para sospechar que había ocurrido algo grave. Se dirigió a él, trémula:

—Jack: ¿dónde has estado?

No le contestó. Y ella, entonces, se dirigió a Daumerlang:

—¿Qué ha pasado?

—Tenemos hambre, Dinah. Quizá sea eso.

Pero Dinah, cada vez más inquieta, fue hasta Jack de nuevo. Apoyó las manos en su pecho y le miró con tal intensidad que parecía iba a saltar a su cuello y morderle. Sheldon la empujó, apartándola, y salió de la biblioteca en que habían entrado. Zimmer, que seguía imitando con su movimiento pendular de cabeza a los osos polares, se aproximó a la rubia, y aprovechando que estaba aturdida le dio unos golpecitos suaves en la espalda.

—Ese Dick —exclamó— es un diablo. Está trastornando al pobre Jack y haciéndole creer cosas que no son. Dinah has de tener paciencia. Dick Morrell no se mantendrá mucho tiempo en la impunidad.

Al decir esto miró significativamente a Daumerlang. Este quiso cortar aquel estado de cosas.

—Dije antes que teníamos hambre. Yo, por lo menos. Y si en esta casa piensan ayunar, buscaré otro sitio en que comer.

—Pasaremos al comedor ahora mismo, Landor —dijo Dinah.

—Bueno. Si es así...

Pasaron, efectivamente, al comedor; un regio comedor, que en una de sus paredes tenía empotrado un acuario, y se sentaron con Dinah los dos hombres. Al poco entró Sheldon con su aire frío ya recuperado. No obstante, el silencio fue una vianda más de las que se sirvieron en aquella comida.

Sonó el timbre de la puerta. Sólo Daumerlang esperó con algo de ansiedad. Estaba nervioso y deseando marchar a visitar al tal Zacarías Merobetty, pero quería ir en compañía de Sheldon, ya que éste, con su conocimiento de los «gangsters» de Chicago, aportaba

una ayuda valiosa.

Un criado entró en el comedor, llevando una bandejita. Sobre ella, un sobre. Se inclinó al lado de Dinah y le tendió la bandeja. Dinah, arqueando las cejas con gesto de sorpresa, retiró de la pulimentada superficie el sobre y se apresuró a rasgarlo. Pero antes de extraer su contenido miró a todos, estudiando sus reacciones. La cara de Sheldon semejaba estar tallada en piedra. Daumerlang y Zimmer solamente parecían curiosos. Ella se disculpó y acabó de sacar una hoja, sobre la que pasó la vista. Luego, con un gesto de estupor, la mostró a los demás. Estaba en blanco.

—No comprendo esta estúpida broma.

Sin poderse contener, Sheldon alargó la mano y cogió la hoja. La miró por todos lados. Luego la abandonó, con gesto preocupado.

—¿No tiene escrito nada el sobre?

—Sí. Mi nombre.

Le tendió el sobre Dinah y quedó expectante, observando a su novio. Sheldon miró la dirección aquélla.

—Es la letra de Dick. ¡Maldito!... ¿Por qué te envía una hoja en blanco? ¿Por qué?

—No lo sé, Jack. ¿Cómo voy a saberlo?

Debía de ser sincera, pero Sheldon la contemplaba alterado. En su mente, como en la de los otros, se había encendido el detector rojo de las preguntas. ¿No sería aquella hoja en blanco una señal convenida entre Dick y ella? También Dinah parecía haberse dado cuenta de aquélla posibilidad. Y entonces varió su aire de desconcierto y temor, y adelantó la barbilla agresivamente.

—Escucha, señor Jack Sheldon: nada hay ni ha habido nunca entre ese Dick Morrell y yo. ¿Te enteras? Y eres un estúpido si crees otra cosa. Así le seguirás su juego y te llevará donde quiera. Eso es lo que pretende.

Era muy lógico. Pero Sheldon no examinaba aquel caso con el cerebro, sino con el corazón. Y en él tenía clavado el dardo de la sospecha. A pesar de eso, se reprimió.

—Está bien. Gracias por tu advertencia, Dinah. Vamos, Dau... Landor. Hemos de hacer esa visita.

Se separó de la mesa violentamente. Daumerlang le acompañó. Ambos dejaron atrás el comedor y fueron a la salida de la casa. Subieron al coche, una vez que Sheldon lo sacó del garaje

adyacente a la casa, y partieron en busca del señor Zacarías Merobetty, director, redactor y «botones» del «Calumet Dispatch».

Iban a toda velocidad por Fullerton Avenue, sorteando las señales del tráfico. Pronto dejaron el centro de la ciudad, los edificios perdieron altura y cesó la aglomeración de vehículos y personas. El estruendo de los ferrocarriles elevados se perdió. Doblaron en la esquina de la calle Fawcett y a poco paraban delante del edificio en que se encontraba el «Calumet Dispatch». Daumerlang y Sheldon miraron con aprensión aquella vetusta casa, que rezumaba humedad y abandono.

—Tal debe de ser el dueño —gruñó Sheldon.

Sin detenerse subieron por unas oscuras y estrechas escaleras. Se vieron frente a una puerta que ostentaba una placa, algo desconchada, con el nombre del semanario. Empujó Daumerlang, y comprobó que estaba cerrada, cosa extraña en un periódico, aunque estuviera en semejante sitio. Pulsó un timbre y aguardó. Sheldon se mantenía algo separado de él.

Tras un rato se oyó el roce de unos pies al otro lado de la puerta y ésta se abrió una pulgada, permitiendo asomar un rostro alargado y pálido que examinó a los dos hombres. Daumerlang introdujo el pie y empujó con el hombro. Había reconocido al sujeto aquél. Y de repente le vino a la memoria que aquel nombre ya lo había oído él en otra ocasión: cuando estuvo encerrado en aquella casa del barrio de los irlandeses.

Se había colado violentamente en un angosto pasillo en que únicamente se distinguía un perchero. Sheldon penetró tras él. El hombre que les había abierto se había retirado, y les miraba con mezcla de susto y de inquina.

—¿Qué pretenden? ¿Por qué entran así?

—No se acuerda de mí, ¿eh?

Le empujó Daumerlang pasillo adelante, porque había visto una puerta que se abría en él. La atravesó, descubriendo un despacho de reducidas proporciones, aunque bien amueblado. No lo había conocido un año antes. Sheldon hizo que Merobetty pasara adentro. Daumerlang le miró ahora y se quitó el sombrero para que pudiera examinar bien su rostro.

—¿Usted es Merobetty? No hace falta que diga que sí. Lo sabemos. Yo lo seguí desde Lake Shore Drive, número mil

doscientos veinte, y usted atravesó toda la ciudad y me condujo como una zorra a un mastín hasta el agujero de detrás de los *Stocks Yards*. Ya parece que recobra la memoria.

Efectivamente, Zacarías Merobetty no la había perdido. Desde el principio había reconocido a Daumerlang. No se inquietó demasiado. Hacía tiempo que se había encogido de hombros ante los acontecimientos que pudieran originarse. Todo lo había perdido. Miró con tranquilidad cómo Daumerlang pasaba al otro lado de su mesa de despacho y examinaba sus cajones.

—Oiga, Merobetty: le voy a decir unas cosas, y después podrá hacer lo que quiera. Estoy seguro —empezó Daumerlang, mirando al fúnebre hombre— que usted no tiene nada que ver con esos brutales asesinatos perpetrados por la banda de chantajistas. No obstante, sabemos que usted sirve de pantalla a alguien. Para ser más claros a un tal Dick Morrell. Éste le usa para que de la cara y cobre el dinero de los individuos extorsionados. Quizá usted empezara este asunto, pero debió de ser en pequeña escala. Luego apareció Dick Morrell, y a su vez le hizo víctima de otro chantaje, pues amenazándole con descubrirle a la Policía le obligó a que le sirviera en sus planes.

Calló y esperó, por si Merobetty creía oportuno intercalar algo; pero Merobetty parecía haber caído en el pozo de sus reflexiones. Daumerlang reanudó su explicación.

—Merobetty, está usted en un mal asunto. Reconozco que su posición no es fácil. Por una parte, la Policía puede exigirle cuentas; por otra, Dick Morrell puede tomar represalias si usted le descubre. Su única solución es revelar llana y claramente cuánto sepa, no omitiendo nada —esto lo recalcó Daumerlang—, para que no pueda escapar ese bandido. Si lo hace así, se salvará de las dos amenazas.

La cara de Merobetty se transfiguró con una sonrisa.

—¿Quién me garantiza eso? Aun en el supuesto de que yo dijera lo que no sé, la Policía me encartaría a mi igual que a los demás.

—¿Y si yo fuera de la Policía, mejor aún, del
F. B. I.?

La pregunta sobrecogió al triste individuo. Miró a Daumerlang; luego, a Sheldon, y asumió por último un aire de perplejidad.

—Tendría que demostrármelo.

Pareció meditar algo tras decir esto. Y miró con una expresión

nueva, de desconsuelo y abatimiento, a los dos hombres.

—Y ¿para qué? No servirá de nada. Si fuera por mí, ahora mismo les llevarían donde se oculta ese Dick Morrell; pero no puedo hacer nada. Me tiene atado, imposibilitado de moverme...

—¿Por qué?

—¡Oh, es ella! Se la han llevado, ha desaparecido, y por eso yo no puedo moverme.

Con una inspiración, Sheldon interrumpió:

—¿Luella Stanfing?

El hombre saltó al oír el nombre. Todo su continente varió, igual que el de un perro al que le han enseñado un hueso.

—¿Sabe algo? ¿Dónde está?

—Sabemos dónde está, Merobetty.

Pronunció aquello de una forma especial. Merobetty miró con miedo hacia Sheldon.

—¿Le ha pasado algo? ¿Qué le ocurre?

—Dick Morrell no quiso que pudiera decir nunca nada.

—Muerta...

Dio la impresión de que iba a morirse él. Tuvo que sentarse. Temblaba, y comenzó a sudar y a rechinar los dientes. Daumerlang pasó a su lado y le sacudió con rudeza.

—No ha muerto, Merobetty, pero quizá no viva mucho. Morrell la apaleó brutalmente, y ahora está en un hospital...

El cacoquímico señor Zacarías Merobetty dejó de temblar y se puso en pie de un salto. Su aspecto era de rabiosa decisión.

—No les creo. Llévenme a dónde está, y les diré todo. Cuando yo la vea y me convenza de eso que me han dicho.

—Está bien —admitió Daumerlang—. Vamos allá. Coja su abrigo y su sombrero y salgamos.

Así lo hizo Merobetty, de quién se había apoderado una agitación extraordinaria. Dejaron a toda prisa la casa del «Calumet Dispatch» y ocuparon el interior del coche. Como un rayo partió hacia el centro de la ciudad. Alcanzaron la avenida Michigan por la parte Oeste y subieron por ella hasta el hospital.

El primero en salir del «auto» fue Merobetty, que corrió a la puerta y entró por ella como una exhalación. Daumerlang y Sheldon trotaron tras él. Sheldon iba anormalmente silencioso.

En la sala de recepción les salió al paso el médico que la atendía.

—¡Ah, son ustedes! —pronunció con desgana al ver a Daumerlang y a Sheldon—. Iba a avisarles. Ha entrado en período agónico. Ya no es posible salvarle la vida. Si quieren entrar a visitarla...

Con desaliento les precedió. Zacarías Merobetty había vuelto a desmoronarse y estaba a punto de desmayarse. Daumerlang tuvo que sujetarlo cuando entraron en la habitación de Luella Stanfing. Ésta se removía inquieta en la cama, al parecer delirante. La enfermera estaba a su lado.

—... Zacarías Merobetty —decía entrecortadamente, ahogándose—. No, no diré nada. Prometo no decir nada... Sí, es Dick, Dick..., el pobre Dick... Y ella le quiere...

Zacarías había llegado junto a la cama y la miraba, moviéndosele los labios, derramando abundantes lágrimas. Se arrodilló a su lado y sollozó tan fuertemente que la enfermera y los tres hombres que presenciaban la escena se sintieron conmovidos. Respetando el dolor de aquel hombre, dejaron la habitación. El médico les acompañó a Daumerlang y Sheldon.

—¿Quién es? —preguntó.

—Su novio... o su marido. No lo sabemos.

No pasó mucho tiempo. La enfermera salió y llamó al médico. Éste entró rápidamente en la habitación. Y volvió a salir, transcurrido un minuto. Contempló a los dos hombres y movió la cabeza significativamente. Merobetty salió después. Tenía el rostro mortalmente pálido, las pupilas desvariadas. Pero al ver a Daumerlang y a Sheldon se dirigió a ellos, con una expresión de intenso odio en la cara.

—¿Quieren saber dónde se oculta ese Dick Morrell y quién es? Bien; yo les llevaré. Siganme. Pero he de ser yo quien le destruya..., Alimaña..., mal nacido..., perro...

Como un tumor que se le hubiera abierto en los labios, empezaron a salir insultos y maldiciones, mientras descendía las escaleras del Bellevue Hospital. Salió el primero a la calle y corrió para entrar en el coche.

No llegó a él. Un coche parado cerca de donde estaba el «Buick» de Sheldon arrancó en aquel momento. Y coincidiendo con su marcha, por una de sus ventanillas salió un chorro de balas, escupidas por el negro hocico de una ametralladora.

Merobetty se desplomó hacia adelante como si le hubieran separado los pies del suelo tirando de ellos con una cuerda invisible. Y luego dio dos vueltas, dejando una senda de sangre.

Daumerlang empujó a Sheldon hacia atrás y él mismo se tiró a tierra. El coche de donde habían partido los disparos volaba ya avenida Michigan abajo. Aún esperó un poco el agente del F. B. I., y se levantó de un salto. Corrió junto al caído Merobetty. Aún vivía, porque parpadeaba furiosamente. Se inclinó sobre él.

—¿Dónde han llevado al nieto de Lloyd Darcy? —le preguntó.

Notó que los labios de aquel hombre se movían, pero no dejaban salir sonido alguno. Pegó el oído a su boca. Muy débilmente percibió ciertas palabras:

—Fuera..., en la carretera de Evanston..., una casa pintada de verde... y un balcón antiguo..., antiguo...

Se le acabó el hilo de la vida. La triste y desesperada vida de Zacarías Merobetty, hombre que nunca tuvo suerte. Terminó casi al mismo tiempo que aquella pobre mujer que le había amado, y por lo mismo, compartió su trágico destino. Daumerlang se levantó de junto a él y entonces se dio cuenta de que Sheldon estaba a su lado.

—¿Te ha dicho dónde está Dick Morrell?

—No le he preguntado eso. Pero sé dónde han llevado al nieto de Lloyd Darcy. Y voy a buscarlo. Puedes acompañarme o no. Ya no importa.

—Prefiero no ir. He de hacer otra cosa. Un moribundo no miente y ella dijo algo de que... Si fuera verdad...

No había necesidad de que continuara hablando. Daumerlang también lo había oído y compadecía al pobre Sheldon. Ahora revelaba lo débil de su carácter, el fondo desconfiado y poco seguro que encerraba. Pero Daumerlang no podía entretenerse en sus asuntos, sino que tenía que ir inmediatamente a rescatar al nieto de Lloyd Darcy.

—Adiós, Sheldon —le gritó—. No pierdas la cabeza, muchacho. Quizá esas palabras tengan otra interpretación.

Sheldon no pareció oírlo. Entró en su «Buick» y lo lanzó Michigan arriba para doblar luego por Halsted.

Por su parte, Daumerlang recuperó toda su actividad. Llamó a un «taxi» verde y, sin dejarlo parar, saltó a su estribo, abrió la portezuela y se coló dentro. El chofer quedó asombrado de aquella

forma de tomar el «taxi».

—¿Dón...?

—Al Departamento de Policía, en La Salle. Y no se preocupe de las señales ni de los otros coches. Corra como si le persiguieran todos los «gangsters» de Chicago.

En aquellos momentos, la gente se arremolinaba en la acera del Bellevue Hospital alrededor del cadáver de Zacarías Merobetty. Y sonó la sirena de un «auto» de la Brigada Móvil. El conductor respiró profundamente y pisando el acelerador, indicó:

—A lo mejor es verdad que nos persiguen.

¡ ATENCION!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

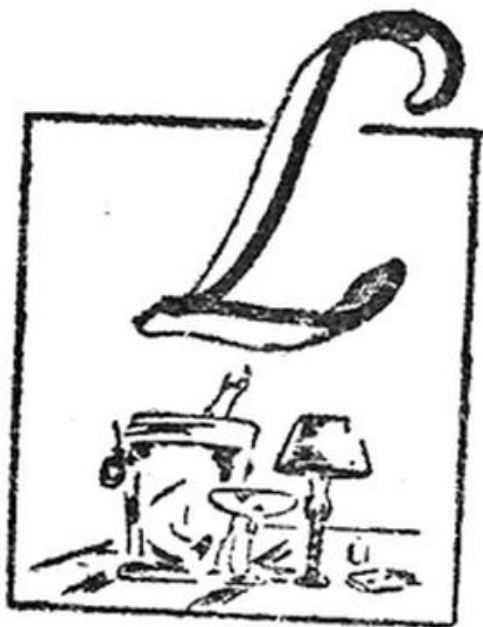
triunfa una vez más al crear la Inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F . E . I .

CAPÍTULO IX



A entrada de Daumerlang en el despacho de Pier Charbers fue un poco precipitada. El inspector saltó en su silla y ya iba a soltar un juramento, cuando se fijó en quién había entrado.

—¿De dónde sale ahora, Daumerlang, de esa guisa y a tan excesiva velocidad?

—Inspector: debe acompañarme.

—¿Adonde?

—Se lo explicaré por el camino. Haga que también se nos unan algunos hombres y que lleven pistolas ametralladoras.

—¡Condenación! ¿Es que vamos a la guerra?

—No; pero sí a rescatar a un pequeño raptado por la banda de chantajistas, y al que tienen en una casa pintada de verde y con un

balcón antiguo en la carretera de Evanston.

—¿Ha descubierto usted ya todo lo referente a esa banda?

—Casi. Vamos; dese prisa. Cualquier segundo que pase pone en peligro la vida de ese chico. Ya le contaré.

Como había entrado, salió. Pier Charbers abandonó su asiento, extrajo de un cajón su «Luger», que metió en un bolsillo de su impermeable, y corrió tras su fogoso agente. En otro despacho contiguo dio la orden de que se reunieran con él los agentes Foster y Lunden, provistos de pistolas ametralladoras.

Daumerlang les esperaba junto a un potente coche policíaco, puesto a su disposición. Se puso al volante y empezó una carrera hacia el norte de la ciudad, que, en tanto duró, sostuvo el corazón del inspector Charbers en continuo sobresalto. Pasaban a veces entre dos coches, rozándoles, adelantaban a los autobuses y a los otros coches, en unos virajes impresionantes, y se tragaban el espacio con la velocidad con que una cabra devora un pámpano. Al entrar en la carretera de Evanston, aún se hizo más rápida la marcha del coche, pero Charbers respiró algo tranquilo, porque el tráfico había disminuido.

—Bien, Daumerlang; suspenda esa endiablada velocidad y dígame lo que pasa.

Le obedeció el agente, porque ahora tenía que ir mirando a los dos lados de la carretera con objeto de vislumbrar aquella casa pintada de verde. Y mientras, contó cuánto había ocurrido. El inspector le escuchaba en silencio.

—Bien —opinó—; parece que ya vamos sabiendo quién es Dick Morrell. Y, por lo pronto, le hemos privado de sus medios de ataque. Mandaré hacer una investigación en ese edificio del «Calumet Dispatch» y en la casa de los irlandeses. Buena labor, Daumerlang.

Dieron vista a la famosa casa. Entonces comprendió Daumerlang lo que significaba aquello de balcón viejo. Se trataba de un chalet algo apartado de la carretera, rodeado de un prado verdeante, y que se había construido siguiendo el modelo de los castillos o palacios de la Edad Media. Tenía una terraza o balcón haciendo esquina del edificio, y recordaba, aquél en que se asomó Julieta, en Verona, en el inmortal drama de Shakespeare.

Hizo parar el coche a unas doscientas yardas de donde se abría

la senda para ir al chalet.

—¿Por qué tantas precauciones, Daumerlang? —preguntó el inspector—. Está desconocido.

—Las precauciones no son por mí, inspector, sino por ese pequeño. Espero lo peor de ese Dick Morrell. Y por eso quiero proponerle un plan para sacarle de ahí.

—Diga, Daumerlang.

—Creo que ustedes deben avanzar por el frente. Seguramente dispararán nada más verles. Y tratarán de ganar la salida por la parte de atrás para esconderse. Para evitarlo, yo atravesaré el campo ahora y me situaré a espalda de la casa. Y mientras ellos rechazan su ataque, procuraré entrar en ella y sacar al niño.

—Eso es descabellado, Ernest. No sabe los hombres que puede haber dentro ni el sitio exacto donde tengan encerrado a ese niño.

—Es la única posibilidad de sacarle con vida. Estoy seguro de que tienen órdenes de asesinarle. Lo harán, además porque el conservarle vivo y pretender llevárselo con ellos sería un peligro, que no están dispuestos a correr.

No quiso explicar al inspector que su interés, aparte de todas esas consideraciones, se había agrandado enormemente por el hecho de que la madre de Mickey era Ruth, y Ruth empezaba a ser algo más que un caso para el agente del

F. B. I.

Pier Charbers suspiró, resignado.

—Tenga cuidado, Ernest —recomendó.

Daumerlang descendió del coche y se apresuró a introducirse en el campo. Había una dificultad, y era la falta de arboleda alrededor de la casa. Solamente en la parte de atrás, por donde quería deslizarse, crecían algunos castaños, formando un poco espeso bosquecillo, atravesado por un arroyuelo. Se fijó en que, por la derecha de donde él andaba, el prado descendía por un declive pronunciado, formando así como una especie de trinchera que se extendía en un arco de más de dos millas, y dentro del cual estaba situado el chalet.

Saltó a aquella parte inferior del terreno y, pegado al interior de su protectora altura, avanzó deprisa hacia la casa. Pronto estuvo en los primeros árboles de aquel bosquecillo y se encaramó, abandonando la seguridad del parapeto natural.

Oyó que volvía el coche de sus compañeros y pronto estarían frente a la casa. Entre ella y donde empezaba el primer árbol quedaba un trecho descubierto Daumerlang, recubierto por el tronco del árbol adelantado, examinó la disposición del chalet. Notó, con cierta ironía, que aquel balcón romántico, y que correspondía a la parte por la que él se asomaba, era ideal para el escaló.

Algo turbó su buen humor. Distinguió un individuo apostado al pie de la casa. Estaba en mangas de camisa; ostentaba una pistola, enfundada bajo la axila, y su catadura no dejaba lugar a dudas de cuál debía ser su filiación. Las seis o siete yardas que espaciaban a Daumerlang del pistolero no podían ser salvadas sin que se diera cuenta de ello. Daumerlang estaba armado y hubiera podido disparar, pero rechazó aquel primer impulso. Su disparo revelaría su presencia en ese sitio, estropeando su plan. Y por lo contrario, si inutilizaba al tipo aquél sin que se dieran cuenta los de dentro de la casa, estaría en condiciones ventajosas para sorprenderles luego.

Miró a todos lados en busca de la solución. Desesperado, elevó la vista hacia lo alto y, entonces, descubrió el medio. Una rama del árbol tras el que se ocultaba, avanzaba hacia donde estaba su eventual enemigo. Éste miraba al suelo, tal vez porque tuviera cierta predisposición filosófica, o porque se encontrará amodorrado, cosa que estaba más de acuerdo con su aspecto.

Daumerlang se cogió a la rama aquélla y se izó, poniendo a prueba sus potentes músculos. Si en ese momento levantaba la cabeza el otro o el inevitable ruido, producido por el roce de sus ropas en la madera y las hojas, llamaba su atención, Daumerlang quedaría expuesto como un mico a las descargas de su automática. Pero el primer paso lo había dado felizmente. No se inquietó el «gángster» lo más mínimo.

Ahora tenía que avanzar por aquella rama hasta él. Iba consiguiéndolo con suerte. Sin embargo, alcanzaba ya casi su punta extrema, que se doblaba peligrosamente hacia abajo; el peso la hizo resquebrajarse y soltar un chasquido típico. Irguió la cabeza el pistolero y tuvo tiempo de ver, sumamente asombrado, cómo descendía sobre él una forma humana —aquello lo coligió por el sombrero que Daumerlang llevaba puesto—, pero que debía tener cierta relación con sus antecesores los monos.

El peso del agente del F. B. I., sumado a la altura, tuvieron el efecto de aplastar contra el suelo al sorprendido vigilante. No obstante el mutismo con que se mantuvo postrado en tierra. Daumerlang le descargó su potente puño en la sien y estimó que ese golpe estaba bien aplicado. El hombre atacado por él pasó de la vigilia a un sueño que en cualquier otra circunstancia hubiera hablado mucho en favor de su tranquilidad de conciencia.

Como precaución, le despojó de la pistola y, sirviéndose de las mismas correíllas de la funda que ceñían su tórax por debajo de los brazos, le ató las manos y los pies, y arrancándole una manga que desgarró de su camisa, le fabricó una mordaza.

Lo arrastré hasta el bosquecillo y volvió a la casa. No había enredaderas que le hubiesen servido de escala, pero Daumerlang era un hombre lleno de recursos. Se fijó en la rama que antes le había prestado su ayuda, aunque con cierta ligereza femenina, y se dispuso a servirse de ella nuevamente. Acabó de troncharla y la desgajó del árbol. Puesta en pie y apoyada en la pared alcanzaba justo el primer saliente del balcón.

Trepó por ella y, por fin, pudo colocar sus manos en él, aupándose hasta poder situarse a horcajadas en la barandilla o antepecho, del que saltó al polígono, interior. La puerta de cristales que daba paso a aquel balcón se hallaba abierta. Daumerlang se despojó de su americana —antes lo había hecho de la gabardina— y sacó su «Luger», que amartilló, quitando el seguro.

Atravesó la entrada y se encontró en una sala amplia, aunque sin amueblar, provista sólo de una vieja mesa y unas cuantas sillas. Estaba a oscuras y Daumerlang no quiso remediar el defecto. Creyó notar la presencia de una puerta enfrente de donde él estaba y se dirigió a ella. La abrió con sumo cuidado. Llegó a su oído una detonación. A continuación, el sonido de varias más y luego el tableteo de una ametralladora.

Estaba en un pasillo alto, al que daba una escalera. El pasillo se corría a los dos lados y a él se abrían varias puertas. Pero solamente estaba iluminada la que parecía ser sala inferior, y que mandaba su reflejo hasta donde se encontraba Daumerlang. Oyó rumor de voces:

—... Tenemos que marcharnos de aquí enseguida. Deben ser policías.

—... Pero antes liquidaremos al chico. Es lo que nos dijo Dick y

así ganaremos tiempo. Maggiani: sube por él. Y dile a Betty que se disponga a trotar por el campo un poco, hasta que alcancemos el coche.

Señal de que tenían un coche escondido, seguramente al final del bosque de castaños, y con el cual, y a campo traviesa, ganarían la carretera, perdiéndose al llegar a Chicago. Daumerlang sabía que Betty estaba en alguna de las habitaciones altas con el pequeño Mickey. Escuchó los pasos de Maggiani, que ascendía. Se introdujo en la sala que había atravesado antes. No creía que llegara allí el bandido, mas, por si acaso, se apretó contra un lado de la puerta.

Dos pasos de Maggiani sonaban ya arriba. Daumerlang oyó cómo se deslizaba por el pasillo. Otras detonaciones sueltas convencieron al agente de que sus compañeros, dándole así tiempo para su maniobra, se habrían apostado por algún lado que cubriera la casa por las tres caras, que podían distinguirse desde la carretera, y disparaban para mantener ocupados a los individuos de dentro.

Se asomó al pasillo. Distinguió la figura del italiano que balanceaba su grueso cuerpo. Llamó a una de las puertas, la más alejada por aquel lado del pasillo. Le dejaron entrar. Daumerlang se deslizó rápidamente hasta aquella puerta, Aplicó el oído a ella y registró en su pabellón auditivo la conversación que se desarrollaba dentro:

—... Betty: haz tus maletitas, mona. Se ha terminado el veraneo.

—¿Qué hacemos del niño?

—Le dejaremos aquí... «mudo».

Hubo una pausa. Y luego se oyó la voz de Betty, con acento de terror y de indignación a la vez:

—Eso es una brutalidad. Es un chiquillo precioso. Podemos abandonarle vivo.

—No discutas, rica. A mí tampoco me gusta el asunto; pero Dick lo ha ordenado así Y Dick no premia precisamente a quien no le hace caso. Me da pena el chico, pero, entre él y yo, opto por conservar mis kilos de grasa.

Temiendo Daumerlang que cumpliera su designio de matar al infante, se aprestó a intervenir. Cogió el pestillo de la puerta, y como se figuraba, al empujarla, cedió, pues tras entrar el italiano no habían creído necesario volverla a cerrar. Probó suavemente, pero, una vez hecho, la abrió del todo de un empujón y penetró de un

salto en el centro de la habitación.

Betty abrió desmesuradamente los ojos y retrocedió. Maggiani, que le daba la espalda, se volvió rápido al observar el gesto de la mujer. Y con la misma rapidez, sin sorprenderse, como si hubiera estado esperando la visita de Daumerlang, lo que demostraba que era un pistolero perfecto, arrancó la pistola de su funda y la dirigió contra el agente del

F. B. I.

Recibió una patada en la mano y el arma escapó de ella. No quiso recurrir todavía Daumerlang a su pistola.

Como un alud, tras aquella introducción con la pierna, se dejó ir sobre Maggiani, incrustándole un tremendo derechazo en la mandíbula. Maggiani se desprendió del suelo, abrió los brazos como si pretendiera volar, y se desplomó un metro más allá, haciendo retemblar el piso con su corpachón seboso. Pero no perdió la noción de los acontecimientos.

Rodó sobre sí mismo y se puso en pie, lanzándose con agilidad de acróbata hacia Daumerlang. Lo sujetó éste, colocándole su ancha mano en la frente, con lo que también le tapó la visión de los ojos. Retiró la mano luego, dejando con aquella maniobra desconcertado a su contrario, que se tambaleó, perdido el equilibrio, y miró ofuscado. No tenía defensa, y en aquella posición, buscó su mandíbula otra vez la derecha de Daumerlang, pero ahora en un «*swing*» desquiciante, cuyo efecto contrarrestó un soberbio izquierdazo, seguido de un gancho demoledor. Sometido a fuerzas tan encontradas, Maggiani estuvo suspendido en el aire breves segundos, para derrumbarse, transportado a la región de los sueños.

Betty se había arrinconado. El pequeño Mickey se acurrucaba a su lado. Daumerlang avanzó hasta ellos. Pero se volvió al oír que alguien corría por el pasillo. Quien fuera penetró aguadamente en la habitación. No le conocía Daumerlang, pero no tenía tiempo de esperar presentaciones. De nuevo, el aire se llenó con las resonancias de los disparos de una ametralladora:

—... Betty: es preciso que os deis...

Se cortó y miró, como fascinado, a Daumerlang. Luego reaccionó y llevó su mano en busca del arma. Daumerlang pensó que no podía perder tiempo. Apuntó con la suya y disparó. Aquel individuo compuso un gesto de estupor, se cogió con las manos el pecho y

midió el suelo con cinco pies y tres pulgadas de estatura. Como esperaba Daumerlang, su disparo puso en conmoción a los de abajo.

Era lo peor que podía suceder. Porque tendría que defenderse allí contra todos, ya que no se atrevía a huir con el pequeño. Y si, por lo me nos, sus compañeros y el inspector Charbers se dieran cuenta y decidieran atacar entonces...

Fue Betty la que le sacó del apuro. Se adelantó a él y le miró, animado su rostro de una luz nueva que lo hacía atrayente.

—¡Oiga!, a mí me agrada ese chico y no quiero que le maten. Pero si ellos suben y empiezan los tiros, no habrá probabilidad de que se salve.

Esperó Daumerlang a ver por dónde iba a salir ella. Y Betty decidió salir por la ventana.

—La ventana de este cuarto se comunica, como todas, con el balcón de atrás por una galería corrida. Yo puedo meterme con el pequeño ahí y usted se las arregla como pueda aquí.

No estaba seguro Daumerlang de las intenciones de aquella mujer; pero se oían pasos y exclamaciones. No le quedaba más remedio que decidirse.

—Hecho.

La miró intensamente y ella le sonrió. Rápidamente cogió al pequeño y se dirigió a la ventana con él. Se metieron en ella justo cuando asomaba su fea cara el bestial Von Merr por la puerta. Daumerlang disparó, le envolvió la onda de un aullido y Von Merr acabó de entrar, precipitándose de golpe sobre los mosaicos del suelo. Como si hubiera estado interceptando el paso a las balas, por el espacio abierto que él había dejado, entró un concierto de disparos. Daumerlang saltó de costado y se resguardó en la parte de atrás de la puerta.

—¡Debe ser ese Landor de los demonios! Dick creía que era un agente del F. B. I... —escuchó, divertido, Daumerlang.

Pero lo que dijeron a continuación presionó sus arterias de un modo horrible:

—Tú, Skarg, y tú, Beppo, entrad por la galería. No debe saber que tiene paso a todas las ventanas y al balcón.

De llevarse a efecto esa operación, la suerte del pequeño Mickey iba a ser trágica. Daumerlang esperó aún un poco, pues sabía que, al marcharse aquellos dos hombres, serían menos los que le

esperarían en el pasillo. Luego cogió la puerta, que se abría hacia adentro, y la empujó fuera de sus bisagras. Era un recurso desesperado el que pensaba poner en práctica. Armado de aquel escudo, se disponía a salir al pasillo y enfrentarse con la... muerte. Pero antes hizo que sobresaliera la puerta sola, atravesándola.

Como enfurecidas avispa metálicas, las balas se incrustaron en ella. Era el momento. Agachándose, doblado sobre sus rodillas, se situó tras la puerta. Otra vez la carcoma de las balas hizo polvo la madera de aquel improvisado refugio. Daumerlang se tendió en el suelo, para incorporarse de un salto en el otro lado del pasillo. Y su «Luger» comenzó a entonar su fúnebre canto. Distinguió a Ben y a dos hombres más. No podía verlos del todo, porque salía deslumbrado de La otra habitación; pero tiró al grupo que formaban.

Una maldición de Ben, un estirón de otro de los que estaban con él y, después, un retroceso general, aunque dejándose el ya inútil cuerpo de su compañero. Daumerlang les siguió. Y continuó disparando. Vio que entraban en la habitación grande, donde se abría el balcón veneciano. Otra de sus balas obligó al segundo hombre, que corría junto con Ben, a cogerse el hombro como si se le fuera a ir y proferir un insulto, dedicado a los antecesores de Daumerlang. La desesperación de éste, al pensar en el peligro de Mickey Darcy, le privó de toda prudencia.

Corrió a la habitación aquélla y entró, aunque tirándose a tierra al momento de hacerlo. Varias balas silbaron por encima de donde había caído. Se irguió y, con el mismo impulso, se abalanzó sobre los dos hombres. Ben y el otro pistolero comprendieron que sobraban las pistolas en tan corta distancia, máxime teniendo Ben descargada la suya. Pero tampoco estaban dispuestos a rendirse. Y por su parte, Daumerlang necesitaba eliminarlos rápidamente. Se adelantó hacia Ben, que extendió los brazos para separarle; pero no encontró a nadie, ya que Daumerlang había, saltado nuevamente a un lado y en ese instante abatía sobre el otro hombre su puño izquierdo, lanzándole contra la pared opuesta.

Y Ben, que no se había repuesto de su extrañeza, fue cogido de través por otro imponente rechazazo, que le hizo el efecto de la cornada de un toro furioso. Rodó también por el suelo y Daumerlang no se cuidó de esperar a que se levantaran. Se dirigió

al halcón aquel...

—Bien, Ernest, bien. No ha desperdiciado las enseñanzas de Quántico.

—¡Inspector! El pequeño... Han entrado dos hombres por ahí.

—Los he visto, Daumerlang. Y ellos también me han visto a mí, lo que ha sido su desgracia.

Daumerlang vio salir a Betty empujando al pequeño Mickey. En ese instante, los agentes Póster y hundén se colaban por la puerta principal del chalet y ascendían las escaleras. El inspector Charbers les dio unas cuantas órdenes:

—Miren en todas las habitaciones y a los individuos que encuentren, átenlos, porque supongo no llevarán esposas suficientes. Y a quien les haga frente, bórrenlos de la lista de los vivos.

Se volvió a Daumerlang, que miraba como idiotizado a Betty y al pequeño Mickey. Reaccionó y dijo:

—Inspector: aún nos queda algo por hacer. Si me lo permite, y puesto que no creo sea necesaria ya su presencia, iré yo sólo a verle la cara a ese Dick Morrell.

—¿Sabe quién es?

—Tengo sospechas y quiero ver si son ciertas. Por favor, le ruego no me elogie demasiado cuando devuelva ese chico, a su madre. Basta con que diga lo que ha pasado.

Y asumiendo un falso aire de modestia, se dirigió a la salida.

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

CAPÍTULO X



INAH Brigham esperaba angustiada el regreso de Jack Sheldon. Sombrios presentimientos arrugaban su tersa frente y hacían que el verde de sus pupilas se enturbiara, asomando en su fondo la imagen angustiada de un ser que huye. Recordaba a Dick Morrell cuando ella le encaró con la muerte, Y estaba vivo, vivo y anhelando vengarse. Dinah comprendía ahora de qué forma Dick los estaba envolviendo en la red de su odio, convenciendo a Jack de que ella mintió —como fue cierto—, pero sin que, por su parte, intentara decir la verdad. Eso temió ella al principio y por eso no deseaba que Sheldon le encontrara, pero no esperaba lo que estaba sucediendo: la colosal mentira que Dick estaba inventando para desesperar a Sheldon y obligarle a creer en ella.

De todas formas; algo no comprendía. Dinah estaba segura de que Dick Morrell la había amado y, por mucho que la odiara ahora,

habría intentado verla, entrevistarse con ella... No, no estaba clara su actitud. O quizá quedara lo peor.

En esa situación la sorprendió Bony Zimmer. Su aire de diablo metido a registrador de la propiedad, se había acentuado. Acababa de dejar el coche a la puerta de la casa y había entrado en ella precipitadamente. Se aproximó a Dinah con ansiedad, aunque su ojo escarchado tenía la inmovilidad de siempre.

—Dinah..., Dinah...

—¿Qué sucede? —inquirió ella, sobresaltada.

—No; nada. Verás...

—Vamos; dilo ya.

Se había levantado y respiraba agitadamente.

—Dinah: conviene que salgas de esta casa y, por unos días, vivas en mi hotel.

—¿Por qué?

—No sé. En realidad, lo que ha pasado; pero Jack está furioso. Ese Dick Morrell le ha convencido de que tú sigues entendiéndote con él y de que mentiste entonces y ahora. Y ya sabes cómo es Jack cuando cree que le traicionan.

—Pero no es posible...

—Si aprecias en algo la vida... o tu belleza, hazme caso.

El rostro de Dinah se descompuso con un gesto de asco y de horror al oír nombrar su belleza. Lo que más sentía era eso: que se atentara contra ella.

—¿Crees que se atreverá?

—Le he oído expresarse en ese sentido. Sabe que es lo que más daño puede hacerte, y además, piensa que así haría que ningún hombre se enamorase más de ti. Imagínatelo, Dinah: tu hermoso rostro desfigurado. Tal vez, tú ames tanto a Sheldon que quieras hacerle ese sacrificio...

Se llevó las manos a la cara Dinah y sus pupilas reflejaron el terror que le inspiraba aquello. Ya se veía a sí misma con el delicado rostro estropeado. Ninguna voz interior le habló del hombre que la amaba tanto. ¡Oh, ella le odiaba ahora por haber pensado semejante cosa!

—Está bien, Bony. Escóndeme.

Una sonrisa curvó los labios de Bony Zimmer.

—Está bien, Dinah; es lo mejor. No hace falta que recojas

ninguna de tus cosas. Ya te las llevaré yo. Conviene que salgamos cuanto antes, porque Jack puede presentarse de un momento a otro.

La obligó a salir con toda urgencia. La introdujo en el coche y la llevó a su hotel, en la calle Madison. La instaló en una habitación. Dinah se dejó caer en un sillón y adoptó la postura con que se anuncian ciertas tabletas contra el dolor. Zimmer aún la observó unos instantes y se retiró luego.

—Iré por tus cosas y de paso, Dinah, si ha llegado Jack, a ver si le convenzo y tranquilizo.

Efectivamente, fue otra vez a Lake Shore Drive y su llegada coincidió con la de Jack Sheldon.

—Jack, pero ¿dónde diablos...?

—Bony: pienso marcharme de Chicago.

—¿Y eso?

—Estoy harto. Quiero hacer un viaje... Dinah también querrá hacerlo.

—Sí; claro.

Sheldon, una vez en el salón recibimiento, llamó al criado:

—Diga a la señorita Dinah que deseo verla.

—La señorita no está, señor.

—¿Cómo?

—Salió precipitadamente esta mañana, señor. Antes vino un joven con una carta.

El rostro del criado era impasible y perfectamente sereno diciendo aquello. Sheldon pasó por su lado con el rostro contraído. Fue a la habitación de Dinah y entró en ella. Su mirada se fijó en un sobre rasgado que había sobre el tocador. Lo cogió y pudo ver que estaba dirigido a ella.

—La letra de Dick Morrell... —murmuró. Y empezó a temblar convulsivamente. Encima del tocador, además del sobre, sólo había una hoja en blanco. Como aquella otra que Dinah recibió mientras comían—. ¡Maldita..., maldita!

Oyó pasos a su espalda y se volvió. Era Zimmer, que le había seguido.

—Jack: debes calmarte.

—¿Calmarme? ¿Te das cuenta? La hoja en blanco..., y el sobre era de Dick. Ahora lo he descubierto todo. Ha ido a reunirse con él. Si supiera dónde, iría a matarlos...

—Jack: no es que trate de sugerirte nada, pero ¿no crees que el criado debe saber algo? Ella, si es cierto que ha ido a reunirse con Dick, debe haberlo hecho en otras ocasiones. Esa hoja de papel en blanco es una señal convenida.

Las palabras de Zimmer se filtraron lentamente en el cerebro ofuscado de Jack Sheldon. Toda su serenidad, todo el dominio de sus nervios, había desaparecido. Ahora era simplemente un pobre hombre, afectado por una enorme emoción, que le irritaba los lagrimales, que le impedía hablar y actuar sensatamente. Salió de aquella habitación y llamó con grandes voces al sirviente. Lo zarandeó de las solapas cuando se presentó a él.

—¿Dónde ha ido ella? Vamos; contesta o te...

—No lo sé, señor; únicamente...

—Vamos; termina. ¿Dónde ha ido?

—Quizá no deba decir...

Pero lo dijo. Sheldon tenía el rostro desencajado; las pupilas, inyectadas por un fuego corrosivo, destructor.

—Algunas veces, señor, la señorita salía en compañía de un joven alto, moreno, con un mentón muy pronunciado, y que tenía un acento muy marcado del Sur.

—¡Dick! En mi propia casa... ¡Traidores!

—Y una vez le oí decir a ese joven, señor que iban al Hitter Dress.

Al soltarle Sheldon, el criado salió impelido hacia atrás.

—¿El Hitter Dress? En South Parle...

Era la dirección de otro de sus locales, que había heredado de Sam Rooper cuando éste terminó sus días bajo la mortífera caricia de las balas de la Policía.

—Bony: ya tengo a Dick Morrell. Y los cogeré a los dos. ¡Ah, cómo voy a reírme de ellos!... Tú vendrás también.

Y Zimmer asintió:

—Por nada del mundo me perdería ese encuentro.

Con la fiebre que se había apoderado de él, Sheldon volvió a salir de la casa y se metió en el «Buick». Ahora sabía que le habían traicionado, que Dinah se había estado burlando de él. Lo había oído de labios de una moribunda, y su rápida vuelta a la casa había sorprendido, por último, el engaño. Sólo tenía un deseo, y era alcanzarlos, comprobar con sus ojos la traición y terminar con ellos.

Bony Zimmer permanecía callado, sin alterar su eterna sonrisa, aunque sus ojos de reptil parecían segregar una gota lacrimosa, aunque muy bien pudiera ser veneno. Se frotaba las manos con fruición.

Entraron al «cordón negro» y llegaron cerca del Washington Park. Y pararon frente al Hitter Dress. Jack Sheldon salió del coche con más lentitud. Debía estar reflexionando. Su excitación de momentos antes había cedido y se veía impulsado conjuntamente por la duda y la rabia que le había llevado allí.

Tras él, Bony Zimmer esperaba que terminara de decidirse.

—Vamos, Sheldon —acució, con una entonación que Sheldon creyó era de simpatía—; entra. Ellos están ahí dentro.

Aquello le ofuscó de nuevo. Con un rugido de cólera, se precipitó en el interior del local. Quedó enmarcado en la puerta, asombrado, como si hubiera caído en un mundo distinto. Una risa burlona sonó a su espalda; la risa de Bony Zimmer. Y al mismo tiempo, una ametralladora inició su canto mortal, salvaje. Se mantuvo así unos segundos y se cortó bruscamente.

Jack Sheldon había recibido varios impactos en el pecho. Estuvo un corto tiempo en pie. Sin embargo, anulado por la sorpresa, incapaz de sentir dolor, ni de darse cuenta de lo que había sucedido. Todo fue rápido, increíblemente rápido. Y comprendió entonces cuanto había pasado. Supo quién era Dick Morrell y hasta qué punto había sido engañado.

Sentía fuego en el pecho y una sensación rara de haberse quedado sin peso, sin nada por dentro. Pensó que ahora podría andar mucho más deprisa y envió un reflejo mental a sus extremidades para adelantar un pie. Sin saber por qué, aquello le produjo un dolor espantoso, tremendo, como si con unas tenazas le retorcieran los pulmones. Y cayó al suelo, pero creyendo que aún se mantenía erguido.

Sus hombres le rodearon. Allí estaban Rex Raccard. Prado, Ranker, Limanl... Le miraban asustados y a la vez, enternecidos. ¿Por qué? Una figura más alta con una ligera giba y con una cabeza que se movía de forma rara, basculante, oscureció su visión. Y su sombra le fue entrando dentro poco a poco, mientras le llegaban unas palabras dichas lentamente, arrastradas:

—Yo soy Dick Morrell, Jack Sheldon. ¡Ja, ja, ja! Nunca lo

imaginaste, ¿eh? Le tenías mucho miedo a la traición, tú, perro traidor. ¿Quieres saber de verdad quién soy? Acuérdate de Sam Rooper. A quien vendiste miserablemente a la Policía. Él me lo dijo, cuando estaba a punto de morir. Y por eso fui a tu lado y me situé de ayudante tuyo. Y te he hecho conocer la amargura de ser traicionado, como tú hiciste con mi hermano, perro sarnoso. Han sido tus propios hombres los que te envían al otro barrio. Y te morirás sin saber la verdad, convencido de que has sido engañado por todos, como es cierto.

La sombra se hizo más intensa en la mirada del «gángster» y las últimas palabras le llegaron de muy lejos, como si se hubiera distanciado mundos enteros de la persona que las pronunciaba. Y después, nada. Bony Zimmer, al convencerse de que había muerto, escupió sobre él.

Se encaró con los demás hombres. Había perdido el aire de fingida complacencia y se tornó duro, seco. Sus pupilas vidriadas fulgían con un brillo oprobioso:

—Oídmelos: es inútil que lamentéis lo que acaba de suceder. Yo soy ahora vuestro jefe y os aseguro que sabré emplearos mejor que Sheldon...

Le cortó Rex Baccard, que sudaba copiosamente. Fué a él derecho y se le enfrentó:

—Tú dijiste que vendría Dick Morrell y que Jack Sheldon nos había apostado aquí para recibirle y matarle en cuanto entrara.

—Y ¿acaso no ha sido así? Dick Morrell ha venido.

—Pero tú nos has engañado. Has hecho que matemos a nuestro jefe. Y eso...

Tenía un matiz claro de amenaza lo que estaba diciendo. Los otros esperaban ver cómo se resolvía aquella cuestión. Bony Zimmer sonrió, mostrando su sucia dentadura. Rex Baccard aflojó algo su vigilancia. Y eso fue su perdición, porque Zimmer extrajo con celeridad su pistola y disparó sobre él. Lo estuvo haciendo hasta que Baccard se desplomó al suelo, formando un macabro grupo con Sheldon.

—¿Alguno más quiere objetarme? He dicho que soy vuestro jefe. Habéis oído hablar de los chantajes. Yo soy quien los hace. Nadie es capaz de soportar el escándalo, y pagan, pagan... Ahora mismo tenemos en nuestras manos a varias familias, de las más ricas de

Chicago en nuestras manos...

Se expresaba con el entusiasmo de un perturbado. Pero aquellos hombres que le oían, de corazón empedernido, estaban dispuestos a seguirle. Sus ojos relucían por la codicia.

—Bien; ya veo que estáis dispuestos a uniros a mí. Lo celebro. Seremos invencibles. Mas para eso es necesario, antes que nada, eliminar de entre nosotros a los que puedan entorpecer nuestra labor. Uno de ellos es ese tal Landor, cuyo verdadero nombre es Ernest Daumerlang, agente del

F. B. I.

Le tenderemos una celada...

La sirena de un coche que paraba en aquellos momentos frente al Hitter Dress le obligó a callar.

—¡Es la Policía! —gritó uno de los hombres.

—¡Nos defenderemos! —bramó Zimmer, revolviéndose.

La puerta se abrió en aquel momento. Una figura conocida entró. Zimmer dio un salto de pantera y pasó por encima del mostrador del fondo. Su pistola empezó a ladrar. Daumerlang, pues era él quien había entrado, se tendió en el suelo. Tuvo tiempo de ver los cuerpos caídos de Sheldon y Baccard.

Tras él habían entrado varios agentes más, entre ellos Foster y Lunden. Y les seguía el inspector Pier Charbers. Los «gangsters» iniciaron un movimiento de sumarse a Bony Zimmer, pero al ver tanto aparato por parte del

F. B. I.,

siglas que les hacían temblar, se hicieron a un lado. Daumerlang había sacado su «Luger» y disparaba contra Zimmer. Éste, a quien no pasó inadvertido el gesto de los hombres, que le dejaban solo, profirió una sarta de maldiciones. Con otro salto salió por un extremo del mostrador y se precipitó por una puertecilla que se abría justamente allí. Parecía que Daumerlang estaba sujeto a él por un cable, porque entró por aquella puerta segundos después. Pier Charbers suspiro.

Daumerlang consiguió alcanzar a Zimmer cuando éste trataba de cerrar una puerta tras él, comunicando así al agente del

F. B. I.

Forcejearon un rato, y de un empujón, abrió Daumerlang y rechazó al otro al interior de la habitación. Vio que aún llevaba la pistola en

la mano. La levantó hasta él y apretó el gatillo. Daumerlang soltó una carcajada al ver la rabia con que su enemigo arrojaba el arma lejos de sí, tras comprobar que estaba descargada. Pero no se rindió por eso. Como una rata rabiosa, se lanzó hacia Daumerlang, Este lo recibió con un tremendo golpe en aquel cráneo torcido. A pesar de ello se sintió cogido por sus untuosas manos. Fué aquel contacto lo que revolucionó todo su interior con una sensación de repugnancia increíble. Y empezó a descargar furibundos puñetazos. Luego se dobló sobre sí mismo, cogió entre los brazos la cabeza de Zimmer y tiró de ella hacia afuera, al tiempo que se inclinaba. Zimmer salió despedido y fue a chocar contra la pared, para caer, más tarde, al suelo. Intentó levantarse. Una patada que recibió en el cuello le hizo desistir de ello. Y Daumerlang estuvo tentado de rematarle, acabando de pisárselo, hasta exprimir de aquel ser retorcido todo el odio y el veneno que encerraba. Pero se contuvo, pensando que era mucho mejor tenerle preso y hacerle purgar sus fechorías más cumplidamente, hasta sentarle en la silla eléctrica. Se alegró de que Pier Charbers entrara en aquel momento.

—Bueno; ya lo tiene, ¿no? —dijo Charbers, algo cómicamente.

Habían entrado también los demás hombres. Bony Zimmer fue obligado a levantarse y se le esposó. Recobró su sonrisa falsa y hasta semejaba, cuando le empujaron para que echara delante de ellos y se reunieran con los otros detenidos, que se regocijaba de cuánto había pasado.

—Sheldon temía que le traicionaran, porque sentía el remordimiento de lo que había hecho con su antiguo jefe. Y Zimmer, que era un fino psicólogo, le fue convenciendo de que todos le engañaban. Sobornó a varios de los hombres que servían a Sheldon, utilizándolos en sus chantajes, y con éstos empezó a preparar su farsa. Eran conversaciones que la presencia de Sheldon interrumpía; cartas con la letra de Dick Morrell. Bueno; lo de Dick Morrell es una genialidad. Bony Zimmer le hizo resucitar, porque sabía en la imposibilidad en que estaría así Sheldon de descubrir nunca la verdad, mientras creyera que su antiguo inspector vivía y era él quién se interponía en su camino. Sheldon correría tras una sombra; sombra que, al final, ha sido quien lo ha matado, pues fue al Hitter Dress convencido de que allí encontraría a su enemigo y a Dinah, su novia, que Zimmer había hecho creer estaba con él. Yo

sospeché de Zimmer en el instante en que, al perseguir a Merobetty, tras haber estado éste en casa de Lloyd Darcy, caí en una celada hábilmente preparada. Y solamente alguien muy allegado a Sheldon podía saber que yo había ido a aquella casa. Y fui sumando detalles... Pero en realidad, fue usted, inspector, quien me descubrió todo el tinglado. Usted lo sospechó enseguida y por eso me preguntó quién, además de Sheldon, estaba enterado de lo que iba a hacer.

El inspector Pier Charbers miró a su subordinado con simpatía.

—Daumerlang; a usted le parece tan sencillo todo; pero era un enemigo difícil ese hermano de Sam Rooper. Y como usted dice, un fino psicólogo. ¿No sabe? Dinah Brigham, la novia de Sheldon, fue encontrada muerta en la habitación trescientos treinta y tres del Hotel Campeón, de la calle Madison. Murió de un ataque al corazón... Lo curioso es que dejó una carta explicando que pensaba huir de Chicago, e incluso de los Estados Unidos, ante el temor de que su novio estropeará su belleza. Y naturalmente, fue Zimmer quien la convenció de que podía ocurrir una cosa así. Un fino psicólogo.

—A mí me descubrió enseguida.

—Sí; pero no le calibró bien. De haberlo hecho, usted no lo contaría ahora. En fin, es posible que también lo sintiera alguien más... ¿Ha pensado usted, Daumerlang, en casarse alguna vez?

—No, señor; aún no...

Le interrumpió la entrada de un ordenanza.

—Señor Daumerlang: una mujer, acompañada de un niño, pregunta por usted.

Charbers se quedó sorprendido de la actitud, que adoptara el impetuoso agente Ernest Daumerlang. Se puso pálido, luego colorado y miró con angustia a su alrededor.

—Está bien —maulló ininteligiblemente—. Voy.

Temblándole las piernas salió al vestíbulo. Ruth Darcy le esperaba.

Y sin previo aviso, arrastrada por un impulso generoso y... Pero el hecho es que corrió a él, le echó los brazos por el cuello y le estampó un magnífico beso. Daumerlang gimió, completamente reducido a polvo. Ella se separó, le miró, resplandeciéndole los ojos, y dijo:

—Es maravilloso lo que ha hecho. Todo me lo ha contado el inspector Charbers. No podré nunca pagarle su heroico comportamiento. Y es romántico pensar que todo lo hizo porque...

Al llegar aquí se ruborizó y bajó la vista. Daumerlang experimentó un desfallecimiento atroz y mentalmente fulminó al inspector Pier Charbers. Oyó una risa socarrona y se volvió para contemplar a su superior, que adoptaba un continente feliz y divertido. Pero no pudo expresarle su indignación, porque Ruth le hablaba de nuevo:

—Ernest: yo... no sé...

La interrumpió la voz autoritaria del inspector Charbers:

—Cátese con él.

Y ella, creyendo que le daba una orden, musitó débilmente, mientras se acercaba al agente del

F. B. I.:

—Lo haré. ¿Querrá admitirme como esposa, Ernest?

Y entonces, Charbers presenció, con asombro, cómo Daumerlang abrazaba a Ruth, la levantaba del suelo y la daba un beso tan apasionado, que al dejaría caer tuvo que respirar afanosamente para no asfixiarse.

FIN

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pío Baroja.
2. AHORA, por Rafael López de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO, por Francisco de Cossío.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO EL INCOMPRENDIDO, por Camilo José Cela.
7. BODA Y JALEO DE TITIN ARACENA, por Darío Fernández-Flórez.
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO, por Fernando Castán Palomar.
9. EL TERCER LADRON, por Alberto Insúa.
10. NO TENGO MAS QUE MIRAR Y... VEO EL MUNDO, por María Alburquerque.
11. ELVIRA RECIBE UNA CARTA, por Luis Antonio de Vega.

CORTESE POR AQUI Y REMITASENOS EN UN SOBRE POR CORREC

PEDIDO DE SUSCRIPCION

Sr. Director de
EDITORIAL ROLLAN
San Bernardo, 68
M A D R I D

Muy Sr. mío:

*Le agradeceré me suscriba a las novedades de su colección NOVELISTAS DE
HOY, a partir del n.º y al precio total de 25 pesetas, por CINCO números
consecutivos, que abonaré CONTRA REEMBOLSO a la recepción del primer
(o primeros).*

..... de de 1952
(firma)

Suscriptor D.

Domicilio: núm.

Ciudad Prov.

HA APARECIDO

PROEZAS

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL *de los* EXITOS!

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

Colección F. B. I.

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCIÓN, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS), y buena prueba de ello es que

ALF MANZ

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una novela incomparable, titulada

LA JUNGLA EN ARMAS

♦ ♦

HOMBRES MUJERES Y JOVENES LEERAN

PROEZAS

¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!

5 Pesetas.

NOTAS

[1] «Señor Zorro», famoso romance francés (Nota del Editor). < <

[2] Se refiere a los irlandeses. (N. del E.). < <